

Selección RNR

# Un amor imposible

GRACI SUÁREZ



Romance actual

Un amor imposible

Graciela Suárez



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

*A todas aquellas personas que creen en el amor,  
pero muy especialmente a mi abuelo,  
que ya no está, pero que siempre lo llevo en mi corazón,  
por y para abuelo Ley*

## CAPÍTULO 1

*10 de abril de 2000*

—No llores.

—No lo puedo evitar. No nos volveremos a ver.

—Nunca vamos a perder la comunicación y te juro que un día volveré y viviremos juntas; además, tengo que conquistar a tu primo. —Ese último comentario hizo que Isabela rompiera a reír y se olvidara de su tristeza por un instante.

—¿Cómo puedes pensar en Santiago en estos momentos?

—Bella, él me encanta, y volveré a conquistarlo.

—Pero, Lola, mi primo ni siquiera te da la hora. Sabes que te adoro y, como tu mejor amiga, te aconsejaría que te olvides de él si no quieres sufrir.

—No puedo. Además, sé que un día me casaré con él y tú serás mi madrina.

La última noche que pasaron juntas fue entre llantos, risas y anécdotas de sus vidas y de su amistad, una amistad que iba a superar las distancias. Lola se mudaba con su familia a otra ciudad a causa del trabajo de su padre.

\*\*\*

*24 de marzo de 2005*

—No puedo creer cómo ha pasado el tiempo. Por fin hoy Lola vuelve.

—¿Cómo puedes seguir siendo amiga del esperpento ese? —En el fondo Santiago esperaba con ansias el regreso de Lola.

—En estos años ella ha cambiado muchísimo. Cuando la veas se te va a caer la

baba.

—Estás completamente loca. Ese monstruo nunca me va a gustar. —Nadie podía saber que él llevaba la vida enamorado de Lola.

Bella y Lola estuvieron en contacto durante todos los años en que estuvieron separadas; además del teléfono y el internet, se visitaban cada vez que podían, y Lola, en los últimos cinco años, había cambiado muchísimo y se había convertido en una joven bellísima que podía tener a cualquier hombre. Isabela no estaba muy segura de que su primo entrara en el paquete, aunque de lo que sí estaba segura era de que, si su loca amiga seguía enamorada y con la determinación de conquistar a Santi, podría ser que fuera difícil, pero al final triunfaría.

—Bueno, Santi, mejor esperemos a que se reencuentren para que juzgues los cambios de Lola.

—¿Y a qué hora llega tu amiguita? —Estaba tan ansioso como su prima, pero disimulaba lo mejor que podía.

—Debe de estar por llegar.

—Pues me voy, que no quiero chocar con ella y sus feos lentes.

—Santiago, deja de ser grosero; además, ya te dije que Lola ha cambiado muchísimo y ahora, que vamos a estudiar y vivir juntas, la tendrás que ver mucho. —En ese momento el timbre del departamento que alquilaban sonó. Santiago no sabía dónde esconderse, ya que su prima le había contado que Lola había estado enamorada de él y, aunque él estaba enamorado de la loca amiga de su prima, sabía que, si le hacía daño, su Bella nunca se lo perdonaría.

—Lola, estás preciosa. —Escuchó decir a su prima

—Gracias, Bella, pero tú estás increíble. —Santiago sabía que tenía que escapar de aquel lugar.

—Lola, no sé si recuerdas a mi primo Santiago. —¿Cómo no lo iba a recordar si, en esos años que estuvieron separadas, en cada conversación la atosigaba con información sobre la vida de su primo? Cuando ella le comentó que estaba saliendo con alguien, nunca se entristeció; simplemente decía que era porque aún no la había visto a ella. Pero, por cómo estaban las cosas, Bella lo dudaba.

Santiago se dio vuelta, ya que le estaba dando la espalda a la puerta, y se

sorprendió cuando encontró ante él a una hermosa mulata de cabello rizado y negro azabache, que en nada se parecía a la Lola que él recordaba.

—Hola. —Fue lo único que le salió en ese momento.

Isabela le devolvió a su primo una mirada burlona, ya que esperaba encontrarse con la antigua Lola: una chica flaca, sin desarrollar y con feos lentes. Las gafas aún las conservaba, aunque los que usaba hoy día no se parecían en nada a sus feos anteojos del pasado; sus espejuelos la acompañarían por el resto de su vida, ya que su amiga era miope y de largo no veía nada.

—Santiago, ¿cómo has estado?; hace muchos años que no he sabido nada de ti. No has cambiado nada, estás igualito.

—En cambio, tú no te pareces en nada a la Lola que recordaba. —Santiago y sus amigos siempre la habían molestado por sus feos lentes y su apariencia.

—Bueno, Santi, creo que es hora de que te marches, ya que nosotras tenemos muchas cosas de que hablar. —Santiago no quería irse y estaba odiando a su prima porque había tenido razón: Lola estaba de infarto.

—Sí, la verdad es que tengo mucho que hacer en la estación. Si necesitan algo, me avisan. —A Bella no se le pasó desapercibido el comentario.

Después de que Santiago se hubo marchado, Lola empezó a gritar y saltar como loca.

—Bella, está de infarto y estoy más que decidida a conquistarlo.

—Mi primo es un hueso difícil de roer y te advierto que es un mujeriego.

—Lo he amado toda la vida, ¿crees que en este momento me voy a echar para atrás?: pues no.

Santiago estaba tan sorprendido por el cambio de Lola... ¿Cómo era posible que aquella joven alta y flacucha se hubiera convertido en esa belleza? Lo único que seguía igual era su cabellera, que siempre había sido preciosa, aunque nunca lo reconocería en voz alta.

—Viejo, ¿qué te pasa?, andas algo distraído —comentó su amigo Álvaro.

—No vas a creer con quién me acabo de encontrar.

—Pues, por tu cara de susto, diría que con un fantasma.

—Parecido, pero era de carne y hueso.

—Pues, ya, dime con quién te has encontrado, que me está matando la curiosidad.

—Con Lola Zamora

—¿La fea que era amiga de tu prima Isabela?

—La misma, solo que ya no está fea.

Lola y Bella se dedicaron a acomodar las cosas de Lola en su nuevo dormitorio y a establecer las reglas de convivencia, aunque vivir juntas no iba a suponer ningún problema; Lola era adicta a la limpieza.

—¿A qué hora empiezan tus clases mañana?

—A las 7:30 a. m. ¿y las tuyas?

—Igual.

—Lola, creo que deberíamos hablar de ese enamoramiento tuyo.

—Bella, no es un enamoramiento y no voy a descansar hasta despertar en los brazos de ese bombón. —Isabela rompió a reír; su amiga nunca cambiaría.

—¿Sabes?, a veces me das miedo y me compadezco de Santi.

Los días pasaban entre clases y por las noches salían a bailar, pero, desde el primer día en que se había encontrado con Santiago, no lo había vuelto a ver.

—Bella, llama a Santi para que venga a cenar con nosotras.

—No inventes, Lola.

—Vamos, tú sabes que él me gusta de verdad.

Tanto insistió su amiga que Isabela no se pudo seguir negando y terminó haciendo lo que no quería: llamó a su primo para que fuera a cenar con ellas.

—*Diga.* —La voz de Santiago sonó como si no hubiese dormido nada.

—Santi, te llamaba para invitarte a cenar con nosotras.

—*No creo que sea buena idea; ambos sabemos lo que Lola siente por mí y no le quiero hacer daño.*

—Vamos, Santiago, no seas infantil; eso fue hace muchos años ella ya te olvidó.

—*Entonces, puedo llevar compañía.* —Bella sabía que la noche iba a ser un fracaso, pero de todas formas aceptó; tal vez, así, su amiga se desilusionara de Santiago.

—Lola, él vendrá acompañado.

La felicidad se esfumó de la cara de Lola, pero no dejaría que ninguna mujer le quitara el hombre del que llevaba enamorada toda la vida; si tenía que luchar por Santiago, lo haría.

—No importa, ya sabía que no me iba a estar esperando. —Una lágrima solitaria surcó la mejilla de Lola

—Lola, olvídate de Santiago; él no te quiere.

—Pero yo a él sí. ¿Cómo hago para no amarlo? —Lola ya no pudo más y rompió a llorar.

—Si quieres, lo llamo para cancelar la cena.

—No.

—Pero, Lola, estás mal solo con saber que traerá a una mujer. Ahora, cuando los veas juntos...

—Es que no los voy a ver.

—¿De qué hablas?

—Voy a ir a ver a mi madre.

—Pero ¿y las clases?

—No te preocupes, Bella, regresaré a tiempo.

Isabela se sentía muy mal por su amiga, pero ella llevaba años diciéndole que se olvidara de Santiago, que él nunca se fijaría en ella. En esos momentos estaba odiando a su primo por hacer sufrir a su amiga.

Cuando Santiago llegó Lola estaba saliendo del departamento y fue inevitable el encuentro.

—Hola.

—¿A dónde vas?

—Mi madre me llamó. —A Lola no le gustaba mentir.

—¿Sucedió algo?

—No, nada, solo voy a verla, que, desde que papá murió, no le gusta estar sola en casa. Empiezo a pensar que haberme mudado fue un error.

Santiago captó la nota de decepción en su voz y entendió que le estaba mintiendo, que, si se marchaba a ver a su madre, era por causa de él.

—Si necesitas que te acompañe, me dices.

—No, gracias; más bien entra, que Bella los espera. —Santiago se había olvidado de Marcela, su novia de turno.

—Sí, San, vamos. —Lo jaló la rubia.

—Bueno, Lola, cualquier cosa, me llamas.

—Gracias, pero no lo creo conveniente.

Cuando Santiago se perdió de la vista de Lola, esta rompió a llorar. Sería que Santiago nunca se daría cuenta de que ella lo amaba con locura.

—Bella, me acabo de encontrar con Lola en el pasillo.

—Aja —contestó su prima restándole importancia.

—Me pareció escuchar que, cuando me alejaba, lloraba; le pasa algo grave.

—Solo se le acaba de romper el corazón en mil pedazos.

—¿De qué hablas?

—De nada, mejor vamos a cenar antes de que se enfrié.

La noche transcurrió con aparente tranquilidad, pero ninguno de los dos dejaba de pensar en el adolorido corazón de Lola. Santiago se preguntaba si el que le había roto el corazón a la hermosa joven era él o si era como decía su prima y Lola lo había superado con el paso de los años; e Isabela pensaba en las diferentes maneras de matar a su primo por ser tan tonto y no darse cuenta de que Lola llevaba toda la vida enamorada de él.

Cuando la cena hubo terminado y Santiago se marchó junto a su amiguita, Isabela llamó a Lola para ver cómo estaba.

—Lola, ¿dónde estás?

—*En mi coche.*

—Sí, pero ¿dónde? ¿Todavía no llegas a casa de tu madre?

—*No salí del aparcamiento.*

—En ningún momento pretendiste realmente ir a casa de tu madre.

—*No, tan solo no quería estar en esa estúpida cena.*

—Entonces, sube, que ya se marcharon.

Cuando Lola llegó a la puerta de su apartamento, tenía los ojos hinchados de

tanto llorar. Además de ganas de meter todos sus sueños en las maletas y regresarse a casa de su madre, si se había mudado, era para estar más cerca de Bella, pero sabía que, aunque no vivieran juntas, seguirían siendo tan amigas como siempre.

—Lola.

—No digas nada, Bella, que ya sé que no le intereso a Santiago.

—Amiga, no me gusta verte así.

—No pasa nada, ya lo superaré.

Lola estaba resuelta: si no podía conquistar a Santiago, lo olvidaría, y para eso iba a necesitar la ayuda de Isabela.

—Lola, es una locura, pensé que estabas pensando en olvidarlo.

—Sabes que no puedo.

—No quiero que sufras más por él.

—Y no va a ser así.

—Que conste que no estoy de acuerdo.

—Solo dame la dirección de la estación de bomberos donde trabaja Santiago; si no me ayudas, iré de estación en estación.

—Como te conozco y sé que serías capaz de semejante locura, apunta.

—Gracias.

La alegría de Lola se renovó y salió corriendo hacia la estación de bomberos donde trabajaba su amado Santiago. Cuando llegara allí, pediría hablar con el jefe y ahí sería donde su plan empezaría a desarrollarse. Esperaba no encontrarse a Santiago.

Cuando entró en la estación, se presentó ante un hombre muy guapo; le parecía conocerlo de alguna parte, solo que no lograba recordar de dónde.

—Buenas, mi nombre es... —En ese momento escuchó la voz de Santiago.

—Lola, ¿qué haces acá?

—Sí, estoy muy bien, gracias por preguntar.

—Deja de hacerte la graciosa y contéstame.

—Perdón, tú no me exiges nada a mí. En primer lugar, no somos nada y, en

segundo, ¿qué te importa a ti lo que me pase? —Dicho esto le dio la espalda y siguió hablando con el hombre que tenía frente a ella.

—Como le iba diciendo, mi nombre es Lola Zamora y me gustaría hablar con el jefe de esta estación.

—Pues ese es el hombre, al que le acabas de decir que al él no le importa lo que hagas.

—¿Santiago es el jefe de la estación? —Pensó que, cuando volviera a su apartamento, mataría a Bella por no decirle que el jefe era Santiago.

—Sí.

—Bueno, avísele que Lola Zamora solicita una entrevista con él.

—En seguida, señorita. —El joven, que ya no le parecía tan simpático como al principio, se levantó y se dirigió hacia el despacho del jefe.

—Santiago, la morena solicita hablar contigo.

—Pero es que esa chica está loca: primero me dice que no me meta y ahora quiere hablar conmigo.

—Bueno, en realidad quiere hablar con el jefe y es obvio que no sabía que eras tú.

—Hazla pasar.

Cuando el joven volvió a su escritorio, le dijo a Lola que el jefe Espinoza la esperaba.

—Buenos días.

—Lola, déjate de formalidades y dime, de una vez por todas, qué demonios haces en mi estación.

—Tengo que hacer un trabajo para un curso, que es hacer un calendario para el cuerpo de bomberos de la ciudad, y me asignaron esta estación.

—¿De qué hablas?, ¿estás loca? Aquí venimos a trabajar, no a posar ante niñitas tontas.

—No tienes que ser tan grosero; lo único que tienes que hacer es decir no o sí.

—Pues no.

—Claro, como no soy una de tus amiguitas.

—¿Qué dijiste? —Fue ahí cuando se dio cuenta de que no solo había sido un pensamiento, sino que lo había dicho en voz alta.

—Nada. Y como no me vas a ayudar, me voy.

Cuando Lola ya estaba en la salida, escucho a Santiago llamarla, pero lo ignoró.

—Lola, no te atrevas a dar un paso más.

—¿Por qué Dios me castiga y, desde que volví a esta maldita ciudad, nada me sale bien?

—Será porque estás loca.

—Sí, estoy loca, pero eso no es asunto tuyo.

—Claro que lo es, vives con mi prima.

—Ahora resulta que soy un peligro para Bella; es lo único que me faltaba. Mejor admite que siempre me has odiado. ¿Crees que no recuerdo cómo te burlabas de mí junto con tus amigotes? ¿Cómo era que me decían?... El monstruo, el esperpento. Si lo soportaba, era porque me gustabas. —Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, era muy tarde: toda la estación la había escuchado.

—Lola.

—No digas nada y déjame que me vaya con la poca dignidad que me queda.

—Cuando termine mi turno, voy a buscarte.

—Ni te molestes, que no quiero hablar contigo.

—¿Y qué pasó con lo del calendario?

—Puedo buscar otra estación; esta no es la única en la ciudad.

—¿Qué te parece si vamos a cenar hoy los tres?

—Yo no voy con la fulana que llevaste a mi casa el otro día ni a la esquina. ¿Para qué la llevaste?; claro, querías restregarme en la cara que te gustan todas las mujeres menos yo. Para ti siempre voy hacer la fea amiga de tu prima.

—Muñeca, pero, tú, ¿fea de dónde? —comentó uno de los compañeros de Santiago.

—No te metas —gruñó Santiago a su compañero.

—Creo que es mejor que me vaya.

—Lola.

—No, Santiago, déjame en paz.

—Solo dime una cosa: la otra noche ¿por qué llorabas?, ¿qué les pasó a tus

padres?

—Mi padre murió hace unos años y mi mamá está en perfectas condiciones.

—Entonces, ¿por qué llorabas?

—Creo que eso no te importa, y ya deja de humillarme delante de toda la estación. Claro, necesitas demostrar que las tienes a todas muertas por ti, pero ¿sabes algo?: eso se terminó. Hablare con Isabela y volveré a mi ciudad. Sí, volví, ¿quieres saber por qué? Volví porque, a pesar de los años, te sigo amando, pero tenías que restregarme a tu amiguita en la cara y llevarla a nuestra cena. Espero que se hayan divertido muchísimo, porque estar dos horas en el coche fue muy aburrido.

—¿Estuviste en el aparcamiento hasta que yo me fui?

—Sí, ¿y qué? No iba a estar en la misma mesa que la fulana. Espero que les haya gustado la comida, estuve toda la tarde cocinando.

—Lola.

Pero Lola lo ignoró y terminó de salir de la estación en un mar de lágrimas. ¿Cómo había sido tan estúpida para pensar que un hombre como Santiago Espinoza se iba a fijar en ella?

Cuando Lola se fue todos los hombres de la estación no le apartaron la mirada.

—Santiago, ¿esa era la misma Lola que tú y yo conocemos?

—Sí.

—Pero ¿qué te pasa?

—¿De qué hablas, Álvaro?

—Si un bomboncito como ese estuviera enamorado de mí, no lo dejaría marchar.

—No te expreses así sobre Lola.

—Te gusta.

—No, es solo que es la mejor amiga de mi prima y sabes que Isabela, más que mi prima, es como mi hermana; si le hago daño a la loca esa, mi prima me matará.

Santiago dejó la conversación por zanjada y el resto del día se lo pasó encerrado en su despacho tratando de trabajar; pero, en realidad, sus pensamientos no se apartaron ni un segundo de las confesiones que le había

hecho Lola aquella mañana. Cuando el día estaba por terminar, recibió la inesperada visita de su prima. Cuando le dijeron que lo buscaba una joven muy guapa y enojada, de una vez pensó en Isabela.

—Bella.

—Cállate y escúchame de una vez por todas.

—¿Por qué estás enojada?

—Mejor no preguntes, solo escucha y explícame qué le hiciste a Lola para que llegara a casa llorando y dispuesta a irse de la ciudad. ¿Sabes?: mi sueño siempre fue vivir y estudiar junto a ella, pero a ti qué te van a interesar mis sueños si pasabas los días molestándola mientras ella moría de amor por ti.

—Bella.

—Si Lola se va, nunca te perdonaré. Solo a ti se te ocurre llevar a una mujer a mi casa cuando vivo con una que lleva toda su maldita vida enamorada de ti.

—Pero dijiste que ella me había olvidado.

—Pues te mentí.

—Solo me voy a alejar de ella.

Y así fue. Santiago no volvió a ir a cenar ni a visitar a su prima; solo se veían fuera del apartamento de Isabela y siempre evitaban hablar de Lola.

Una noche Santiago salió con sus hombres después del turno en la estación, ya que Álvaro y los demás hombres insistieron, pero, en el momento que entró al bar, se arrepintió de haber ido, ya que en la barra estaba Lola junto con un grupo de jóvenes.

—Pero mira quién está allá. —Fue la voz de Álvaro la que lo sacó de su ensueño.

—Creo que es mejor que me vaya.

—No me digas que le tienes miedo al esperpento. —Sus hombres soltaron una sonora carcajada.

—No le tengo miedo y cuántas veces tengo que decirte que no la llames así.

—Pero si fue el apodo que tú le pusiste en el instituto.

—Creo que ya estamos bastante crecidos para esas tonteras.

Se sentaron en una mesa lejos de la barra y, desde donde se situaron, Santiago tenía toda la vista de la hermosa mulata que lo estaba volviendo loco. Desde que

estaban en el instituto le gustaba, a pesar de su cuerpo largo y flacucho, pero eso era algo que nunca iba a decirle a nadie.

—Santiago, haz el favor de dejar de babear por mi amiga. —Bella. ¿De dónde había salido su prima?

—¿Qué haces acá?

—Acompañar a Lola, pero noté que, desde que llegaste, no le quitas los ojos de encima.

—No seas ridícula, no estoy babeando por ella.

—El ridículo acá eres tú. ¿Recuerdas el día en que Lola volvió?; te dije que ibas a terminar babeando por ella y tú te reíste.

Claro que recordaba ese día. ¿Cómo era que su monstruo favorito se había convertido en semejante monumento de mujer? Desde que había llegado, se había percatado de que los hombres del local no le quitaban los ojos de encima y él estaba ardiendo de celos... Ese pensamiento lo llenó de miedo; a él, que le importaba si volvían a ver a Lola o no.

—¿Y quiénes son sus acompañantes?

—Compañeros de la universidad. Te informo, por si te interesa, que el rubio que está al lado de Lola está que babea por ella como cierto primo mío, solo que él no lo esconde.

—Amigo, creo que tienes competencia —comentó uno de sus hombres.

—Me largo de aquí. —Santiago se puso de pie y en ese momento choco con Lola.

—Hola Santi.

—Estás borracha.

—Creo que un poquito.

—Lola, mejor vámonos.

—No, Bella, deja que le diga lo que siempre le he querido decir.

—Pero mañana te arrepentirás.

—No importa, porque, después de esta noche, ya no voy a volver a verlo.

—Esto se va a poner bueno —comentó Raúl, uno de los hombres de la estación.

—¿De qué diablos hablas, Lola?

—Bella, lo lamento, pero ya no puedo estar más tiempo cerca de Santiago; me hace daño.

—Yo te lo advertí.

—Sí, ya sé. Llevas toda la vida, desde que el idiota este me decía esperpento y monstruo, además de muchas cosas más, diciéndome que me olvide de él, que nunca se va a fijar en mí; pero, ni cuando me fui, dejé de pensar en él.

—Lola, deja de hablar tonterías —comentó Santiago.

—No me hables así. Eres un estúpido que se cree que tiene el derecho de hablarme así solo porque te crees muy importante.

## CAPÍTULO 2

### *Tres años después*

Después de aquella fatídica noche, Lola y Santiago no se habían vuelto a ver. Lola cumplió su palabra y, muy a pesar de Isabela, se marchó de la ciudad, pidió traslado en la universidad y volvió a empacar sus sueños, solo que en esta ocasión estaban un poco rotos. Su amistad con Bella siguió igual pero no le volvió a preguntar por Santiago, y este evitaba el tema de Lola.

—Lola, ¿en qué piensas?

—En Bella, hace mucho no la veo. ¿Sabes que, cuando éramos más jóvenes, soñábamos con vivir y estudiar juntas, pero al final no pudo ser?

—No estés triste, Bella y tú siempre han sido buenas amigas a pesar de las circunstancias.

—Mamá, sabes que, aunque no hable de él y no lo vea, todavía lo quiero.

—Lola, hija, ya deja de pensar en Santiago; él no te ama.

—Yo lo sé y me duele.

Lola tenía miedo de asistir a la fiesta de graduación de su amiga, ya que, inevitablemente, se encontraría con su viejo amor, un amor que, a pesar de la distancia y del tiempo transcurrido, no lograba olvidar.

—¿A qué hora tenemos que estar en casa de los padres de Isabela?

—En una hora, pero no sé si quiero ir.

—Lola, no dejes que Santiago limite tus movimientos. Debes ir, se lo debes a tu amiga; ella ha estado para ti en todo momento. ¿Recuerdas cuando te graduaste, cuando inauguraste el estudio?; ella siempre estuvo presente.

—Tienes razón.

Cuando llegaron a casa de los padres de Isabela, la vivienda estaba a rebosar de

gente; algunos conocidos, pero la mayoría era gente que no había visto nunca. Se sentía tan fuera de lugar; ya no pertenecía a ahí, a la vida de Isabela, no después de haberse ido huyendo de sus sentimientos por Santiago.

—Lola, por fin llegaste.

—Bella, estás preciosa y la fiesta es un éxito. Gracias por invitarme.

—Sabes que eres mi mejor amiga.

—Perdóname por haberme ido. —Cada vez que se veían, Lola le pedía perdón a su amiga.

—No te preocupes, son cosas del pasado y sé que ya no podías estar cerca de él.

—¿Está acá? —No tenía que mencionar su nombre para que Isabela supiera de quién hablaba su amiga, que seguía tan enamorada de Santiago como siempre, aunque tratara de disimularlo.

—Sabes que si mis padres no dejarían de invitarlo.

—Será mejor que me vaya.

—No seas ridícula. No puedes irte, eres mi fotógrafa.

—Eres una mentirosa. Allá. —Y señaló así a un hombre algo desdeñado—. Tienes un fotógrafo profesional.

—Pero tú eres mi fotógrafa favorita. —Lola había hecho el calendario, solo que en una estación policial y no de bomberos, y había sido todo un éxito: se recaudó mucho dinero, que los oficiales donaron a diferentes obras benéficas.

—Buenas noches. —Una voz a su espalda la saludaba, pero no tenía que verle la cara para saber quién era.

—¿Cómo has estado?

—Bien, pensé que, cuando te enteraras de que yo venía, no ibas a asistir.

—Pues siento decepcionarte, porque tú hace mucho tiempo dejaste de importarme.

Isabela se sentía orgullosa de su amiga, pero ella sabía muy bien que estaba mintiendo, que todavía amaba a Santiago. No era que en su vida no haya habido hombres, pero ninguno había durado mucho como para llegar a conocerlo bien, ya que siempre les encontraba infinidad de defectos.

— Estás muy guapa.

—Gracias. Si me disculpan, tengo un trabajo que hacer —dijo levantando su cámara para que se dieran por entendidos.

Cuando Lola se alejó Santiago soltó el aire que hasta ese momento no sabía que estaba conteniendo.

—Wooo, está guapísima.

—Y tú estás que babeas.

—Isabela, tienes que ayudarme.

—Ni lo sueñes.

Santiago pasó toda la noche atrás de su prima pidiéndole el número y la dirección de Lola, pero la muy bruja no soltó prenda.

—Santiago, no me quiero ver en medio.

—Solo te pido su dirección.

—No, no y no.

Cuando la fiesta terminó, Lola y su madre se despidieron de Isabela y de su familia, incluido Santiago.

—Patricia, como siempre, ha sido un placer verte. Espero nos podamos volver a reunir pronto.

—Sería espectacular.

—Lola, querida, cada día estás más guapa —se despidió el padre de Isabela—; si tuviera unos años menos, iría por ti. —Esto último lo dijo en tono de broma, y todos soltaron la risa.

—No creerás que estás muy viejo para ella, tío. —Este comentario le hizo ganar una mirada asesina de Lola y otra de burla por parte de su prima, que lo conocía perfectamente y sabía que se estaba muriendo de celos, aunque nunca lo admitiría.

—Santiago, ¿qué te pasa?

—Nada —contestó malhumorado.

—Bueno, lo mejor será que nos retiremos, que tengo un avión que coger muy temprano.

—¿Te vas de viaje?

—Eso es algo que a ti no te importa, pero me voy a trabajar a Francia por unos meses.

La información de la inminente partida de Lola le cayó a Santiago como un balde de agua fría y lo puso de peor humor.

—Bueno, espero que te vaya muy bien y que te acuerdes de tus viejos amigos.

—Tú y yo nunca hemos sido amigos. —Esto dejó a todos atónitos y fue el momento en que Lola se marchó.

Nunca pensó que su reencuentro con Lola sería tan descabellado. Ella seguía tan guapa como siempre, y esa noche se había visto espectacular. En muchas ocasiones notó la mirada de todos los hombres sobre Lola y ella ni cuenta se daba de cómo llamaba la atención.

—Santiago, ¿qué te pasa?

—Nada, solo que llevo años enamorado de la loca esa.

—Creo que eso ya lo note.

—No hablo de hace tres años, sino desde que estábamos en el instituto.

—Lamento decirte que mi amiga no te lo pondrá nada fácil.

—Ya se olvidó de mí, hay alguien en su vida.

—No lo sé. —Claro que no había nadie en la vida de Lola. Su amiga era tan cabezota que seguía enamorada de Santiago y no se esforzaba por olvidarlo—. Pero los franceses son muy guapos, así que tendrás muy dura competencia. —Esto último solo lo dijo para atormentar un poco más a Santiago.

—Deja de hacerte la chistosa.

—Solo digo la verdad.

Lola no podía creer que uno de sus mayores sueños se estuviera haciendo realidad: por fin iba a exponer sus fotografías en una de las mayores galerías del mundo. Le había mentado a Santiago cuando le preguntó para adónde iba; si ella pretendía olvidarse de él, no tenía que estar diciéndole lo que hacía o dejaba de hacer.

—Lola, te deseo el mayor éxito del mundo en tu exposición.

—Gracias, Bella.

—Por cierto: sé de alguien que en estos momentos debe de estar en el aeropuerto para despedirse de ti.

—No me hables de él, que, desde el día que llevó a su amiguita a nuestra casa, me desilusioné.

—No seas tan dura. Además, llevas toda la vida enamorada de él; no me vas a decir que ya lo olvidaste.

—Claro que no, pero creo que, más que amor, se trata de una asignatura pendiente y te juro que no lo habré de conquistar, pero sí lo seduciré.

—Lola, tú nunca cambias.

—Pues es que está cada día más bueno. —Isabela no pudo aguantar la risa.

—Si mi primo te escuchara...

—Seguro que saldría corriendo despavorido.

Isabela sabía que su primo no saldría corriendo y se aprovecharía de la situación, ya que le había confesado estar enamorado de Lola.

—Bueno, Lola, cuídate y regresa pronto.

—Espero conocer a un lindo italiano.

—Y el pobre de Santiago, que cree que vas para Francia.

Si todo le salía bien, Lola se dedicaría a llevar su exposición por todo el mundo. Tenía fotos recientes y profesionales, hasta unas muy viejas que había tomado en su época de instituto; Santiago salía en muchas de ellas.

Cuando subió en su taxi, no podía dejar de pensar en Santiago, que en ese momento la estaba esperando en el aeropuerto; lo menos que quería era verlo antes de irse porque, cuando ella estuvo loca por él, nunca le puso cuidado y ahora, que ella estaba decidida a olvidarlo, él la perseguía por todas partes.

Cuando entró al aeropuerto, llegó justo a tiempo y sus peores temores se hicieron realidad: cuando estaba haciendo fila para subir al avión, Santiago estaba en el otro extremo del aeropuerto, pero a último momento la vio y corrió hacia donde ella estaba.

—Lola, Lola.

Aunque ella trató de ignorarlo, él siguió gritando su nombre.

—Lola, no te vayas.

—Santiago, tengo que irme, es mi oportunidad para ser una gran fotógrafa: además, a ti qué más te da si yo me voy o no.

—Lola, tenemos que hablar, no puedes irte así.

—Mira, si cuando regreso, todavía quieres hablar conmigo, me sentaré y hablaremos, pero en estos momentos me tengo que ir.

Cuando Lola trató de irse, Santiago la jaló del brazo y la besó. Cuando se separaron Lola estaba tan aturdida que no supo cómo reaccionar.

—Adiós. —Fue lo único que se le ocurrió decir, ya que estaba tan abrumada que no sabía qué decir; nunca imaginó que su primer beso con Santiago fuera a ser así.

Cuando llegó a Italia, estaba anocheciendo y hacía mucho frío. Esperaba que esos meses lejos de España le sirvieran para acomodar sus pensamientos, lo que realmente sentía por Santiago, y no se iba a cerrar a nuevas oportunidades.

—Señorita, es un placer. —De la galería le habían asignado un chofer para que la movilizara por toda la ciudad.

—Señor Rossi —contestó Lola en un italiano muy malo. En su vida había estudiado varios idiomas, menos italiano; ¿quién hubiera pensado que era el que iba a necesitar y no sabía?

—Señorita, ¿desea que la lleve a su departamento o quiere dar una vuelta por la ciudad?

—Me gustaría ir directo a mi departamento; el vuelo fue muy agotador. Aunque se ve que la ciudad es hermosa. Estoy muy cansada, así que dejémoslo para otro día.

Cuando llegó al departamento que la galería le estaba facilitando, lo primero que hizo fue darse una ducha, o eso pensaba hacer, cuando su móvil sonó.

—Sí —contestó no muy contenta.

—Lolis, ¿cómo te fue?

—Bella, ¿estás loca? No sabes lo cansada que estoy.

—Es que hablé con mi primo y me dejó muy intrigada.

—¿Y yo qué tengo que ver? —preguntó Lola tratando de disimular.

—¿Qué pasó?, ¿lo viste en el aeropuerto?

—No puedo creer que me llamas para preguntarme eso y no porque estuvieras preocupada por mí. —Trató de hacerse la enfadada.

—Sabes que me preocupo por ti, solo que tengo mucha curiosidad.

—*Pues sí, lo vi, pero no pasó nada.* —En ese momento recordó el extraño beso que compartió con Santiago, pero eso era algo que no pensaba compartir con su amiga.

—Por el estado de ánimo de Santiago, puedo asegurarte que él no piensa lo mismo que ti.

Lola no entendía cómo reaccionaría su amiga si se enteraba de que Santiago y ella se habían besado. Pensaba que estaría feliz por ella; el problema era que ella no sabía cómo sentirse, por eso no le decía nada.

—*Bella, no pasó nada; si hubiera pasado, tú serías la primera en saberlo.*

—Eso espero, porque llevo toda la vida escuchándote suspirar por Santiago, así que, si no me cuentas, me enojaré contigo para siempre.

—*Bella, te juro que no pasó nada.* —Pero en el fondo le remordía la conciencia, ya que no le estaba contando lo del beso y las dudas que esto le generaba.

—Eso espero.

Siguieron conversando durante un buen rato sobre temas más tribales, como todos los zapatos que se compraría. Cuando terminaron de hablar, Lola estaba tan cansada que lo único que deseaba era meterse a la cama, ya que al día siguiente iba a ser muy ajetreado, así que necesitaba descansar. Le costó conciliar el sueño, ya que no dejaba de pensar en Santiago.

Santiago no podía creer lo que había sentido con un simple beso. Él era un hombre de veintiséis años con bastante experiencia y nunca un beso le había hecho sentir lo que el instante que compartió con Lola le despertó.

—Santiago, hombre, vámonos de bar —dijo uno de sus hombres de estación.

—Sí, vámonos a ligar, que la noche es joven como nosotros —lo siguió Javier, otro de sus compañeros.

—Ya, déjenlo en paz, que a él solo le interesa el esperpento Zamora —sentenció Álvaro.

—Lo que Lola haga o deje de hacer me tiene sin cuidado.

—¿Estás seguro, Santiago, de que no te importa que el esperpento se ligue a otro?

—Segurísimo. —Santiago no se iba a dar por menos. Claro que le importaba lo que Lola hiciera, pero Álvaro no tenía por qué saberlo.

—Muy seguro. ¿A dónde vamos a ir?

—Así me gusta, hermano, como en los viejos tiempos.

Las cosas jamás iban a volver a ser iguales. Álvaro era un mujeriego empedernido y él no podría olvidar Lola. ¡Qué tarde se había dado cuenta de que nunca había superado su enamoramiento! El día que volvió a ver a Lola, entendió que la iba a tener difícil. Si su prima no le hubiera mentido, él habría ido con todo por ella, pero la bruja de Bella le había mentido, aunque él a ella también; si le hubiera dicho de su enamoramiento hacia Lola, las cosas serían muy diferentes en estos momentos. Lola no se habría ido del país y seguramente estarían juntos, pero él *hubiera* no existe, así que solo le quedaba afrontar las consecuencias de sus decisiones.

Cuando llegaron al bar de su amigo Bruno, todos se dirigieron a la barra.

—Santiago, qué milagro, pensé que estarías deprimido.

—¿Por qué dices eso?

—Bella paso por acá y me contó que Lola se fue a Italia a una exposición fotográfica y, si todo le sale bien, no volverá. —Bruno estaba enterado de esto porque Lola era su hermana, pero nadie lo sabía.

—¿Cómo dices?

—¿No sabías que tu esperpento favorito se marchaba del país? —Solo Bruno conocía de su enamoramiento hacia Lola.

—Ella me dijo que se iba a Francia por unos meses.

—¿Cuándo hablaste con Lola? —preguntó Álvaro.

—En la fiesta de graduación de Bella.

Santiago pasó el resto de la noche atormentándose con sus pensamientos. ¿Qué haría si Lola no volvía? Después de lo que había sentido con el beso que compartieron, estaba seguro de que tenía que estar con ella.

—Me marchó. —Santiago se puso de pie y, cuando se dio la vuelta, se quedó parado donde estaba viendo cómo Lola se aproximaba hacia el interior del local,

en dirección a él y a sus hombres.

—Santiago, ¿todavía quieres hablar conmigo?, porque si no te mataré, ya que por tu causa dejé tirada mi exposición.

—¿Qué haces aquí?, ¿no deberías estar en Italia?

—Cuando llegué y me puse a montar las fotos de la exposición, me empecé a preguntar si de verdad quería eso o estar con mi ogro favorito.

—¿Desde cuándo me he convertido en un ogro?

—Desde que me llamaste esperpento y monstruo con la mayoría de estos —dijo señalando a los compañeros de Santiago—. ¿O acaso pensaban que no me acordaba de ustedes, Álvaro, Javier, Martín? —Todos y cada uno sonrió—. Ustedes hicieron de mis días de instituto un infierno; de todos ustedes el único que siempre me trató bien fue Bruno, porque si no papá lo hubiera matado.

—Lolis, me vas a hacer llorar.

—Déjate de payasadas.

—Bruno, pensé que no se conocían.

—Pues déjame presentarte a mi hermana, Lola Zamora, más conocida por ustedes como «el esperpento Zamora» —contestó Bruno.

—Estás de broma.

—Dejemos lo de mi parentesco con Bruno para después y contesta lo que te pregunté, que tengo que coger otro avión. Antes de que mi exposición termine, tengo que estar de regreso en Italia.

—¿Sabes?: después de que te fuiste, quedé muy aturdido.

—Si tú quedaste aturdido, ahora imagina cómo he quedado yo; he llevado toda mi vida esperando ese instante. Cuando llegué al hotel, Bella me llamó y no le comenté nada; cuando cortamos, la conciencia me mataba y traté de dormir, pero, cuando me di cuenta de que era inútil, la llamé y ella me aconsejó que volviera a hablar contigo.

—Pero ¿qué fue lo que pasó entre ustedes?

—Serás chismoso, hermanito... Y luego dicen que las chismosas viejas de patio somos nosotras.

—Bueno, Lola, antes de que te marches, yo sí necesito que hablemos.

—Pues será después de mí. —Santiago la tomó de la mano y la jaló para

alejara de la mirada de todos los mirones que los rodeaban. Todavía no podía creer que el único hombre que sabía de su enamoramiento hacia Lola fuera su futuro cuñado. Cuando ya estuvieron lejos de las miradas curiosas de todos, la tomó entre sus brazos y la besó con pasión, como si su vida dependiera de aquel beso.

Lola no podía creer lo que estaba pasando; su sueño se estaba haciendo realidad, aunque en sus sueños los besos de Santiago no le hacían justicia a la realidad.

—Santi, para, que necesitamos hablar.

—Ya lo sé, pero es que, cuando te tengo cerca, me muero de ganas de besarte.

—Mira que Bruno tiene cámaras por todo el local. —Cuando Lola mencionó el nombre de su amigo, Santiago la soltó en ese instante.

—Hablando de Bruno, ¿cómo es que nunca me enteré de que eran hermanos?

—Bruno es hijo del primer matrimonio de mi padre, así que, cuando sus padres se divorciaron, él se quedó viviendo con su madre. Yo solo lo veía en el instituto, pero, como ves, no nos parecíamos en nada y nadie nos relacionaba.

—¿Te puedo confesar algo? —preguntó Santiago tímidamente.

—Claro que sí.

—Cuando estaba en el instituto, estuve enamorado de una chica a la que todos llamaban «esperpento y el monstruo Zamora». —Los ojos de Lola se llenaron de lágrimas—. Hey, pero no llores; tú me gustabas antes y, cuando te volví a ver, supe que me ibas a hacer la vida muy difícil y por eso, cuando Bella me invitó a cenar, le pedí ayuda a Marcela, que es una compañera de la estación.

—¿De la estación? —preguntó Lola llena de nervios. Santiago se carcajeaba de lo lindo.

—No te preocupes, que ella no estaba el día que diste el show en la estación. Los muchachos le contaron que me gritaste de todo, pero ella no sabe que la fulana de la que hablabas era ella.

—Santi, no es gracioso. —Lola hizo esos pucheros que llevaban años volviéndolo loco y se olvidó de las cámaras y la tomó en brazos nuevamente para besarla; todavía no podía creer que estuviera con su esperpento favorito.

—¿Sabes?: creo que siempre te he amado, solo que no me atrevía a

reconocerlo. El único que lo ha sabido siempre es precisamente Bruno.

—Santiago, necesito saber a dónde vamos.

—No puedo prometerte nada, solo que no te haré daño.

—Necesito volver al aeropuerto; además, Bruno dijo que necesita hablar conmigo. Creo que venir fue un error, ya no soy esa niña de la que me hablaste.

—Lola no dijo nada más, salió de los brazos de Santiago y se fue en busca de Bruno.

Cuando llegó al lado de su hermano, lo abrazó. Bruno no dijo nada, solo la abrazó en silencio; conocía muy bien a su hermana y sabía que Santiago la afectaba como nadie.

—¿De qué querías que habláramos?; tengo un avión esperándome.

—¿Estás bien?

—Sí, no me pasa nada, es solo cansancio y tengo una exposición de muchas por delante.

—¿Eso quiere decir?

—Precisamente lo que estás pensando. Al dueño de la galería le gustaron tanto mis fotografías que organizó exposiciones por toda Europa.

—¿Y qué va a pasar con Santiago?

—Nada. Venir fue un error.

—Lola, puede que sea un cobarde, pero te juro que siempre te ha amado.

—Bruno, mejor dejemos el tema y dime qué era de lo que querías que habláramos.

—Mi madre quiere hablar contigo y con Patricia.

La progenitora de Bruno las odiaba. Durante la juventud, ellos no tuvieron mucho contacto, ya que Vivian lo había puesto en contra de ellas.

—No creo que sea buena idea.

—Loli, te juro que ha cambiado muchísimo.

En eso llegó Santiago, y Lola solo quería salir huyendo.

—No lo sé, Bruno, pero te juro que lo pensaré; yo hablaré con mi madre. —  
Abrazó nuevamente a su hermano y salió por la puerta del local sin dirigirle ni una mirada a Santiago.

—Santiago, ¿se puede saber qué le hiciste a mi hermana?

—Ahora resulta que te importa; en los años de instituto, nunca la defendiste.

—Ella no me dejaba. Siempre que nos veíamos, decía que la trataban así porque eran unos bobos y que ella algún día dejaría de ser fea. Y ya ves: tenía razón.

—Sabes que para mí ella siempre fue especial. —Ya no le importaba que todos se dieran cuenta de que él estaba enamorado del esperpento Zamora desde su época de colegio.

—Pues déjame decirte que, aunque no sepa qué hiciste, la has cagado de lo grande. Mi hermana está a punto de tomar un avión.

—Eso ya lo sé, ella me lo dijo.

—Lo que no te dijo fue que no va a volver. Al dueño de la galería le gustaron tanto sus fotografías que le ofreció llevar su exposición por toda Europa.

Santiago trató de salir del local, pero Bruno lo tomó del brazo y se lo impidió.

—Tenemos muchos años de ser amigos y, como dijiste, antes nunca defendí a Lola durante el instituto y creo que ya llegó la hora.

—¿De qué rayos hablas?

—Santiago, conozco a mi hermana y ella siempre te ha amado. Y puede que siempre lo haga, pero, si sales de este local para hacerle daño a Lola, te juro que nunca te lo perdonaré.

—¿Cómo le voy a hacer daño?, es mi esperpento favorito. —Y con esto salió corriendo.

Esta vez no tuvo la misma suerte. Cuando llegó al aeropuerto, el vuelo de Lola ya había salido. ¿Cómo era posible?; por un momento pensó que por fin iba a ser feliz con su esperpento. Cuando la familia de Lola se mudó, él sintió que su mundo se derrumbaba, pero nadie lo notó, y se refugió en sus estudios y en las mujeres.

Los días pasaron sin saber nada de Lola; Isabela no le decía nada y Bruno evitaba el tema de su hermana con él.

Lola puso todas sus energías en que cada una de sus exposiciones fueran un éxito, pero, por más que trataba de dejar de pensar en Santiago, no lo podía

evitar y menos porque, en la mayoría de las fotografías de la exposición, estaba plasmado Santiago. Su presentación en Italia fue todo un éxito, y se extendió por tres meses más de lo planeado. Cuando pensó que por fin todo había terminado, el dueño de la galería la mandó con sus fotografías a Viena. En sus meses en Italia, además de exponer sus tan apreciadas fotografías, estuvo estudiando idiomas. Bella estaba trabajando en su estudio en España y todo iba muy bien; cuando hablaba con ella y con Bruno, siempre evitaban conversar de Santiago, pero no mencionarlo no hacía que se olvidara de él.

—Señorita Zamora. —La voz del dueño de la galería la sacó de sus pensamientos.

—Disculpe, señor Salvatore.

—Le decía que es notoria la importancia que tienen sus fotografías para usted, pero nos gustaría que montáramos una exposición del cuerpo de bomberos de la ciudad. —Tenía que ser el destino: hacía mucho tiempo ella quiso fotografiar a un cuerpo de bomberos en específico—. Lo recaudado será donado a una institución benéfica, y he estado investigando... Usted hizo un calendario a un cuerpo policial que fue todo un éxito.

—Gracias, pero eso fue hace muchos años, todavía estudiaba.

—Desde que estaba en la universidad, era usted una excelente fotógrafa. Nos gustaría que su amiga Isabela... —¿Cómo era que el señor Salvatore sabía de la existencia de Bella?— No se asuste, señorita, lo que pasa es que, cuando acepto trabajar con un fotógrafo, investigo todo lo que puedo del mismo.

—No sé si Bella esté interesada en este momento; está trabajando en mi estudio en Madrid.

—Pues hable con ella. Quiero que ustedes monten una serie de exposiciones, por toda Europa y por algunos países de América, sobre diferentes temas.

Después de su conversación con el señor Salvatore, Lola pasó el resto del día coordinando con una estación sobre las fotografías que iría a tomarle en unos días. Cuando la conversación con el jefe de estación terminó, no pudo evitar recordar a otro jefe de estación cuyos besos la atormentaban.

### CAPÍTULO 3

Santiago no podía creer que nadie fuera capaz de decirle nada de Lola. Él la amaba; puede que su confesión no fuera lo que Lola esperaba, pero la amaba. En la estación todos lo habían dejado en paz a la semana de que Lola se había marchado, y desde entonces su cara de perro arrepentido no había mejorado en lo más mínimo. Lola, su esperpento favorito, ¿cómo era posible que la hubiera perdido?

—Santiago, ¿hasta cuándo vas a seguir así?

—Álvaro, déjalo en paz —intervino uno de sus hombres.

—Pero es que, Mario, ¿no ves la cara que se trae?

—¿Cuál otra quieres que traiga? Lamento decepcionarte, pero esta es la única que tengo.

—No te hagas el gracioso, que sabes perfectamente a qué me refiero.

—¿Sabes?: fui un estúpido.

—Siempre lo has sido. —¿De dónde diablos ha salido Bruno?

—¿Y tú, que quieres?: ¿reírte de mí? Porque, cuando reconozco que siempre he amado a Lola, ella sale huyendo.

—Pues precisamente he venido a hablarte de mi hermana.

—¿Va a volver? —Todos soltaron a reír.

—Pues lamento decirte que no. En estos momentos debe de estar rodeada de bomberos y, ¿sabes?: mi hermana tiene debilidad por los bomberos.

—¿De qué hablas?

—Pues el dueño de la galería ya se aburrió de ver tu carita de niño bueno y le ha pedido a tu amada Lola que haga un calendario candente de bomberos.

—¿Qué tengo que ver yo con la exposición de Lola?

—¿Es que no lo sabes? Mi hermana te ama tanto que, desde que estábamos en el instituto, te fotografiaba a escondidas; yo la descubrí en esa época, pero nunca dije nada. Después de eso tiene fotos tuyas en la estación y en diferentes lugares de la ciudad.

—¿Y de dónde saco fotos mías en la estación?

—Pues Bella tenía muchas fotos tuyas y, como gran amiga de mi hermana, se las donó a la causa; es que, mientras mi hermana vivía con tu prima, nunca entraste a su habitación.

—No —contestó dejando claro que no diría nada más.

—Pues el lugar era abrumador; por todas las paredes había fotos tuyas y de los muchachos en la época de instituto. Debo de reconocer que te tengo celos; de mí solo tiene una de cuando ella era una beba y yo, un niño de unos tres años.

—La misma fotografía que tienes en tu despacho del bar.

—Esa misma.

—Pero ¿por qué nunca me dijiste que la beba que estabas alzando era Lola?

—Nunca lo preguntaste, pero sí sabías que la beba que está en la foto conmigo era mi hermana menor y, como te dije antes, si le haces daño, te rompo la cara. Aunque mi madre no quiera que tenga relación ni con ella ni con su madre, Lola es mi hermana; en realidad, la única hermana que tengo, así que, si en algún momento la vuelves a ver, espero no tener que golpearte.

—Serás estúpido.

—Hablo en serio, Santiago. Y para que veas que, aunque eres un idiota, creo que mi hermana puede ser feliz junto a ti, vengo a darte sus datos porque, claro, no querrás que ella haga un calendario de bomberos y no salgan ustedes. — Cuando Bruno dijo «ustedes», llamó la atención de todos los hombres de la estación—. Al final algunos de ustedes también forman parte de esta alocada historia.

—¿De qué diablos hablas?

—De que conseguí boletos de avión para todo tu cuerpo de bomberos; salen mañana a primera hora.

—Pero sí que estás loco.

—¿Quieres o no ver a mi hermana? Isabela y yo los esperamos en el

aeropuerto a primera hora; traigan todo su equipo, porque no creo que el jefe de la estación donde tiene que trabajar Lola les preste nada.

En ese momento llegó Isabela.

—Bruno, pero yo quería darle a noticia a mi primito.

—¿Qué están tramando?

—Nada, pero, si no quieres perder a Lola, es mejor que vayas empacando.

—¿De qué hablas?

—Ya te lo dije: mi hermana tiene debilidad por los bomberos. ¿Cómo es que se llama el nuevo amigo de Lola? —Esto último se lo dijo a Isabela; ambos sabían que Lola no tenía ojos más que para Santiago, pero no era algo que él tenía que saber, y ambos eran conscientes de la debilidad que sentía Santiago por Lola.

—No recuerdo el nombre, pero se apellida Rossi. —Ambos sabían que ese era el chofer que la galería le había asignado a Lola, pero Santiago lo ignoraba.

—¿A qué hora has dicho que sale el vuelo? —Todos los presentes soltaron a reír, pero a Santiago ya no le importaba que se burlaran de él; Lola tenía que ser suya y nada más que suya.

—San, hombre, qué desesperación —comentó Bruno.

—Déjate de estupideces, que no voy a permitir que ningún hombre me quite a Lola.

—Santiago, el único culpable eres tú; si no la hubieras tratado mal durante toda la vida, en estos momentos estarías con ella.

—Deja de decir lo que ya sé: que soy el único culpable. Hace meses, cuando ella volvió a hablar conmigo, no sé qué era lo que quería que le dijera; es más, todavía no sé qué fue lo que hice o dije mal, pero, como no estoy dispuesto a renunciar a ella, dime de una vez por todas a qué hora tengo que estar en el aeropuerto.

—Pues a la 6:00 a. m.

Después de eso Santiago y sus hombres se concentraron en empacar el equipo que necesitaban para la sesión de fotos; todos estaban muy nerviosos, ya que ninguno había posado nunca.

Marcela estaba demasiado celosa, sabía que Santiago solo la había invitado a cenar a casa de su prima porque no quería que la amiga de Isabela se le acercara,

y resultaba que estaban empacando todo el equipo porque Santiago decidió que, después de todo, sí estaba enamorado de Lola Zamora, una mulata preciosa, pero que no era competencia para ella. Santiago, tarde o temprano, volvería a su cama.

—Marcela, ¿vas a ir con nosotros?

—No lo creo, alguien tiene que quedarse en la estación.

—Es verdad, tengo que hablar con Bruno para ver cuántos de nosotros tenemos que ir.

Lola no podía creer que el señor Salvatore le hubiera pedido una sesión de fotos en una estación de bomberos. Si tan solo el jefe de la estación fuera Santiago Espinoza..., pero era una ilusa que todavía seguía pensando en Santiago, porque no se podía fijar en un hombre como Cristiano Salvatore, que, aunque ella lo trataba con respeto, no se trataba más que de un joven de unos dos años mayor que ella. A la llegada de Lola, él intentó acercársele; sin embargo, como la joven mulata lo rechazó constantemente, pronto perdió el interés. Mas Lola tenía que reconocer que Cristiano era un hombre muy atractivo; si no fuera porque ella estaba enamorada de Santiago hasta los huesos, le pondría cuidado.

—Señorita Zamora, ¿cómo va con la organización de la sesión de fotos en la estación de bomberos?

—Muy bien, el jefe de la estación está muy emocionado. —Ella conocía otro jefe de estación de bomberos que no había estado tan emocionado cuando ella le propuso hacer una sesión fotográfica en su estación.

—Esperemos que todo salga perfecto.

—No se preocupe, todo va a salir perfecto. Soy una gran profesional; además, amo lo que hago.

—Eso lo he notado. —Cristiano sabía que el hombre de las fotografías tenía que ser muy especial para Lola; por eso le pidió que cambiaran la exposición. Lo que Cristiano ignoraba era que el hombre de las fotografías era bombero; así, en el lugar de hacer que Lola se olvidara de Santiago, a cada momento pensaba más en ella.

Lola se sentía incómoda al lado del dueño de la galería. Era verdad que era un hombre muy guapo, pero no tenía comparación con Santiago.

Cuando todo estuvo listo para la sesión de fotos, Isabela llegó tarde, pero llegó. Lola estaba tan nerviosa que no se dio cuenta de que con Bella también habían llegado Santiago y sus hombres. Bruno le había dicho a su hermana que él iría a su última exposición en Italia antes de que su gira de diera comienzo.

—Lola, cariño. —Bruno abrazó a Lola y dio vueltas con ella por toda la estancia.

—Bruno, bájame, que ya no tengo cinco años —se quejó Lola. Al dueño de la galería no le gustaba para nada la familiaridad de la pareja.

—Pequeña saltamontes, es obvio que ya no tienes cinco años —dijo Bruno con cariño.

—Oh, mi hermanito se está poniendo sentimental.

—Lola, deja de decir tonterías. Puede que ya no tengas cinco años, pero desde entonces suspiras por tu bombero favorito. —Cuando Cristiano escuchó eso, no le gustó nada, ya que se dio cuenta de que, en lugar de alejarla del hombre de las fotografías, lo que estaba haciendo era provocar que pensara más en él, aunque el dueño de la galería no estaba seguro de si el hombre del que hablaban fuera el mismo de las fotos.

—Bella, ¿cómo está Santiago? —Lola no sabía por qué le gustaba torturarse tanto con Santiago; aunque ella tratara de olvidarlo, era una masoquista, ya que, cada vez que hablaba con Isabela o con Bruno, preguntaba por él.

—En realidad, Santiago está muy bien. —Lola sintió que el corazón se le rompía, ya que había esperado que Santiago la extrañara aunque fuera un poco. Cuando Bella notó el malestar de su amiga, soltó una risa y dijo—: En realidad, mi primo está hecho una mierda. Solo va de su casa a la estación y de la estación a su casa; ya no le importa lo que piensen Álvaro y sus demás compañeros. Lola, ¿por qué huiste así a Santiago?; le costó mucho admitir lo que sentía y, cuando lo confesó, tú saliste corriendo.

—Deja de defenderlo, porque, si yo le importara, estaría aquí conmigo y no en Madrid en su estúpida estación. Llevo toda la vida enamorada de un idiota que no arriesga nada por mí.

—Te equivocas, Lola. —Los ojos de la joven mulata se llenaron de lágrimas y buscó con la mirada de dónde venía esa voz con la que había soñado tantas noches—. En estos momentos estoy arriesgando mi corazón y el hecho de que vuelvas a huir de mí

Lola no pudo más y corrió a sus brazos.

—Serás estúpido. ¿Por qué esperaste tanto para venir por mí?

—Eso, mi monstruo favorito, agradéceselo a tu hermano y a mi prima. —Lola se volvió así adonde estaban su hermano y su mejor amiga; ellos le sonreían.

—No nos mires así, solo queríamos estar seguros de que el idiota este no te lastimara —contestó Bruno—; aunque, si lo hace, sabe que se las verá conmigo.

Lola soltó a Santiago y corrió a abrazar a su hermano. Era verdad que, a causa de la madre de Bruno, casi no se habían visto durante sus años de juventud, pero Bruno siempre estaba para defenderla. Cuando iban al colegio y nadie sabía de su parentesco, Bruno siempre quería defenderla de las burlas de sus amigos, pero Lola se lo impedía.

Todo sucedió ante la atenta mirada de Cristiano, que no podía creer que el hombre que aparecía en las fotos de la exposición era el individuo del que Lola estaba enamorada. Ya lo sospechaba, pero saber la verdad era otra cosa y, si él quería conquistarla, ese sujeto se le iba a presentar como un gran obstáculo.

—Bruno, amigo mío, déjame decirte que, si tu hermana me da una oportunidad, no la voy a desaprovechar.

—Más te vale, porque ya te dije que, si mi hermana vuelve a llorar por tu culpa, te voy a pegar.

—Santiago, no le hagas caso al bruto de mi hermano. Además, ¿cómo no te voy a dar una oportunidad si te he amado toda la vida? —Y con esto se besaron.

—Ustedes busquen una habitación. —Escucharon decir a Álvaro.

—Álvaro, ¿qué haces aquí? —preguntó Lola muy sorprendida, y en ese momento el resto de los muchachos salieron.

—Santiago, no me digas que traes refuerzos.

—Para nada, pero nos enteramos de que necesitabas unos bomberos para una sesión de fotos.

—Pues lo lamento, ya tengo a los bomberos que necesitábamos —intervino

Cristiano, que se había mantenido al margen de la conversación.

—Señor Salvatore, ¿sería posible que mi novio y sus hombres puedan participar en la sesión?

La declaración de que eran novios no se le pasó desapercibida a nadie, pero no dijeron nada porque comprendían que no era el mejor momento para molestar al ogro y a su monstruo favorito; era el momento perfecto en la extraña relación que habían tenido toda la vida.

—Lola, si no se puede, no te preocupes.

—Pero es que, Santi, siempre he querido fotografiarlos.

—Lola, preciosa, ¿por qué estos idiotas salen en todas las fotografías de tu exposición? —En se instante Lola deseó matar a su hermano. Él ya había visto las fotografías de su exposición; ¿por qué precisamente, en ese instante, tenía que mencionar que Santiago y algunos de sus amigos eran los protagonistas de su presentación? La mención de eso hizo que todos prestaran más atención a su alrededor.

—Álvaro, Javier, ustedes también salen en algunas fotografías.

—Lo que sucede es que la mayoría de las fotografías que elegí para mi exposición son de la época de instituto.

—Aunque algunos de nosotros somos también personajes de esta exposición, no cabe duda de que el protagonista es Santiago.

—Chicos, ya dejen de molestar a mi hermana —intervino Bruno.

—Serás estúpido, Bruno. ¿Por qué tenías que mencionar lo de las fotografías?

—Lola, cariño, no pasa nada, me halaga estar en tu exposición y sé que a los chicos también.

—Debo decir que desde joven eras una gran fotógrafa.

Lo que los muchachos planearon no se llevó a cabo, pero sirvió para que Santiago y Lola se reencontraran y pudieran arreglar su relación. Todos estaban felices por su viaje a Italia y estaban decididos a disfrutar hasta el último minuto.

—Bella, ¿quieres hacerme el honor de salir esta noche conmigo?

—Vamos, Bruno, sabes que las cosas entre nosotros no funcionarían.

—Dime por qué no podemos salir juntos.

—Tu hermana y mi primo acaban de entrar en una relación: ¿no crees que, si

las cosas salen mal, vamos a quedar en medio? Santiago es mi primo y uno de tus mejores amigos, y la loca de Lola es tu hermana y mi mejor amiga; sé que, si las cosas no salen bien entre ellos, ambos van a sufrir.

—Bella, lo que pase entre ellos no tiene por qué afectarnos. Como le dije a Santiago, espero que no haga sufrir a mi hermana. Sabes tan bien como yo que la loca esa está enamorada hasta los huesos de Santiago.

—Pero seamos sinceros: sabes que nosotros nos veremos en medio si algo malo pasa.

—Mira, Isabela, si no quieres estar conmigo, déjate de excusas y no digas que es por tu primo y por mi hermana. —Con eso Bruno salió de la habitación y dejó a Isabela muy pensativa.

Ella no sabía qué sentía realmente por Bruno. Llevaban meses saliendo, pero de momento lo mantenían en secreto. Pero, si realmente quería que la extraña relación que tenían funcionara, tenían que salir del anonimato, y ese era el problema; además, Lola y Santiago venían a complicar todo. Obvio que se alegraba por ellos, especialmente por su amiga, que llevaba toda la vida enamorada de Santiago, pero no sabía qué iba a pasar entre ella y Bruno.

En un bar cercano, Bruno se encontró con todos los chicos, excepto con Santiago, que suponía estaba con Lola. Y en serio él rezaba por que su amigo no hiciera sufrir a su hermana, ya que no le dejaría otra opción que romperle la cara. Si durante sus años de juventud no había intervenido fue porque su hermana no lo había dejado.

—Bruno, ¿qué te pasa?, estás extraño —preguntó uno de los chicos.

—Solo quiero que mi hermana sea feliz

—Amigo, no te preocupes, que creo que el ogro de Santiago se está encargando en estos momentos de eso.

—Cuida lo que dices, que no se te olvide que de la que hablas es mi hermana y, aunque ella ya sea una mujer, para mí todavía es mi hermanita pequeña, así que deja de decir ese tipo de cosas.

—De acuerdo. ¿Qué te pasa?, y no me digas que lo que te tiene así es pensar en

ese par en la cama. —Bruno no aguantó más y le dio un puñetazo a Álvaro.

—Te dije que no hablaras así de mi hermana

—Bruno, deja de golpearlo. —Pero el hombre no reaccionaba.

—Bruno, deja a Álvaro. ¿Qué te pasa, hermanito? —Al escuchar la voz de su hermana, Bruno reaccionó.

—Lola, estás aquí.

—¿Dónde, si no, creías que estaba? Sabes que siempre voy a estar a tu lado cuando me necesites.

—El estúpido este dijo que tú y Santiago...

—Serás estúpido. Álvaro, ¿por qué le dices eso a mi hermano? Sabes cómo es y para él yo siempre seré la pequeña Loli.

—¿¿¿Loli????

—Era como me llamaba cuando éramos pequeños.

—Bruno, quería pedirte formalmente que me dejes salir con tu adorable hermana. Sé que al que debería pedirle permiso es a tu padre, pero, ya que él no está y tú eres el único hombre en la familia de Lola, te corresponde a ti darme permiso de salir con ella.

—Santiago, sabes que no me opongo, pero, si lo hiciera, de todas formas ella no me haría caso; nunca lo hace. Solo recuerda que es mi hermana y, si le haces daño, yo te lo haré a ti.

En ese momento Isabela llegaba y su mirada se cruzó con la de Bruno; no sabía qué sentía por él, pero a la vez le daba miedo perderlo. Ellos habían sido amigos desde siempre; Isabela era la única que sabía de su parentesco con Lola ya que, en una de sus visitas a casa de su mejor amiga, se encontró a Bruno abrazando a Lola mientras ella lloraba por alguna de las groserías de Santiago. Cómo habían cambiado las cosas. Con el paso de los años, su amiga ya no era la chica fea de la que todos se reían; ahora era una mujer espectacularmente hermosa y su primo, al final, había sucumbido a los encantos de Lola, aunque ya no era un secreto para nadie que Santiago siempre habría estado enamorado de Lola.

—Me largo de aquí.

—Bruno. —Bella salió tras de él.

—\_Déjame en paz.

—Bruno, detente, necesitamos hablar.

—No hay nada que tengamos que hablar, fuiste muy clara con tus estúpidas excusas para no estar conmigo.

Ellos no se dieron cuenta, pero Lola, que había seguido a su hermano para tratar de calmarlo, estaba viendo cómo se desarrollaba todo entre ellos. Ella llevaba tiempo sospechando que ese par se traía algo, pero nunca, ni en sus más locas fantasías, se había imaginado que Bruno estuviera enamorado de Isabela, su amiga. Era una tonta; ¿qué mejor partido que su hermano?, y no lo decía porque Bruno fuese su hermano, sino porque era verdad. No queriendo que la pareja se enterara de su presencia, dio la vuelta para toparse con Santiago.

En ese momento Bella y Bruno se besaban.

—¿Qué está pasando aquí? —Santiago iba hacia donde estaba el par de enamorados, porque, aunque ninguno quisiera admitirlo, se amaban.

—Déjalos, Santiago, ya habrá momento para preguntarles después.

—No lo puedo creer. Ese tipo, hace unos momentos, me estaba acusando de estarte metiendo la mano y es lo que él está haciendo con mi prima.

A Lola le costó un mundo que Santiago reaccionara, pero al final pudo alejarlo de la escena. Santiago tenía ganas de romperle la cara a Bruno. Era su mejor amigo; ¿por qué le había ocultado su relación con Isabela?

—Santi, ya deja de pensar en ellos.

—No puedo creer que me hayan ocultado algo tan importante.

La noche transcurrió lo más normal que la situación lo permitió. Santiago no podía dejar de darle vueltas en la cabeza a que su prima y Bruno tuviesen algo.

—Hombre, Bruno, pensábamos que no ibas a volver —dijo Carlos, uno de los hombres de la estación.

—Pues ya ves.

Santiago tenía unas ganas de írsele encima, pero Lola no le soltaba la mano.

—Bruno, ¿dónde está Isabela? —preguntó muy sutilmente Lola.

—Yo que sé. Cuando me fui ella estaba acá. —Los dientes de Santiago rechinaron. No era que él fuese celoso con su prima; ella merecía encontrar a un buen hombre que la amara y Santiago estaba casi seguro de que ese no era Bruno.

—Es extraño que no la hayas visto si, cuando saliste del bar, ella fue tras de ti y, al ver que ella no volvía, fui a buscarla y la vi contigo. —La cara de Santiago era pura furia.

—¿Nos viste? —Fue todo lo que preguntó.

—Claro que los vi.

—¿Qué viste? —En ese momento llegaba Isabela recomponiéndose la ropa. Lola se aferró más a la mano de Santiago.

—Le estaba preguntado a Bruno por ti y me dijo que no te había visto, cosa que me parece extraño, y que yo lo seguí y los vi conversando. —Por el tono de voz de su primo, Isabela sabía que no solo los había visto conversando.

—Bella, ¿podemos hablar un momento? —preguntó Lola—. Y tú, pórtate bien; no quiero volver y encontrar a mi hermano herido.

—Lo capto, no te preocupes.

—Santiago, hablo completamente en serio.

—Lola, no necesito que me defiendas; ¿o crees que, si él me fuera a pegar, yo me le iría a dejar?

—Por eso mismo tengo miedo de dejarlos solos.

—No seas ridícula. Mira, que en los años de instituto nunca le partí la cara por cómo te trataba; ¿por qué he de hacerlo ahora? —Santiago sabía que Bruno tenía razón.

Cuando Lola y Bella se alegraron, esta última sabía que su mejor amiga también la había visto en una situación algo comprometedora, por no decir «muy comprometedora».

—Lola, te lo puedo explicar.

—Vamos, Bella, ya somos adultos. Lo que tú y mi hermano hagan me tiene sin cuidado; ambos merecen ser felices y no le veo nada de malo a que estén juntos.

—Pero no quiero estar en medio si las cosas salen mal entre tú y Santiago.

—Mira, Bella, yo te adoro y mi hermano es un gran tipo. No importa lo que pase de aquí en adelante entre Santiago y yo; Bruno y tú merecen ser felices. Yo los apoyo y sé que, aunque Santiago esté un poco arisco, al final lo va a aceptar.

—Gracias, Lola, eres la mejor amiga del mundo mundial; y amo a tu hermano, pero no sé cómo decírselo.

—Pues solo acepta salir con él.

—¿Sabes?, tienes razón: tu hermano es el hombre perfecto para mí.

Cuando regresaron, Santiago y Bruno no estaban y las chicas se preocuparon.

—Muchachos, ¿dónde se metieron Santiago y Bruno?

—Dijeron que tenían que hablar, y salieron.

Las dos se fueron corriendo hacia la dirección que Álvaro les indicó, y no podían creer lo que estaban viendo: el par de idiotas —porque era la única palabra que los definía en ese momento—estaban abrazados llorando y riendo.

—¿Nos pueden explicar qué está sucediendo acá? —preguntó Isabela.

—Lola, mi amor. —Santiago ni se podía sostener.

Ya entrada la noche, Lola e Isabela decidieron marcharse. Si Bruno y Santiago decidían pelear, ellas no iban a defender a ninguno de los dos; además, ya estaban bastante grandecitos como para saber lo que hacían.

Al día siguiente era la dichosa sección fotográfica en la estación de bomberos, así que ellas debían estar descansadas, ya que les esperaba un día muy agotador.

No se equivocaron; desde que se habían levantado, estuvieron muy ocupadas en la sesión de fotos, que les tomó más tiempo del que esperaban. Además, a Lola le esperaban unos meses muy ajetreados con sus exposiciones, así que tenía que ir ambientándose lo antes posible. Asimismo, todavía tenía que ver cómo iba a solucionar la cuestión de la distancia entre ella y Santiago.

Mientras todos disfrutaban en Italia, Marcela estaba en la estación cuando se enteró de que estaba embarazada. Esta vez Santiago no se le escaparía. Desde que Lola se había marchado, ella y Santiago habían mantenido una relación. Ella no era tonta y sabía perfectamente que Santiago no la amaba, pero un hijo lo cambiaba todo; tenía que esperar el momento indicado para decírselo a Santiago.

Después de la sesión fotográfica, Lola estaba tan cansada, pero todavía le quedaba un largo día por delante.

—Oye, loca, ¿en qué piensas? —le preguntó Isabela.

—En Santiago. ¿En qué otra cosa voy a estar pensando?

—Lola, no quiero que mi primo te haga sufrir.

—Bella, en este momento estamos bien, mejor que nunca.

—Lo sé, pero igual no quiero volver a ver que te marchas a causa de él.

Isabela esperaba con todo su corazón que Santiago fuera sincero con Lola si ella le preguntaba por Marcela. Aunque nunca tuvieron una relación, Bella sabía perfectamente que Santiago se había refugiado en la oportunista esa y habían pasado muchas noches juntos.

Cuando el día por fin se terminó, Isabela no tenía dudas de que Lola estaba más que dispuesta a pasar la noche con Santiago; solo esperaba que Santi no la hiciera sufrir, porque Lola volvería a salir corriendo.

—Bruno.

—No digas nada, Santiago. Sé que mi hermana ha soñado con este día toda su vida; solo te advierto que, si la haces sufrir, será el fin de nuestra amistad.

—Me encargaré de que eso no suceda.

—¿Ya le dijiste a mi hermana que los últimos años los has pasado con Marcela? —Bruno esperó unos minutos la respuesta de Santiago, pero, como no llegó, Bruno continuó—: De verdad espero que sepas lo que haces y que mi hermana no salga herida.

—Sabes que nunca he tenido nada serio con Marcela y que siempre he amado a Lola.

—\_ También sé que fuiste un cobarde y que la dejaste ir.

—Eso no se volverá a repetir.

Cuando Bruno se fue, Santiago se quedó pensando en lo que su mejor amigo y cuñado le acababa de mencionar, pero no le iba a comentar nada a Lola; ella nunca se enteraría de que había llevado años durmiendo con Marcela.

—Santi, ¿en qué piensas? —Esa voz era todo lo que tenía que escuchar para calmar sus tórridos pensamientos.

—En nada importante. —Se sentía un poco culpable, pero sabía que, si le decía la verdad, ella lo volvería a dejar y él no lo podría soportar.

—No será que tienes una chica importante por ahí.

—Para nada.

Lola no era tan ingenua como para pensar que Santiago no hubiera tenido una que otra aventura y, ¿por qué no?, una relación seria; al fin y al cabo, entre ellos nunca había existido nada. Decidió dejar de pensar en eso porque, de solo imaginarlo en brazos de otra, le hacía daño; prefería vivir en la ignorancia si en verdad había tenido una relación seria.

Cuando llegaron a su habitación, Santiago cerró la puerta con el pie. En ningún momento, desde que se hubieron subido en el carro, se separaron más que lo necesario, pero por fin estaban en la habitación.

—Lola, te amo tanto.

—No más que yo, Santiago. Tengo miedo.

—Si no estás preparada para esto, lo entenderé, pero dímelo ahora, que después no podré parar.

—Serás tonto. ¿Quién te ha dicho que quiero que te detengas?

—¿A qué le tienes miedo?

—A que esto solo sea un sueño.

—No lo es, pero si lo fuese, ¿no crees que tenemos que disfrutarlo?

A Lola le gustaba la manera en que Santiago razonaba, pero tenía muchísimo miedo de que, cuando regresaran a España, las cosas cambiaran, pero ella se encargaría de que eso no pasase. En ese instante lo que debería hacer era disfrutar el momento; entregarse por fin a Santiago era algo con lo que lleva soñando desde que era una cría.

—Lola, ¿en qué estás pensando?

—En cómo han cambiado las cosas entre nosotros. —Lo miró con ojos llenos de amor y de miedo. Santiago la comprendía; temía perderlo, pero él se encargaría de que eso no sucediera, aunque se le fuera la vida.

—Sí, nuestra relación ha cambiado mucho en los últimos meses.

Santiago deseaba inmensamente a Lola, pero no quería presionarla. No era tan estúpido como para pensar que Lola no hubiera tenido nunca una relación; él mismo se había refugiado tantas veces en los brazos de otras mujeres para tratar de olvidarla. Cuando ella y su familia se mudaron, la situación para Santiago se volvió más insoportable.

—Lola, ¿puedo besarte?

—Claro que puedes, tonto. —Y dicho esto fue ella quien atrapó los labios de Santiago.

En un principio el beso fue un roce tímido, pero Santiago pronto se hizo del control beso y a cada instante lo iba intensificando más y más. De inmediato dejó los labios de Lola y dejó un camino de besos por su cuello. Santiago no podía creer que por fin estaba junto a Lola; como ella había expuesto anteriormente, que por fin estuvieran juntos era como un sueño.

—Lola, si no me detienes en este momento, no creo ser capaz de hacerlo luego.

—¿Y quién dice que quiero detenerte?

Con ese solo comentario, Santiago dejó de pensar con coherencia y volvió a besar a Lola; solo que en esta ocasión lo hizo con más pasión, si era que eso fuera posible.

Cuando llegó el momento de unir sus cuerpos, Lola lo detuvo un instante.

—Santiago, te amo y siempre quise que fueras el primer hombre en mi vida.

—Preciosa, no te mortifiques por eso; sé que fue mi culpa, pero te prometo que con mis caricias te haré olvidar las de otros. —De solo imaginarla en brazos de otro hombre, la sangre le hervía de pura rabia.

—Santiago, es que no me has comprendido. Yo nunca... —Lola se puso colorada y en ese instante Santiago comprendió lo que estaba tratando de decirle.

—Prometo no hacerte daño y, si en algún momento quieres que me detenga, solo dímelo. —Quería que Lola no tuviera miedo, pero no estaba tan seguro de tener las fuerzas necesarias para detenerse si ella se lo pidiera.

—Santiago, llevo soñando con este momento desde que era una niña y sé que nunca me harías daño. —Santiago sabía perfectamente que durante años le había hecho mucho daño.

—Lola, ¿estás segura?

—Claro que sí. Me hubiera encantado ser la primera en tu vida, pero no soy tan ingenua como para pensar que nunca has estado con alguien. —Inmediatamente se le vino a la mente Marcela; aunque Santiago le había asegurado que entre ellos no había pasado nada, sabía que estaba mal que desconfiara de su novio. Para acallar sus dudas, lo besó sin miramientos.

En ese instante Santiago dejó de pensar del todo, la hizo suya de la manera más tierna que pudo. En su interior su lado primitivo se sentía feliz al descubrir que era el primero en la vida de Lola.

Cuando el amanecer los encontró, todavía se estaban amando. Lola nunca había sido tan feliz en su vida; entregarse a Santiago fue mejor que en sus sueños. Todas las nuevas experiencias que vivían juntos eran mejores de lo que ella alguna vez se había atrevido a soñar.

Marcela entendía que a Santiago no le iba a hacer gracia enterarse de que ella estaba embarazada, pero también lo conocía demasiado bien como para intuir que, por más que amara a Lola —cosa que le enfurecía—, no la iba a dejar sola con toda la responsabilidad. Ella llevaba amándolo casi desde que lo conoció y sabía que él solo sentía atracción por su cuerpo. Todavía recordaba cuando Isabela había ido a la estación, tan emocionada por el regreso de su mejor amiga; nunca se preocupó ya que, por comentarios de algunos de sus compañeros, que conocían a la dichosa amiga de Isabela, habían dicho que era un esperpento. Pero, en el momento que Santiago escuchó la noticia, algo cambió en él y a ella le pareció extraño, ya que sabía que Santiago tenía buen gusto y nunca pensó que la dichosa Lola Zamora representara competencia alguna.

## CAPÍTULO 4

—Te amo. —Lola no estaba muy segura de si lo de la noche anterior había sido un sueño, una invención de su alocada imaginación, o de si en realidad había estado con Santiago; pero cuando sintió unos fuertes brazos y escuchó lo que él acababa de decir, descubrió que todo había sucedido realmente.

Se removió en sus brazos y él le besó su espalda desnuda, lo que le produjo un sinnúmero de sensaciones que creyó nunca llegaría a sentir. Se dio vuelta para mirarlo a los ojos y él le sonrió como si fuera un tesoro muy valioso y la besó.

—Creí haberlo soñado todo y que cuando despertara ya no estarías a mi lado.

Santiago pudo ver el miedo que reflejaban los ojos de Lola y no la podía culpar, pero le dolía. Con el paso de los años, como bombero había aprendido a esconder muy bien sus emociones, ya que con su profesión veía cosas muy dolorosas.

—Lola, te amo y siempre lo he hecho.

—Por eso siempre te burlabas de mí. —En el momento en que lo dijo, se arrepintió, ya que ella no era así y siempre supo que Santiago algún día la vería como a una mujer.

La noche fue perfecta, pero ella lo había arruinado todo con su estúpido comentario. Desde el mismo instante en que sus pensamientos se escucharon, se arrepintió, pero ya era demasiado tarde: el daño estaba hecho.

—Sé perfectamente que me comporté como un imbécil, no necesito que me lo recuerdes.

—Santi, siempre supe que un día dejarías de verme como la odiosa amiga de Bella.

—Nunca te vi como la odiosa amiga de Bella. Sé que te cuesta creerme, pero

siempre he visto tu belleza, y si te fastidiaba era porque no quería que mis amigos se enteraran de que me gustabas.

—Porque no era ninguna belleza.

—¿Sabes?: a esa edad somos todos unos mocosos inmaduros y decimos y hacemos muchas estupideces, pero siempre te he amado.

Pensaban pasar todo el día en la cama hasta que la puerta de la habitación de Lola sonó. ¿Quién podía ser a esa hora? Ella se levantó con la intención de abrir, pero Santiago la agarró del brazo y en un segundo Lola cayó en los brazos de Santiago, y él acalló su risa con un beso. Quien estuviera en la puerta no iba a desistir hasta que Lola abriera la puerta, así que Santiago, a regañadientes, la dejó ir.

—Lolis, ¿por qué no me abrías? —Isabela no esperó a que Lola la invitara a pasar, así que, cuando se dio cuenta de que su amiga no estaba sola y de que había pasado la noche con Santiago, no sabía qué hacer y solo dijo—: Perdón por haberlos interrumpido, es mejor que me vaya.

—Isabela, no seas tonta, no te vayas; solo date la vuelta para que pueda ir al baño a cambiarme.

—Serás estúpido, Santiago. Además, el que debería irse eres tú, ya que Bruno viene hacia aquí.

La puerta de la habitación de Lola seguía abierta, así que Bruno solo entró, pero no esperaba encontrar a Santiago desnudo en la cama de su hermana.

—Lola Zamora, ¿puedes explicarme qué está pasando acá?

—Bruno, si quieres, yo te puedo explicar.

—Ni se te ocurra acercarte a mi prima. —Santiago no soportaba ver a Bruno junto a Isabela.

—Tú no eres nadie para que me prohíbas nada, menos cuando te acabas de acostar con mi hermana sin haberle hablado de algunas cosas.

Santiago sabía que Bruno se estaba refiriendo a su relación con Marcela, pero él no le tomaba importancia, ya que nunca la había amado; y si estuvo con ella, solo fue para tratar de sacarse del corazón a Lola.

—Santiago, ¿de qué está hablando mi hermano?

—De nada importante. Si creyera que es importante, no dudes que te lo diría.

—Ya te dije que, si mi hermana vuelve a derramar una sola lágrima por ti, no solo te voy a partir la cara...

Después de eso Santiago se vistió y fueron a desayunar, y el ambiente tenso que se sintió por un momento, tan rápido como llegó, se desvaneció. Bruno sabía que Santiago no estaba siendo sincero con Lola, pero esperaba que de verdad no la hiciera sufrir, porque no se lo perdonaría nunca.

—Mañana volvemos a España. —Isabela estaba más emocionada que de costumbre, y ya era mucho decir.

—En unos meses tengo que volver. El señor Salvatore me va a dar unos meses de descanso; la sesión fue todo un éxito

—¿Y cómo no si eres la mejor? —Lola vio cómo los ojos de su hermano reflejaban amor y orgullo.

En ese momento el celular de Bruno empezó a sonar.

—Si me disculpan —dijo alejándose para contestar.

—Con Bruno Zamora. —Al otro lado de la línea, escuchaba una voz que no conocía.

—*Sí, dígame.*

—Señor Zamora, lamento informarle que su madre ha sufrido un grave accidente.

El mundo de Bruno se vino abajo en un segundo.

—*¿Mi madre está bien?*

—Lamentablemente ella está muy delicada.

Cuando Lola vio que su hermano empezaba a llorar, se levantó de la mesa y fue corriendo hacia él.

—*Estaré ahí en cuanto pueda* —dijo Bruno con una voz que rompió el corazón de Lola.

—Hermanito.

Bruno no dijo nada, solo se abrazó a Lola y dejó que ella lo consolara.

—Lola, mi madre.

—¿Qué pasa con Vivian?

Antes del viaje de Lola, su hermano le había dicho que Vivian quería hablar con ella y con su madre, pero Patricia ya había sufrido suficiente por culpa de la

madre de su hermano.

—Está muriendo.

—¿De qué hablas? —Aunque Vivian no fuera precisamente su persona favorita en el mundo, no le gustaba ver sufrir a Bruno.

—Tuvo un grave accidente. Necesito volver a España hoy.

—Me iré contigo

—Pero mi madre. —No había necesidad de que Bruno dijera nada; Lola sabía perfectamente que Vivian no la quería.

—Bruno, en estos momentos eso no importa. Llamaré a mi madre para que vaya al hospital y nos mantenga informados. Sabes que siempre puedes contar con nosotras, también somos tu familia; no estás solo.

Cuando Bruno se fue hacia su habitación, llamó y consiguió boletos para él y para su hermana; los demás no era su problema, solo quería llegar antes de que su madre muriera, porque él no era tonto y sabía que estaba entre la vida y la muerte. Tendría mucha suerte si cuando llegaba pudiera despedirse de su madre.

Dos horas después Lola y él se dirigían al aeropuerto. Santiago e Isabela no habían encontrado boletos sino hasta para el siguiente día a primera hora.

—Lola, amor, cualquier cosa me avisas.

—Sabes que sí.

Cuando Lola llamó a su madre, esta se fue corriendo al hospital porque, por más diferencias que tuvieran ella y Vivian, esta era la madre de Bruno, y su hijastro no se merecía sufrir la pena de perder a su madre, así que estaría junto a él hasta el último momento. Además de todo eso, Bruno le recordaba a su hijo; tendrían la misma edad. En esa época ella era amante del padre de sus hijos; nunca quiso destruir a una familia, pero ellos se amaban y, por más de que trataron de alejarse, no pudieron. Por eso, cuando su hijo se perdió y nació Bruno, ella se alejó del padre del chico sin pensar que años después se reencontrarían.

—Buenas, señorita, ando buscando a Vivian Zamora. —Aunque Vivian y su marido se habían divorciado, ella no había dejado de usar su apellido, lo que las

convertía a las dos en la señora Zamora.

—La señora Zamora está en el quirófano.

—Me puede decir cómo está.

—Señora, ella estaba muy grave; la verdad es que dudo que sobreviva.

Patricia solo esperaba que, si Vivian en realidad iba a morir, pudiera despedirse de su hijo; Bruno era un buen muchacho y no se merecía lo que le estaba pasando.

Las horas fueron pasando, pero nadie le daba noticias de Vivian y ya empezaba a desesperarse.

—Patricia, ¿cómo está mi madre?

—Bruno, cálmate, la están operando.

—No quiero perderla. —Con esto se lanzó a los brazos de su madrastra, que siempre lo había querido y tratado como a un hijo.

—Lo sé, hijo, pero tu madre es una mujer muy fuerte, sé que va a salir de esta.

Bruno no estaba tan seguro, pero agradecía que Lola y su madre no lo dejaran solo en un momento tan difícil.

—\_Familiares de Vivian Zamora.

—Somos nosotros.

—La cirugía fue todo un éxito, pero ella aún sigue muy grave. Las próximas cuarenta y ocho horas son vitales.

—\_Gracias por salvar a mi madre. —Bruno sabía que su madre aún no estaba a salvo, pero quería aferrarse a la fuerza que le transmitían su hermana y su madrastra.

—Estamos haciendo todo lo posible, pero aún no es seguro que sobreviva.

Ya habían pasado dos días desde que habían operado a Vivian y ella aún no daba señales de vida. Bruno agradecía que ni Lola ni Patricia se hubieran separado de su lado, él quería a Patricia como a una segunda madre, aunque no lo podía admitir para no hacer daño a su madre.

—Señor Zamora, su madre acaba de despertar y quiere hablar con usted y con el resto de su familia.

Todos estaban muy expectantes sobre lo que les fuera a decir Vivian, pero en silencio siguieron al doctor. Apenas entraron Vivian se la quedó viendo a

Patricia y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Pati, estás acá, pensé que no vendrías a verme.

—¿De qué hablas, Vivian? Sabes que, a pesar de todo lo que hemos vivido, siempre estaré para ti.

Ni Lola ni Bruno entendían el comportamiento de sus madres. Vivian siempre había tratado muy mal a Patricia y, sin embargo, se comportaban con tanta familiaridad.

—Sé que se acerca mi fin y no puedo morir con este secreto

Tanto los ojos de Patricia como los de Bruno se llenaron de lágrimas.

—Mamá, no digas esas cosas. Tú eres muy fuerte y sé que vas a salir de aquí.

—Bruno, mi niño, te amé desde el momento en que te vi.

—Y yo te amo a ti, mamá —contestó Bruno mientras las lágrimas surcaban sus mejillas.

—Pati, perdóname.

—No tengo nada que perdonarte; las dos cometimos errores, éramos tan jóvenes.

—Yo sé dónde está tu hijo. —Los ojos de Vivian se llenaron de lágrimas.

—Pero no es posible. Ricardo y yo lo buscamos durante años.

—Perdóname, pero, cuando perdí a mi hijo, me cegó el odio.

—Pero ¿y Bruno? —En ese instante Patricia comprendió lo que Vivian le trataba de decir.

—No, dime que no es verdad.

—Esa noche nacieron dos hermosos niños, pero era muy arriesgado quedarme con ambos, así que a uno lo crié y lo he amado como a mi propio hijo. —Su mirada iba dirigida a Bruno. —Al otro niño lo mandé al extranjero.

—¿Cómo pudiste robarte a mis hijos?

—Pati.

—Dime dónde está mi otro hijo y cómo se llama. ¿Tienes idea de lo que he sufrido todos estos años?

—Se llama Roberto y nunca lo he desamparado, siempre he cuidado de él.

—Vivian, ¿dónde están mis hijos?

—Bruno. —Al escuchar su voz, Bruno se acercó a la cama donde estaban

conversando su madre y Patricia. —Perdóname por haberte separado de tu madre, pero quiero que sepas que siempre te he amado. Aunque no hayas salido de mí, te amo. Perdóname y cuida de Patricia y de Lola; además, procura encontrar a tu hermano, no te costará nada, ya que son idénticos.

—Pero, madre, ¿dónde está Roberto?

—Lo mandé a América.

—Sé más específica, por favor.

—Vive en Costa Rica, es fotógrafo. —Esta vez su mirada se dirigió a Lola—. Mi niña, aunque creas que no te quiero, eres mi familia y me recuerdas a tu madre cuando teníamos tu edad.

Vivian miró con amor a su hijo y en ese momento falleció.

—Vivian, no me dejes, por amor de Dios. Sé que el amor que ambas sentíamos por Ricardo nos separó, pero nunca dejarás de ser mi hermana y te juro que te perdono por separarme de mis hijos, pero no me dejes.

Bruno y Lola no creían lo que acababan de escuchar; sus madres eran hermanas. Además de todo Bruno, no sabía cómo sentirse. Acababa de descubrir que su verdadera madre era Patricia y que, además, tenía un hermano gemelo y Lola era su hermana, cosa que él siempre la había considerado aunque creía que era su hermanastra.

—Mamá. —Bruno lloraba desconsoladamente por la madre que acababa de perder y por la que acababa de encontrar.

Después de la muerte de Vivian, Bruno no sabía cómo comportarse delante de Patricia.

—Lola —Lola corrió a abrazar a su hermano.

—¿Cómo has estado?

—¿Cómo crees que estoy?

Lola y Santiago habían pensado irse a vivir juntos, pero, después de lo que había pasado con Vivian, retrasaron sus planes, ya que Santiago comprendía que Lola estuviera tan preocupada por su hermano, pero eso no impidió que siguieran viéndose. Ya llevaban juntos dos meses y Lola tenía que hablar con él

de algo que acababa de descubrir que cambiaría sus vidas. Además, Santiago no sabía que eran hijos de la misma madre, y estaba la existencia de Roberto; el paradero de su hermano era desconocido.

Tuvieron días en los que no se habían podido ver, por eso decidió ir a visitarlo a la estación. Pensaba darle una sorpresa y, además, decirle que estaba embarazada. Eso le daba mucha ilusión: tener un hijo de Santiago. Cuando entró a la estación, saludó a todos muy alegre y se dirigió a la oficina de Santiago, pero no esperaba escuchar lo que estaba a punto de descubrir.

—Estoy embarazada —le dijo Marcela a Santiago.

—Te felicito, Marcela.

—Es que no lo entiendes, tú eres el padre de mi hijo.

—¿Cuánto tienes?

—Tres meses.

Lola no dejó que Santiago descubriera que ella los había escuchado. ¿Cómo pudo haberle mentido? Le dijo que nunca había tenido nada con Marcela y ahora se enteraba de que no solo habían tenido una relación, sino que la había embarazado. ¿Cómo había sido tan estúpida para creer en las mentiras de Santiago?

Cuando llegó a su casa, ya no pudo aguantar más las lágrimas. Su madre corrió preocupada tras ella.

—Lola, cariño, ¿qué te pasa?

En ese momento iba entrando Bruno, que se había mudado junto con Lola y su madre. En un principio le costó, pero poco a poco se iba haciendo a la idea de que Patricia era su madre. Él no odiaba a Vivian; su tía se había equivocado, pero siempre lo amó. Cuando vio a su madre correr tras Lola, sabía que algo no iba bien.

—Mamá, ¿qué le pasa a Lola? —Patricia se quedó paralizada cuando escuchó a Bruno llamarla *mamá* por primera vez.

—No lo sé, mi niño, acaba de llegar así.

Poco después de que su tía hubiera muerto, Bruno había recibido una carta; al principio creyó que era una broma de mal gusto, pero, apenas la comenzó a leer, descubrió que su madre realmente le había dejado una carta:

*Bruno, mi tesoro, si estás leyendo esto es porque ya no estoy en este mundo. Espero que algún día me perdones, tengo que confesarte tantas cosas. Para empezar, tú no eres mi hijo, pero te juro que siempre te he amado. Patricia es tu madre y, además, es mi hermana. Tu padre no tuvo la culpa de que yo me enamorara de él; siempre supe que su verdadero amor era Pati, pero no me importó: me interpuse entre los dos y los separé. Yo estaba embarazada y ella se hizo a un lado para que yo me casara con él sin saber que ella estaba esperando a un hijo. Lo más seguro es que a estas alturas ya sepas la verdad, pero, si no es así, quiero que busques a tu hermano Roberto; él está en Costa Rica. Es fotógrafo, al igual que Lola; sé que se van a llevar muy bien. Mi hijo nunca llegó a nacer; en cambio, mi hermana dio vida a dos hermosos niños. Yo me quedé contigo y te hice pasar por mi hijo, aunque él había muerto. Te estarás preguntando cómo hice para arrancarte de los brazos de Patricia, pero eso no importa, no quiero que me odies. Cuida a mi hermana y disfruta de ella que, aunque nunca ha sabido que en realidad eres su hijo, ella te quiere como tal. Y no se me olvida tu hermana..., me recuerda tanto a tu madre cuando éramos jóvenes. Ámalas y cuídalas, no dejes que sufran más. Por último te pido que me perdones y me creas cuando te digo que siempre te amé.*

*Con amor,*

*Tu madre, aunque no sé si merezca que me llames así.*

Bruno no podía creer que le acababa de decir *mamá* a Patricia, pero no era el momento de pensar en eso; lo importante aquí era Lola, después meditaría sobre lo que estaba sintiendo.

—Lola, ¿qué tienes?

—Estoy embarazada.

—Pero, hermanita, eso no es motivo de tristeza, deberías estar feliz.

—Lo estoy, pero, cuando iba a decírselo a Santiago, lo escuché hablando con

Marcela; ella también está embarazada. Él me mintió; un día le pregunté si entre ellos había habido algo y me dijo que no.

Cuando escuchó eso soltó a su hermana y, aunque su madre trató de detenerlo, salió como alma que lleva el diablo, y no había que ser muy listo para saber que iba en busca de Santiago. Cuando estaba a punto de salir de la casa, escuchó a su hermana gritarle que no quería que Santiago supiera que estaba embarazada.

Cuando Bruno llegó a la estación, no saludó a nadie ni dejó que lo anunciaran; fue directo a la oficina de Santiago, que tenía en sus manos el ultrasonido de su bebé.

—Eres un maldito.

—Bruno.

—Ahórrate tus excusas, solo vengo a advertirte que no te acerques a mi hermana; ella merece ser feliz.

—Yo la amo —gritó Santiago y Bruno se le fue encima.

—Si la amaras tanto como dices, no la hubieras engañado así.

Desde afuera se escuchaban los gritos y los muchachos entraron en la oficina y encontraron a Bruno pegando a Santiago; este último, no así por donde defenderse, solo se dejaba pegar. Después de un tiempo, Bruno dejó de pegar a Santiago.

—¿Cómo te enteraste si yo acabo de saberlo y estoy pensando la mejor manera de decírselo a tu hermana para no perderla?

—Ya la perdiste. Ella vino a hablar contigo y lo escuchó todo, así que no te le arrimes, déjala en paz.

El corazón de Santiago se rompió en mil pedazos, pero no iba dejar de luchar por Lola; llevaba toda la vida enamorado de su esperpento favorito y ahora, que estaba al lado de ella, no iba a renunciar tan fácil. Él se encargaría de que a su hijo no le faltara nada, pero no podía perder a Lola.

Cuando iba saliendo de la estación, se topó con Isabela.

—Bruno.

—Déjame, Bella.

—Pero qué ha pasado.

—Mejor pregúntaselo a tu primo y asegúrate de que no se le acerque a mi hermana, porque no respondo.

Algo en el corazón de Isabela se rompió; nunca había visto a Bruno así, ni siquiera cuando Vivian había muerto; esto tenía que ser grave. Trató de seguirlo.

—Bruno, para.

—Se acabó, Isabela.

—Ella sabía que no solo hablaba de la relación de Santiago y Lola, sino también de la de ellos.

Los ojos de Isabela se llenaron de lágrimas, pero se marchó en busca de su primo para que Bruno no notara cómo estaba sufriendo. Cuando entró en la oficina de Santiago, no esperaba ver todo roto y a su primo golpeado.

—¿Se puede saber qué hiciste para que Bruno te pegara?

—Embaracé a Marcela y Lola lo escuchó todo. —Santiago vio cómo el semblante de su prima cambiaba, pero no esperaba que lo abofeteara.

—Serás estúpido. No solo arruinaste tu vida, sino la mía también.

—¿De qué hablas?

—Bruno no me quiere a su lado, pero no le tomé importancia; pensé que, cuando se le pasará su enfado contigo, volveríamos. Sin embargo, por lo que acabas de decir, él no volverá. —Esto último lo dijo con lágrimas que corrían libres por su hermosa cara.

Lo que más quería Lola era huir de la ciudad del país si era posible, pero, en ese punto de su embarazo, no podía viajar en avión. Desde que descubrió lo de Santiago con Marcela, no había contestado ni uno solo de sus mensajes ni ninguna de sus llamadas. Con el paso del tiempo, Santiago dejó de insistir. Ni siquiera había querido hablar con Isabela; aunque fueran amigas de toda la vida, ella correría a contarle a Santiago sobre su embarazo.

Esperaron lo necesario para poder salir del país y vendieron todas sus propiedades en la ciudad. Si querían irse, lo mejor que podían hacer era no dejar lazos. Bruno, al igual que Lola, tenía el corazón destrozado; él había perdido a

Isabela. Antes de irse fueron a las tumbas de su padre y de su tía.

—Madre, aunque sepa que eres mi tía, siempre te amaré. Sé que lo que hiciste no estuvo bien, pero me amaste.

—Vivi, mi hermanita, sabes que, por más que estuviéramos distanciadas, siempre te amé y nunca me tomé en serio tus malos tratos. Espérame, que un día volveremos a estar juntas.

—Papá, te extraño tanto. En estos momentos me gustaría que estuvieras a mi lado abrazándome. Sé que tengo a mamá y a Bruno y que pronto encontraremos a Roberto, pero te extraño como el primer día. Espero un día poder volver acá y decirte que estoy bien. Te amo.

Cuando se hubieron despedido de sus seres queridos, se marcharon sin mirar atrás. La vida les deparaba grandes sorpresas. Lola y Bruno iban a conocer a un hermano que, aunque no sabían que tenía, ya amaban y su madre estaba ansiosa por conocer a Roberto. Vivian había dicho que eran idénticos, así que, cada vez que veía a Bruno, no podía evitar pensar en su otro hijo.

Pero la espera estaba a punto de terminar ya que, en el sobre junto a la carta que Vivian había dejado para Bruno, se encontraban los datos para que él, su madre y su hermana pudieran encontrar a Roberto. Así que, antes de tomar el avión en Madrid rumbo a San José, se habían puesto en contacto con Roberto y este los iría a esperar al Aeropuerto Internacional Juan Santa María, llamado así en honor a un héroe del país.

Cuando el avión aterrizó en San José, todos tenían los nervios a flor de piel. Bruno y su madre sabían que, si en verdad querían que Lola fuera feliz, tenían que poner tierra de por medio entre Santiago y ella.

—Han pasado ya tres años desde que perdí a Lola. Sé que Bruno me advirtió que no la hiciera sufrir más y, por más que pase el tiempo, no la he podido olvidar.

—Santiago.

—Isabela, ¿qué haces aquí?

—Eso te iba a preguntar

Isabela sabía que su primo se había equivocado, pero también sabía que sufría

por lo que pudo haber sido, pero no fue. Cuando Marcela falleció en el parto del pequeño Nolan, Santiago no sabía si podría solo, pero su prima lo ayudó en todo lo que pudo. Él sabía que no había sido el único que perdió el amor, ya que Isabela no volvió a sonreír desde que Bruno se marchó.

—Vivian, ¿dónde estás? —La pequeña hija de Lola llevaba el nombre de su fallecida tía.

Todavía recordaba el día en que habían llegado a Costa Rica. Su hermano Roberto las estaba esperando en el aeropuerto; no lo habían conocido antes, ya que Vivian lo había separado de su madre al igual que a Bruno, al que había hecho pasar por suyo.

—Lola. —Cuando Lola volteó, se encontró con sus hermanos; todavía no se acostumbraba a verlos juntos. Cuando llegaron a Costa Rica, su hermano los estaba esperando con los brazos abiertos; todavía recordaba la emoción de su madre y cómo había llorado. Roberto les contó que poco antes había recibido una carta de Vivian, donde le contaba la verdad, y que estaba muy emocionado, ya que siempre había pensado que no le importaba a su madre, pero su tía lo había cuidado y le había dado mucho amor.

—Chicos, ¿qué hacen acá?

—Lola, ya tenemos los resultados.

—¿Qué pasó? ¿Son malas noticias, verdad? —En ese momento entró su madre. Bruno y Roberto eran los preferidos de su madre, y no la culpaba; su propia hermana le había robado el derecho de verlos crecer.

—Lo sentimos. —Vivian había nacido con una extraña enfermedad y, aunque no quería volver a ver a Santiago, era el último recurso para curar a Vivian.

—Bruno, no quiero tener que volver a España.

—En estos momentos solo él puede ayudarnos. —Bruno tampoco quería volver; lo más seguro era que su amada, Isabela, ya lo hubiera olvidado y se habría casado con alguien más. Odiaba imaginarla al lado de otro, pero era realista y sabía que, después de su partida, la vida había continuado para quienes dejaron atrás, igual que había sucedido con ellos.

—Estaremos a tu lado. —Roberto siempre apoyaba a su hermana y a su sobrina en todo lo que él podía.

—¿Y si intenta quitármela?

—No lo permitiremos. Pero, si queremos curar a la pequeña, tenemos que decirle sobre la existencia de ella. Nosotros siempre estaremos a tu lado; eres nuestra pequeña hermana y te amamos.

Lola no podía creer que estuviera dejando Costa Rica, la tierra del pura vida y el gallo pinto, tierra de hermosas montañas y playas. En el tiempo que vivió allí, se dedicó a viajar por todo el país de punta a punta, desde Punta Castilla a Punta Burica; ella, como fotógrafa, había centrado su pasión fotografiando los hermosos paisajes del país, que la había recibido con los brazos abiertos. Pero era hora de que dejara de retrasar lo inevitable y volviera a España a enfrentar a Santiago, que seguramente se había casado con Marcela y juntos criaban a su pequeño, solo unos meses mayor que su hija.

—Pedro, no quiero que sepa que aún lo sigo amando. —Pedro era un buen amigo de Lola. Él la había conocido en uno de los peores momentos de su vida: cuando se enteró de la enfermedad de la pequeña.

—Pues no se los demuestres. Eres fuerte y hermosa; si él te dejó ir, fue por estúpido.

—¿Vendrías a España con mis hermanos y conmigo?

—Sabes que lo haría, pero esto lo tienes que enfrentar tú sola. Si surge cualquier cosa, me llamas, y salgo inmediatamente para allá. —Pedro y Lola solo eran amigos y de ahí no iban a pasar nunca, ya que su amigo era homosexual.

A los pocos días, estaban volviendo a su país de origen; con ellos iba Roberto, que era la primera vez que visitaba su país natal. Roberto era fotógrafo y había insistido en acompañarlos no solo por la salud de la pequeña Vivian, sino para poder ir a visitar las tumbas de su tía y de su padre.

Cuando llegaron al aeropuerto de Barajas, Bruno, al igual que Lola, tenía miedo de lo que iba a encontrar. Si su hermana visitaba a Santiago, iba a ser

inevitable que él volviera a ver a Isabela. Cuando se marchó ni se despidieron de ella; en todos esos años nunca más volvieron a tener contacto con nadie que les recordara a España ni a sus amores perdidos.

Lola hablaría con Santiago. Ella quería aparentar que ya no lo amaba, pero en el fondo sabía que solo era una gran mentira para proteger su corazón.

—Lola, ¿estás bien?

—Sí, mamá. Ya llegué hasta aquí, ahora no me voy a acobardar. Santiago no se puede negar, me lo debe. Si él no me hubiera traicionado...

—Lo sé, cariño. Además, ese chico...

—Mamá, por favor.

Bruno no se había podido deshacer de la casa que había heredado de su tía, así que ahí era donde se hospedarían mientras estuvieran en la ciudad; Roberto y su esposa también se alojarían en la casa. Lola no tenía muy claro cuál sería el mejor momento para buscar a Santiago; lo único que le preocupaba era Vivian, que cada día estaba peor. Si había viajado, era por el bien de su hija, ya que Costa Rica podía ser un paraíso natural, pero ella era consciente de que en España sería mejor atendida.

—Lola, ¿cuándo vas a ponerte en contacto con Isabela y con Santiago?

—No lo sé, sabes que lo de Santiago ya lo superé, pero me da miedo la reacción de Isabela; después de todo lo que pasó, nunca intenté contactar con ella.

—Bella te quiere mucho y sabrá comprenderte.

—Bruno.

—No sigas por ahí, sabes que lo más probable es que ella esté con alguien más.

—Perdóname, no debí de aceptar que dejaras todo para protegerme. Sé perfectamente que la amabas en ese momento y que todavía la amas. —Al ver que su hermano no lo negaba, se sintió aún más triste.

—¿Cuándo la vas a buscar?; te apuesto lo que sea que se pondrá muy feliz de saber que has vuelto.

—No lo sé, en estos momentos Vivi es mi mayor prioridad.

—Así como para el resto de la familia.

—Siento mucho que por mi causa sus vidas se vean alteradas otra vez, de

verdad. Si hace años no hubiera permitido que te alegraras de Bella, estoy segura de que en estos momentos serías feliz.

—¿Y quién te ha dicho a ti que no lo soy?

—Bruno, sé que quieres hacerte el duro, pero por las noches te he escuchado llamarla. Y sé que, si no me hubiera empeñado tanto en conquistar a Santiago, ustedes hubieran sido felices.

—¿Sabes?: una vez escuché de alguien muy sabio que el *hubiera* no existe. Además, no podía dejarte sola cuando el imbécil de Santiago te traicionó. Si en nuestros años de juventud me hice de la vista gorda fue porque, cada vez que te encontraba llorando, me suplicabas que no dijera nada.

—Pensé que algún día lo conquistaría y que formaríamos una familia.

—Lola, puede que lo que te vaya a decir no me lo creas o no lo quieras escuchar, pero Santiago siempre te amó. —Por la mirada de Lola, se asomó el dolor que sentía cada vez que se acordaba de Santiago y de su fugaz romance—. Sé que te duele, pero es la verdad.

—Si me hubiera amado, no se habría metido con Marcela, y lo sabes.

—Reconozco que tomó decisiones equivocadas, y te pido perdón porque yo sabía que, mientras tú no estuviste, él tenía una relación intermitente con Marcela. Sé que tenía que habértelo contado, pero no era algo que me correspondiera a mí.

—No me pidas perdón, tú no te acostaste con Marcela. —Bruno agachó la cabeza—. No me lo puedo creer si lo hiciste.

—Ella es una mujer muy liberal y nunca dice «No». Te apuesto que se acostaba con todos en la estación, y no me extrañaría que el niño no sea hijo de Santiago.

—¿Por qué no me dijiste de tus dudas? —Por las mejillas de Lola, viajaban libremente lágrimas de lo que no pudo ser.

Bruno sabía que, al igual que él nunca pudo olvidar los momentos vividos con Isabela —recuerdos de los que se aferraba cada día cuando pensaba en ella—, Lola, por más que lo negara, seguía amando a Santiago y en ocasiones sentía envidia de su hermano Roberto, que llevaba ya varios años casado con Blanca.

—Traté de decírtelo, pero tú no me quisiste escuchar, y ya no insistí porque, al

igual que tú, yo también quería huir de todo lo que acaba de enterarme. ¿Crees que para mí fue fácil dejar atrás a Isabela?

—Perdóname, Bruno, arruiné la vida de todos.

—No digas tonterías. Además, ya no podemos echar el tiempo atrás.

—Supongo que tienes razón y ahora mis miedos son diferentes a los que sentía en aquel entonces. ¿Y si Santiago no me ayuda para salvar la vida de la pequeña?

—Déjate de babosadas que, conociéndolo, por ti se iría hasta el fin del mundo si tú se lo pidieras.

—No lo creo. El tiempo cambia a las personas.

—Puede que nos cambie, pero no cambia lo que sentimos, y mira que tú y yo sabemos muy bien de lo que hablo.

—No sé adónde ir a buscarlo.

—Pues comienza con la estación.

—Tengo miedo de volver a verlo. —Bruno abrazó a su hermana, que en esos momentos se sentía tan vulnerable.

—No va a pasar nada.

—No quiero ir sola.

—Lola, no te puedo acompañar. Sabes que no quiero encontrarme con ella, tengo miedo de descubrir que siguió con su vida.

—Te entiendo.

—¿Por qué no le dices a Roberto que te acompañe?

—Pensaba pedírselo a los dos, pero comprendo que no quieras ir. Mañana a primera hora me enfrentaré al pasado; de momento solo quiero dormir para desconectarme de lo que me rodea. Volver me llena de nostalgia, aunque te reconozco que extraño nuestra casa.

—Esta también es nuestra casa.

—Ya lo sé-

Cuando Bruno salió de su habitación, Lola no pudo aguantar las ganas de llorar. Volvería a ver a Santiago y, si él no la ayudaba, no solo lo habría perdido a él, sino que perdería a Vivian; su hija era la luz de sus ojos.

## CAPÍTULO 5

No recordaba la hora en que había caído en brazos de Morfeo, solo que durante la noche logró lo que se había propuesto: olvidar todo. Aunque imágenes de ella y de Santiago acudieron a sus sueños, eran imágenes de momentos vividos, momentos que no volverán.

A la mañana siguiente, había tomado la decisión más importante de su vida: ir a buscar a Santiago. Era hora de que afronte al pasado, y cuanto antes mejor; no podía perder más tiempo. Después de ducharse habló con su familia.

—Creo que llegó la hora de enfrentar a Santiago. —Lola podía sentir la mirada de toda su familia.

—Lola, ¿por qué mejor no hablas primero con Isabela?

—No, mamá, si conozco a Isabela lo suficiente para saber que se pondrá de lado de su primo, y no quiero ver el reproche en su mirada. Además, si hemos vuelta es para que yo hable con Santiago y le pida ayuda para curar a Vivian.

—Pero...

—No hay *pero* que valga; no permitiré que nada le suceda a mi hija.

—Sabes que te apoyamos en lo que decidas.

Lola sabía que su madre le ponía trabas porque no la quería ver sufrir cuando volviera a ver a Santiago y a su familia. Ella sabía que Lola aún amaba a Santiago, pero también sabía que el encuentro entre los dos la iba a destrozar.

—Mamá, sabes que es algo que ella debe hacer. —Roberto defendería a su hermana con dientes y uñas.

—Pero...

—Mamá, ¿no crees que es hora de que ella tome la decisión más importante en su vida?

—No la quiero ver sufrir.

—Nosotros tampoco, pero es inevitable que lo busque, piensa en Vivian.

A eso del mediodía, Lola salió, junto a sus hermanos y su cuñada, a buscar a Santiago. Bruno los esperaba en el carro mientras ella y Roberto se enfrentarían a su pasado. Qué pasaría cuando Lola volviera a tener en frente a Santiago no lo sabía, pero tenía miedo de que él la odiara, aunque él no tenía derecho a reclamarle nada, la había traicionado.

Durante el trayecto desde su casa a la estación, donde no estaban seguros de que encontrarían a Santiago, los nervios de Lola se volvían cada vez más evidentes. Su madre había insistido en que no llevaran a Vivian, pero era necesario que Santiago viera a su hija para que decidiera ayudarla. Su hija era lo más importante para ella en el mundo; podía perdonarle a Santiago su engaño, pero nunca le perdonaría que no la quisiera ayudar y que, por su egoísmo, su preciosa hija muriera. No, ella no dejaría que eso sucediera; estaba dispuesta a todo con tal de salvarla. Tal vez Marcela fuera de nuevo una piedra en el zapato, pero no dejaría que nadie se interpusiera en el bienestar de su hija.

—Santiago, ¿cuándo lo vas a superar?

—¿Cuándo lo vas a hacer tú? —Santiago sabía que su prima aún amaba a Bruno aunque estuviera a punto de casarse.

—Ya lo hice.

—Isabela, mejor no te mientas.

Bella, en las noches, lloraba en la privacidad de su habitación, pero la vida seguía. Por eso, cuando el año anterior conoció a Mateo, no se cerró. Bruno había tomado su decisión y, aunque lo amara con toda el alma, estaba convencida de que él no volvería. También había perdido a Lola, su amiga de toda la vida, su compañera de aventuras; la extrañaba horrores. Pero ellos se habían ido sin mirar atrás cuando Lola se enteró del embarazo de Marcela; a Bella nunca le había caído bien la amiga de su primo, pero no comprendía el comportamiento de su amiga, aunque seguramente, si ella hubiera estado en el lugar de Lola, habría reaccionado de la misma manera.

Echaba de menos la sonrisa de su primo, pero no había nada que ella dijera que le devolviera la risa a Santiago; la había perdido en el instante en que Lola lo había dejado.

Isabela no culpaba a Lola por la tristeza de su primo porque la comprendía; ella, mejor que nadie, sabía lo que había significado la traición de Santiago para Lola, que soñó toda la vida con estar en brazos de Santiago. Su primo había tomado decisiones equivocadas y había terminado perdiendo a Lola.

El sonido del teléfono del despacho de su primo la sacó de sus recuerdos y pensamientos.

—¿*Estás seguro?* —preguntó Santiago tratando de estar tranquilo, pero no podía lograrlo—. *Hazlos pasar.* —Tras colgar se le quedó mirando a Bella.

—Han vuelto.

Isabela no tuvo tiempo para preguntar quién había vuelto, pues en ese instante las puertas del despacho de Santiago se abrían y daban paso a Lola y a Bruno.

—Buenas.

—Qué alegría que hayas vuelto, no sabes cómo te he extrañado.

Lola se quedó mirando con tanta frialdad la fotografía de la boda de Santiago y Marcela; parecían tan felices.

—No me interesa si te alegras o no. Si lo hubiera podido evitar, no estaría aquí, pero las circunstancias me obligan a estar acá.

—Bruno. —Isabela no sabía qué estaba pasando porque, cuando ella decidía seguir con su vida, él volvía a arruinarlo todo.

—No es momento para hablar.

—Claro que lo es quiero saber por qué se fueron, por qué me abandonaste.

—Isabela, ya tendrás tiempo de hablar con mi hermano. Si hemos vuelto es porque necesitamos ayuda de Santiago, yo exijo que me ayude.

Santiago, que hasta el momento se había quedado en silencio tratando de asimilar lo que estaba pasando, no pudo contenerse más cuando escuchó a Lola diciendo qué le exigía.

—Tú no me puedes exigir nada.

—Claro que puede.

—Bruno, no te metas, que esto es entre ella y yo.

—Por si lo has olvidado, ella es mi hermana. —Roberto no sabía cómo no se le había ido encima. Después estaba la novia de su hermano, que lo veía como adoración. Bruno debería estar en aquel lugar; era obvio que Isabela lo seguía amando y el tonto de su hermano se escondía como un cobarde.

—Eres mi último recurso —empezó a decir Lola—. Puedo perdonarte que me hayas engañado y hasta que estés casado con ella, pero, si no me ayudas, te odiaré para el resto de la vida.

—No pienso ayudarte en nada.

En ese momento Roberto no aguantó más y se le fue encima.

—¿Cómo la puedes tratar así?

—Ella me dejó.

—¿Y sabes por qué me fui? Claro que no; ni siquiera me buscaste, estabas muy preocupado de Marcela y de su hijo. —En ese momento Lola se volvió hacia la foto de la boda de Santiago con Marcela, y sintió un gran dolor.

—No te busqué porque tú no me habrías dejado explicarte nada.

—Es que no había qué explicar. Me engañaste, pero no estoy aquí para hablar del pasado o recordar cosas sin sentido.

—Entonces, dime por qué, después de cuatro años, has vuelto.

—Vine a exigirte tu ayuda.

—¿Qué te hace pensar que te voy a ayudar?

—Tú tienes el hijo que te dio Marcela, y me imagino que a ella no le hará gracia que yo haya vuelto a pedir tu ayuda, pero te juro que, si hubiera existido otra opción, nunca habría vuelto.

—¿Qué tiene que ver Nolan en esto?

En ese momento Lola fue hasta la puerta y pidió a una joven que entrara.

—Santiago, esta es Blanca, la esposa de mi hermano. —En ese instante se percató del dolor que reflejaban los ojos de Isabela, pero nadie sabía de Roberto y, de momento, así tenía que seguir, por lo menos hasta que Bruno decidiera qué quería hacer con respecto a Bella—. Y la niña que está junto a ella es mi hija, se llama Vivian, como la hermana de mi madre.

Santiago no necesitaba que Lola le dijera que la niña era hija de él, ya que era idéntica a Isabela de pequeña, y su prima se parecía muchísimo a él.

—¿Cómo pudiste ocultarme la existencia de mi hija?

—El día que vine a darte la noticia, la puerta estaba medio abierta y, cuando me acerqué, escuché a Marcela decirte que estaba embarazada. En ese momento mi mundo se vino abajo, y con mi madre y con Bruno decidimos irnos.

—Lola.

—No digas nada. Ya te dije: no vine a pedirte explicaciones de nada, cada uno siguió con su vida. Lo único que necesito de ti es que me ayudes a que mi pequeña Vivian no muera. —Esto último lo dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué tiene la pequeña?

—Una enfermedad muy extraña. La única forma de salvarla es con un trasplante de médula, pero nadie en mi familia es compatible.

Blanca solo había entrado lo justo para que Santiago viera a la pequeña, pero se había retirado casi de inmediato. Ella, al igual que Lola y que Roberto, se había percatado del dolor de la joven que estaba en el despacho de Santiago. Tenía que ser Isabela el gran amor de su cuñado, pero el muy tonto prefería que su hermano se hiciera pasar por él para enfrentar a la joven, que era obvio que, a pesar del paso de los años, no lo había olvidado; solo esperaba que Bruno no se arrepintiera de lo que estaba haciendo.

—Hola. —Cuando Blanca se dio vuelta, se encontró con los doloridos ojos de Bella.

—Hola, tú debes ser Isabela. Bruno me ha hablado mucho de ti, además de Lola.

—¿Tú sabes quién soy?

—Claro, ¿por qué no iba a saberlo? —Era evidente que pensaba que su marido era Bruno.

Antes de que Blanca pudiera decir nada más, Isabela salió corriendo de la estación de bomberos. Blanca solo esperaba que Bruno no la hiciera sufrir durante mucho tiempo más.

Isabela sabía que estaba a punto de cometer la mayor estupidez de su vida, pero, si Bruno se había casado, ella haría lo mismo y entre antes mejor; no

quería que nadie se diera cuenta de que aún seguía enamorada de Bruno. Todavía no sabía cómo había terminado la reunión entre Lola y su primo, pero de lo que estaba segura era de que esa no era la Lola de la que había sido amiga toda la vida; esta nueva Lola estaba llena de resentimiento hacia Santiago. Ella trataba de no juzgarla porque seguro que, si ella estuviera en el lugar de Lola, estaría igual de resentida; lo que no le podía perdonar era que hubiera presentado a Blanca como la esposa de Bruno delante de ella.

Se decidió a llamar a Federico, un gran amigo del que Lola no sabía nada; era verdad que ella había aceptado la propuesta de matrimonio de Mateo, pero no lo amaba, así que no se podía casar con él, mucho menos después del regreso de Bruno. Federico era su mejor opción, ya que su amigo era homosexual.

—Fede, cástate conmigo.

—*¿Qué sucede?, aunque seguramente Bruno otra vez.*

—Ha vuelto.

—Bella, ¿pero no es que Mateo te pidió matrimonio?

—Fede, no lo amo, no quiero hacerle daño.

—*¿Y yo qué pinto aquí?*

—Vamos, Federico. Si nos casamos, ninguno de los dos sufrirá.

—*¿No has pensado en que tal vez yo esté en una relación y a mi pareja no le va hacer gracia que me case contigo?*

—Tienes razón: no me paré a pensar en eso. Solo que, cuando vi a la perfecta Blanca, lo único que quería era salir corriendo de ahí.

—*¿Quién es Blanca?*

—La esposa de Bruno.

—*Amiga, creo que sí nos casaremos; si él tiene una perfecta esposita, tú me tendrás a mí.*

—Gracias.

Lo siguiente que hicieron fue ir al juzgado más cercano y casarse. Isabela sabía que, cuando Mateo se diera cuenta de que se había casado con otro, iba a estar furioso, pero tarde o temprano se le pasaría; además, él merecía encontrar a alguien que lo amara como merecía. Con Federico nadie iba a sufrir, ya que su amigo nunca la iba a amar y mucho menos ella a él.

Los días pasaron e Isabela se enteró de que la hija de Lola estaba muy delicada de salud. Le gustaría estar al lado de su amiga, pero no sabía cómo se sentiría al ver a Bruno junto con Blanca.

Cuando le dijo a Mateo que se había casado con Federico, se volvió loco. A Federico no lo conocía nadie de su entorno, ya que él había sido modelo en su estudio fotográfico. Cuando trabajó con él, le pareció un hombre muy atractivo y simpático; con el paso del tiempo se habían vuelto grandes amigos y Bella le había servido de tapadera en incontables ocasiones. Así que, para la familia de él, no fue tan extraño el matrimonio como para la familia de ella; a sus padres y a su primo casi les da un infarto.

—Te has casado solo porque Bruno ha vuelto con una mujer.

—No, me he casado porque estoy locamente enamorada de Federico.

—A mí no me engañas. —Santiago estaba muy enfadado.

—Pues piensa lo que te dé la gana.

—¿Y ya lo sabe Mateo?

—Claro que lo sabe, pero mejor cambiemos de tema. ¿Qué ha pasado con tu hija?

—La pequeña cada día está más enferma. Ya me hice los análisis, pero todavía tardarán unos días en estar los resultados. Estoy muy dolido con Lola.

—Santiago, trata de entenderla. ¿Qué hubieras hecho tú si te hubieras enterado de que ella estaba embarazada de otro?

—No lo sé y mejor no lo pienso.

—¿Ya le dijiste lo de Marcela?

—No, solo la he visto en el hospital y siempre está acompañada de su madre, de Bruno y de Blanca; no he tenido ocasión de hablar con ella, pero sé que hace mucho tiempo la perdí. —Isabela abrazó a su primo. No solo él había perdido al amor de su vida; al igual que Santiago, ella lo tenía tan cerca, pero a la vez tan lejos.

—Bruno, ¿cuándo vas a buscar a Isabela y le vas a decir que yo no soy tu esposa?

—No lo sé.

—Bruno, no me gusta que la gente piense que tú eres el esposo de mi mujer.

—Roberto, sabes que yo solo amo a Isabela.

—Te puedo decir que ella está sufriendo con esta noticia; deberías de buscarla y hablar con ella.

—Sabes que me da miedo.

—Bruno, no entiendo de dónde vienen todos esos miedos. Yo fui el que vivió alejado de mi familia toda la vida; aunque la tía Vivian fue muy buena conmigo, siempre tuve muchos miedos porque no entendía por qué mi madre no me quería.

—Sabes que ella te buscó toda la vida; lo que nunca imaginó fue que yo fuera su hijo. Recuerdo cuando mi padre y ella me dijeron que estaba embarazada y que pronto tendría una hermanita; cuando Lola nació era tan linda con sus mejillas rosadas.

—¿Me acompañan al hospital? Hoy dan los resultados de los análisis de Santiago y no quiero estar a solas con él.

—Sabes que puedes contar siempre con nosotros.

—Ya lo sé.

—Lola, ¿no crees que deberías de hablar con él y con su esposa? Porque, si Santiago no es compatible, tal vez sí lo sea su hijo.

—No creo que a Marcela le haga mucha gracia que su hijo done para salvar a mi pequeña; todavía no entiendo cómo es que no se ha presentado en el hospital con Santiago.

—Pues deberías de hablar con ellos.

—¿Qué voy a hacer si ninguno es compatible? —En ese instante sus ojos se llenaron de lágrimas, como siempre le pasaba cuando hablaban de la enfermedad de su hija.

—Podrías embarazarte tú —sugirió Blanca.

—Roberto, ¿qué tan posible es que un hijo mío pueda ser donante?

—Tiene las mismas posibilidades que tiene el hijo de Santiago; solo se puede asegurar compatibilidad si son hijos de los mismos padres.

—Santiago nunca me embarazaría. —De solo pensar en volver a estar con

Santiago, se ruborizó.

Cuando llegaron al hospital estaban esperándolos Santiago, junto a Isabela, y un joven muy apuesto que no se le apartaba ni un momento.

—Es una suerte que Bruno no este acá —le dijo al oído Blanca a su marido.

—No sé cómo puede pensar que ella ya no lo va a querer.

—Blanca, ¿cómo estás? —Isabela se dirigió hacia donde estaban ellos—. Quiero presentarles a mi marido, Federico.

—¿Marido? —logró balbucear Blanca.

—Sí, ¿qué te sorprende tanto? La verdad es que no lo había aceptado antes porque estaba esperando a que Bruno regresara. Pero él no detuvo su vida por mí; ¿por qué lo iba a seguir haciendo yo? Espero que no te moleste lo que te acabo de decir.

—Claro que no, pero creo que te precipitaste un poquito.

—A ese imbécil lo voy a matar. —Blanca sabía que su marido hablaba de su hermano, pero Isabela lo tomó como si se dirigiera a Federico.

—Cálmate.

—Yo le dije que la buscara, que después se iba a arrepentir.

Isabela no entendía nada de lo que hablaban y se estaba poniendo nerviosa. En ese momento Roberto se soltó de los brazos de su mujer y se dirigió a la salida.

—¿Qué vas a hacer? —le gritó Blanca.

—Voy por ese estúpido.

—Roberto, no hagas algo de lo que te vas a arrepentir.

—De lo que me arrepiento es de haberle seguido el juego a Bruno.

Isabela no entendía por qué Roberto decía que iba a ir a buscar a Bruno; ¿qué se estaba perdiendo? Cuando vio a Lola, se dirigió a ella.

—Lola, por la amistad tuvimos hace años, dime qué está pasando acá.

—No puedo y no es porque no te quiera; es solo que esto es entre Bruno y tú, yo no me quiero ver en medio.

—Lola, aunque no queramos, ya estamos en medio. —Blanca miraba a Isabela con lástima y Lola descubrió que algo andaba mal.

—Blanca, ¿para dónde iba mi hermano?

—¿Es necesario que te lo diga?

—Lo va a traer a rastras.

—Lola, ¿qué está pasando? —pregunto de nuevo Isabela.

—Ella no te lo va a decir porque es el hermano, pero yo sí te lo voy a decir.

—Blanca, no hagas eso.

—Ella tiene derecho.

—Pero nosotras no podemos decirle nada, esto es entre ella y Bruno.

—Lola, pero Roberto y yo estamos en medio. No quiero un día verla colgada del cuello de mi marido, no se lo podría perdonar a ninguno de los dos.

—No te preocupes por eso, yo no me meto con hombres casados; además, yo soy una mujer recién casada.

—¿Cuándo te casaste?

—Hace unas semanas, cuando descubrí que era una tonta por haber esperado a un hombre que es evidente que siguió con su vida.

—¿Ahora me entiendes? —preguntó Blanca a su cuñada.

—Te entiendo, pero esto no es algo que nosotras podamos resolver; él decidió y no podemos hacer nada.

—Tal vez ustedes no, pero yo sí. —En ese momento Roberto estaba entrando.

—Pero ¿qué has hecho?

En ese instante salió el doctor con los resultados de los análisis que se habían realizado Santiago y Vivian, que no solo confirmarían que él era el padre de la pequeña, sino que les diría si Santiago podía ser un posible donante o no.

—Señor Espinoza.

—Sí, soy yo.

—Lamento informarles que usted no es compatible con la pequeña y que los exámenes de ADN confirman que usted es el padre de la niña.

—No puede ser. Mi niña...

—Lola, tranquilízate, algo haremos.

—Tú sabes mejor que nadie que no hay nada que podamos hacer, que si Santiago no era compatible, se nos terminan las opciones.

—Pero Santiago tiene un hijo, él podría ser el donante.

—No creo que a su madre le agrade la idea.

—Marcela murió cuando dio a luz a Nolan, así que la decisión depende solo de

mí.

—Santiago, no dejes que mi hija muera; si el pequeño puede ser donante, no se lo impidas.

—No lo haría. Vivian también es mi hija y no quiero que nada le suceda.

—Entonces, no hay tiempo que esperar; cada minuto que pasa es indispensable para la recuperación de la pequeña. Cuanto antes su hermano se haga los análisis, más pronto sabremos si es el donante. —El doctor les informó de todos los riesgos que podían correr los niños y sus padres estuvieron de acuerdo.

—Y si mi hijo no fuera compatible con Vivian, ¿qué pasaría? —Santiago sabía cómo funcionaba la mente de Lola.

—La verdad es que veo muy nulas las posibilidades de que su hijo sea compatible; sería más probable si fuera hijo de ambos padres, pero tenemos que agotar todos nuestros recursos.

—Nuestro único hijo en común es Vivian. Además, si me pudiera embarazar, habría que esperar nueve meses, ¿y si Vivian empeora?

Santiago comprendía que Lola haría lo que fuera por salvar a Vivian, hasta volver a acostarse con él. Sabía que la vida de su hija era algo con lo que no debería jugar, pero estaba dispuesto a todo con tal de recuperar a Lola.

—Señora, esperemos que el niño sea compatible; si no lo es, pensaremos en alguna solución.

—Santiago, ¿en verdad estás dispuesto a poner en riesgo la vida de Nolan por salvar la vida de la hija de Lola? Nolan ha estado siempre contigo; en cambio, a esta niña apenas la vas conociendo. —Isabela sabía que estaba siendo una perra; Lola y su hija no tenían la culpa de que ella se estuviera volviendo loca.

—No puedo creer que hayas dicho eso de mi hija. Blanca, ni se te ocurra decirle la verdad.

—¿De qué hablas?

—Ahora nunca lo sabrás. Ve y sé feliz junto a tu marido, uno al que, por lo que puedo notar, no amas; y él es como un amigo mío, así que sé perfectamente que no hay nada entre ustedes.

—Eres...

—Isabela Espinoza, ni se te ocurra golpear a mi hermana. —En el momento en

que se dio la vuelta, un hombre idéntico a Bruno, pero no podía ser él, estaba al lado de Lola y de Blanca.

—¿Qué es esto? —preguntó más confundida que nunca.

—Ese, mi querida amiga, es mi hermano Bruno. Quien está casado con Blanca es el gemelo de Bruno y no te diré más porque es historia familiar y tú no eres de mi familia; ya no te puedo considerar ni mi amiga porque no puedo estar al lado de alguien que desea la muerte de mi hija.

—Lola, yo...

—Ve y juega a la esposa de Federico, aunque en un principio quería que mi hermano se diera cuenta de lo estúpido que estaba siendo. En estos momentos estoy feliz de que por despecho te hayas ido a casar con el señorito. Otra cosa te diré: que voy a pagarte tu parte del estudio fotográfico; además, yo me quedo con los clientes.

—Pero no es justo, yo he sacado el estudio adelante sola.

—Cuando llegué acá pensaba regalarte mi parte del estudio, pero te diré que, después de lo que dijiste de Vivian, no lo voy a hacer.

—¿Qué dijo de Vivian para que reacciones de esta manera?

—Le dijo a Santiago que cómo era que estaba dispuesto a poner en riesgo la vida de su hijo por salvar a Vivian que, aunque es su hija, la acaba de conocer,

—¿Eso es verdad, Isabel? —Como Isabela no respondía, Bruno agarró a su hermana del brazo y la sacó del hospital.

Bruno no podía creer que Isabela dijera eso de su sobrina; era verdad que Santiago no había estado al lado de Vivian en su corta vida, pero era el padre y tenía el deber de ayudar a Lola a salvar la vida de su hija. Si Lola se había alejado de Santiago fue porque él la había engañado y, además, porque había dejado embarazada a Marcela. Bruno pensaba que había la posibilidad de que Santiago no fuera el padre del hijo de Marcela, pero ella había muerto antes de que pudieran saber la verdad.

—Bella, cariño, creo que la cagaste.

—Cállate, Federico.

—¿Ves por qué no quería seguir tu juego de «Uy, sí, casémonos» ?

—Federico, esa familia me detesta.

—No creo que Lola te odie, solo que no estuvo bien lo que dijiste.

—Ya lo sé.

Los días pasaban sin que el doctor o Santiago se pusieran en contacto con ella, y se estaba desesperando. Se había estado martillando el cerebro con las posibilidades que le quedaban si Nolan no podía ser el donante de Vivian; pero lo peor era que se le estaban agotando las ideas y, si la salvación de su hija era que ella y Santiago tuvieran otro hijo, estaba dispuesta a considerarlo.

—¿En qué piensas, hija? —Patricia conocía muy bien a su hija y sabía que estaba muy preocupada por la salud de Vivian; ¿y quién no, si su nieta era una niña preciosísima?

—Mamá, ¿y si se me muere?

—No pienses en eso, sabes que nosotros estamos dispuestos a todo.

—Yo sé, pero se me están agotando las opciones.

—Sabes que, si el hijo de Santiago no es compatible, todavía tienes una esperanza.

—No voy a volver a tener nada con Santiago.

En el fondo Lola sabía que se moría de ganas de volver a estar con Santiago, pero era algo que no iba a reconocer en voz alta. También sabía que nunca podría impedir que Bruno estuviera con Isabela; él la amaba y podía estar resentido por lo que había dicho sobre Vivian, pero eso no cambiaba lo que su hermano sentía por Isabela. Además, ellas habían sido amigas toda la vida, y ella no iba a permitir que por un mal entendido su amistad se terminara; claro, la iba a hacer sufrir un poquito.

El sonido de su teléfono la sacó de sus pensamientos; al ver que era Santiago, se apresuró a contestar.

—¿Qué ha pasado?

—También me alegro de escucharte.

—Como sea, ¿qué ha pasado?, ¿el doctor se ha puesto en contacto contigo?

—Sí, por eso te estaba llamando.

—¿Qué te dijo?

—Nos espera lo más antes posible en el hospital para darnos los resultados.  
Podríamos ir juntos, paso por ti.

—*No, gracias, mis hermanos irán conmigo.*

—¿Hermanos?

—*Larga historia, nos vemos en el hospital.*

## CAPÍTULO 6

Isabela estaba confundida y no quería ver a Bruno ni a nadie de la familia Zamora, pero tenía que estar al lado de su primo. Santiago también la estaba pasando muy mal, ya que no solo había perdido al amor de su vida, sino que la vida de su hija estaba en grave peligro. Ella sabía que, si Lola no hubiera huido como lo hizo él, nunca se habría casado con Marcela: al final él y Lola se hubieran hecho cargo del pequeño Nolan.

—Santiago, ¿en qué piensas?

—¿Sabes, Bella?: la perdí.

—Dale tiempo, ella te ama.

Federico estaba con ella; podía ser que no fueran una pareja normal, pero sabía que podía contar con él para lo que viniera. También le había dicho que se divorciarían cuando ella quisiera; lo decía porque, al descubrir que Bruno no estaba casado, él podría luchar, pero ella sabía que él nunca se creería que entre Federico y ella no pasaba nada.

—Federico, gracias por estar en estos momentos con nosotros.

—No es nada, para eso estamos los amigos, y Bella, más allá de mi esposa, es mi amiga.

—Espero que no te moleste lo que te voy a preguntar, pero ¿por qué se casaron si es obvio que no se aman?

—Cuando descubrió que supuestamente Bruno estaba casado, no lo pudo soportar y, aunque Mateo le había pedido matrimonio, ella no lo amaba, así que acudió a mí; los corazones de ambos saldrán ilesos de este juego.

Cuando Lola llamó a sus hermanos y a su madre, le dijeron que ellos estarían con ella y que la apoyarían hasta el último minuto. ¿Qué haría si el pequeño Nolan no era compatible con Vivian? Cuando llegó al parque del hospital, la esperaba su familia, y pensar que Isabela y Santiago una vez habían sido parte de esa familia la entristecía.

—¿Qué te dijo Santiago?

—No mucho, solo que el médico nos esperaba en el hospital.

—No te preocupes, estaremos contigo hasta el final.

—Gracias.

Cuando entraron al hospital, el médico los hizo pasar a su consultorio y, cuando les dijo que Nolan no era compatible con Vivian, Lola sintió que su mundo se venía abajo.

—Lola, cálmate, ya encontraremos una solución.

—Roberto, ¿de qué solución hablas si tú, mejor que nadie, sabe que esta era nuestra última opción?

—Lola, y como médico te prometo seguir luchando por la vida de mi sobrina. Sabes que me pondría en su lugar si pudiera. —Su hermano había estudiado fotografía, pero nunca había ejercido su pasión, que siempre había sido la medicina.

Santiago no sabía que Bruno tuviera un hermano gemelo y no entendía nada. ¿Ahora qué harían?; su pequeña Vivian no podía morir. Era verdad: hasta no hacía mucho, no sabía nada de la existencia de su hija, pero, en el poco tiempo que había pasado desde que se conocieron, la quería con toda el alma y, al igual que por Nolan, estaba dispuesto a dar su vida por ella.

—Señor Zamora, ¿es usted médico?

—Sí, en mi país trabajaba en un hospital de niños.

—Sus conocimientos nos serán útiles para los pasos que debemos seguir con su sobrina.

—En lo que pueda ayudar, cuente conmigo. ¿Ahora qué vamos a hacer?, ya se nos agotaron los posibles donantes.

—Todo sería más sencillo si la paciente tuviera un hermano por parte de ambos padres.

—Entonces, si Santiago y yo tenemos otro hijo, ¿podemos salvar a Vivian?

—No me digas que estarías dispuesta a tener otro hijo conmigo...

—Por salvar a Vivian, lo que sea.

—¿Hasta acostarte conmigo?

—¿Y quién te dijo que me voy a acostar contigo? Si no lo sabes, existe la inseminación artificial.

—Yo, que pensaba disfrutar el tenerte entre mis brazos otra vez...

—Eso ni lo sueñes, y recuerda quién engañó a quién.

—No tienes que echármelo en cara todo el tiempo.

—¿Y sabes qué es lo peor?: que puede que ese niño ni sea tuyo, con lo puta que era la madre.

—No te voy a permitir que hables así de mi esposa.

—Roberto, nos vamos de aquí, no voy a permitir que Santiago esté cerca de mi hija; ya ha demostrado en dos ocasiones que yo no le importo. Y, Santiago, yo hablo de Marcela lo que me dé la gana, si hasta con Bruno se acostó.

—¿De qué diablos hablas?

—Que tu santa esposa se acostó con todos los hombres de la estación. —Bruno no podía creer que su hermana estuviera diciendo eso.

—Eso es mentira.

—Si es lo que quieres creer, sigue viviendo engañado.

—Lola, vámonos, no vale la pena.

—Otra cosa, Santiago Espinoza: primero muerta que acostarme contigo. Algo encontraré para salvar a mi hija.

Y con esto Lola y su familia se alejaron de donde estaban Santiago junto con Bella y su marido. Isabela no podía creer que Bruno se hubiera acostado con Marcela, pero eso era algo que a ella no le importaba; si era verdad que Nolan no era hijo de su primo, este había perdido el amor de Lola por una mentira.

—¿Qué piensas de lo que ha dicho Lola?

—Marcela nunca fue de la devoción de Lola, así que no le creo; todo lo que dijo lo dijo por despecho.

—Santiago, yo la escuché hablando por teléfono muy acarameladamente con un hombre, y no creo que fueran solo amigos.

Lola estaba tan enfadada que sabía que había dicho algunas cosas que era mejor no decir. Marcela ya estaba muerta y su madre le había enseñado a no hablar mal de los muertos, pero Santiago la seguía sacando de quicio, más cuando se ponía de parte de Marcela. Lola no podía creer que Santiago le hubiera dicho esas cosas; por eso no se había quedado callada.

—Lola, ¿por qué le dijiste eso a Santiago?

—Porque es la verdad. La esposa de Santiago era una puta que se metía con quien se le pusiera por delante.

—Tenemos que contar a Bruno.

—Pues claro, Blanca; si no, no se lo hubiera dicho.

—¿Y si ese niño es tu sobrino?

—En esa época Bruno estaba con Isabela y conozco a mi hermano, sé que él no la hubiera engañado; él estaba muy enamorado de ella.

—Igual que Santiago de ti.

—Blanca, no quiero hablar de Santiago.

—¿En serio no te mueres por volver a estar entre sus brazos?

—Blanca, en serio, no quiero pensar en eso.

—Te da miedo volverte a enamorar de él. —Cuando los ojos de Lola se llenaron de lágrimas, Blanca deslumbró la verdad—. Oh, por Dios, todavía estás enamorada de él.

—Cállate, que no quiero que nadie se dé cuenta. —Desde que se conocieron Lola y Blanca se habían vuelto grandes amigas, y no era solo porque fuera la mujer de su nuevo hermano; pero nunca podría reemplazar a Isabela, ella había sido su amiga desde que eran unas mocosas.

—Lola, ¿en verdad le vas a quitar el estudio fotográfico a Isabela?

—Claro que no, pero se metió con mi hija. Además, sé que tarde o temprano ella formará parte de nuestra familia; Bruno sigue amándola como siempre

—¿Hay posibilidades de que Santiago también forme parte de nuestra familia?

—Seguramente, ya que es primo de Bella.

—Sabes que no me refería a eso.

—Blanca, cuando yo me enteré de lo de Santiago y Marcela, estábamos en el peor momento de nuestras vidas. La tía Vivian acababa de morir y mi madre se

había enterado de que Bruno no era solo hijo de mi padre; además de la existencia de Roberto, yo pensaba que Santiago iba a estar siempre conmigo y, cuando me enteré de mi embarazo, estaba muy feliz. De hecho, el día que me di cuenta de que Santiago me había engañado fue el que pensaba decirle que estaba embarazada; no sé si algún día podré perdonarle eso.

—Pero todavía lo amas.

—¿Y de qué me sirve?

—Tienes razón. Cuando Isabela me vio junto a Roberto, pude notar el dolor reflejado en sus ojos.

—También lo note. Bruno fue muy tonto, no debería de haberle hecho pensar que Roberto era él y mucho menos que eras su esposa.

Los días pasaron y todo seguía sin cambios. Santiago cada día estaba más resuelto en que algo tenía que hacer para salvar a Vivian, pero, si Lola no se quería acostar con él, tendría que ceder a la descabellada idea de la fertilización artificial. Si por lo menos supiera dónde estaba quedándose la familia Zamora, podría buscarla.

—Isabela, ¿por qué no llamas a Lola? Sé que tienes negocios con ella.

—¿Tú no la escuchaste?; estoy fuera del estudio.

—Bella, parece que no conoces a la loca esa.

—Pues tienes razón: a esta Lola no la conozco. Santiago, esta no es la misma Lola que tú y yo conocemos; la que era mi amiga nunca me dejaría fuera del estudio. Los años que han pasado la han convertido en una mujer muy dura.

—Además de guapa.

—Cómo cambian los papeles... Recuerdo, hace unos años, que ella andaba atrás de ti y tú le huías. Ahora ella se esconde de ti; nunca pensé que vería esto.

Claro que Santiago todavía recordaba cuando su dulce Lola lo perseguía por todas partes y se encontraban adonde él fuera gracias a la amistad que tenía con su prima. Él sabía que Isabela, en más de una ocasión, había tratado de persuadirla, pero Lola había luchado hasta que lo enamoró; solo que él ya llevaba años enamorado de ella. En ese momento tocaron a la puerta de su

oficina.

—Adelante. —Cuando la mujer atravesó la puerta, tanto el cómo Isabela no sabían de qué se trataba la visita.

—Buenas, qué bueno que los encuentro a los dos juntos, así me van a ahorrar buscar a cada uno por su lado.

—¿Y de qué quiere hablar con nosotros, señora?

—Blanca, llámenme Blanca.

—Blanca, la escuchamos.

—Sé que Bruno todavía la ama y, Santiago, lo que le hiciste a Lola le dolió muchísimo. Cuando yo la conocí, apenas estaba empezando su embarazo y recuerdo que ante nosotros se mostraba fuerte, pero ella me confesó que por las noches lloraba en silencio, que no quería que nadie se diera cuenta de que todavía sufría. Ella pensaba que, si la hubieras amado, nunca la habrías engañado.

—Mientras yo estuve con ella, nunca volví a ver a otra mujer. Marcela se embarazó antes de que empezáramos una relación.

—Ella sabe eso, pero le preguntó si habían tenido algo y usted no se lo contó.

—No pensé que fuera trascendental, ya era parte del pasado.

—Santiago, no tienes que darle explicaciones a ella.

—Tienes razón, Isabela, ninguno me debe explicaciones, pero yo quería decirles que tanto Bruno como Lola aún están enamorados. Y si Bruno convenció a Roberto para que pensaras que mi marido era Bruno, fue porque tenía miedo a que ya no lo amaras; y sí, fue un gran idiota, porque Roberto no iba a fingir que yo no soy la mujer a la que ama.

—Felicidades, creo que te tocó el mejor de los hermanos Zamora; has tenido más suerte que nosotros.

—No sé si el mejor, pero sí al que amo. Por último, Lola te está esperando en el estudio.

—¿Ella te mandó a decirte todo eso?; claro, está desesperada por salvar a la pequeña y trata de ablandar a Santiago.

—Te equivocas, pero eso lo descubrirás pronto por ti misma.

Cuando Blanca se marchó, tanto Santiago como Isabela estaban muy

confundidos.

—Isabela, ¿qué diablos te pasa?, ¿por qué la trataste así? Entiendo que el marido de ella no es Bruno, así que ella no es tu enemiga.

—Ya lo sé, pero tengo mucho miedo. —En ese momento volvieron a tocar a la puerta. Uno de los gemelos entró; todavía no los podían distinguir.

—Sé que se están preguntando qué hago acá, pero yo, al igual que Blanca, tengo algunas cosas que decirte.

—Te escuchamos, porque estoy seguro de que, aunque no queramos, tendremos que hacerlo.

—Y no te equivocas. Isabela, perdón por hacerte creer que era Bruno; si él no te busco fue porque tenía miedo de que ya no lo amaras y, Santiago, si todavía amas a mi hermana y crees que podrías hacerla feliz, te apoyaré y sé que Blanca también. Nosotros sufrimos mucho antes de poder estar juntos; Blanca es hija de un gran empresario en Costa Rica y yo ni siquiera sabía de dónde venía.

—¿De qué hablas?

—Se los voy a contar solo porque esta también es mi historia y no solo la de Bruno. Mi madre, cuando era joven, se enamoró del mismo hombre que su hermana pequeña; mi padre la amaba, pero Vivian le dijo que estaba embarazada y por ese motivo él terminó casado con la hermana pequeña del amor de su vida. Él sabía que el hijo de Vivian no era de él, pero igual se quiso casar con ella, sin saber que mi madre estaba embarazada; ella nos esperaba a mi hermano y a mí. La tía Vivian perdió a su bebé y sabía que, si mi padre se enteraba del hijo que había tenido con su hermana, la dejaría, así que ideó un plan: le robó a los recién nacidos a su hermana. Se quedó con Bruno y lo crió como si fuera su hijo y a mí me mandó a Costa Rica. Nunca me faltó nada, pero siempre me pregunté por qué mi madre no me quería. Cuando la tía murió, me llegó una extraña carta donde me contaba la verdad y me pedía perdón.

—No entiendo nada. ¿Vivian era hermana de Patricia?

—Sí, años después de que mi tía y mi padre se divorciaran, él se volvió a encontrar con mi madre y retomaron su amor donde lo habían dejado.

—Entonces, ¿Bruno y Lola son hijos de la misma mujer?

—Cuando Lola se enteró de su embarazo, lo primero que pensó fue en

decértelo y, cuando llego acá, se enteró de que Marcela también esperaba un hijo. No hacía mucho se habían enterado de mi existencia, así que Lola necesitaba huir, y Bruno y mi madre estaban desesperados por encontrarme. Recuerdo que, cuando los conocí, no sabía qué esperar de ellos, pero mi madre y mis hermanos corrieron a abrazarme llorando; en ese momento me di cuenta de que al fin mi vida estaba completa. Tenía a mi lado a la mujer que amaba y por fin tenía una familia de verdad. Santiago, sé que para ti Nolan siempre será tu hijo, pero ¿estás seguro de que es tuyo?

—Claro que sí. Antes de que reconociera que estaba enamorado de Lola, me refugiaba en los brazos de Marcela para tratar de olvidarla.

—Pero ¿y si mi hermana tiene razón y ella no solo estaba contigo?

—Santiago, aunque me cueste reconocerlo por los problemas que he tenido con Lola, últimamente puede que ella tenga razón. Algunas veces, cuando te venía a ver, encontré a Marcela algo acaramelada con algunos de los muchachos.

—Pero, Bella, ninguno dejaría que me hiciera cargo de su hijo; casi a todos los conozco desde que éramos más que unos mocosos.

—Pero ¿y si el verdadero padre de Nolan no supiera nada?

Santiago sabía que su prima tenía razón, pero no quería dejar de ser el padre de ese pequeño niño. Nunca perdonaría a Marcela si las sospechas de Roberto fueran verdad; él había renunciado al amor de su vida por hacerse cargo de un hijo que no era de él. Pero el niño no tenía la culpa de nada; él lo amaba y siempre sería su hijo.

—No sé qué pensar.

—Podrías hacerte una prueba de ADN sin que nadie se dé cuenta. Mi hermana no se enterará por mis labios.

—Pero ¿qué pasará si Nolan efectivamente no es mi hijo?

—Santiago, siempre serás el padre de Nolan, sin importar los resultados de la prueba.

—Además, tendrás la oportunidad de recuperar a mi hermana; si estás dispuesto a luchar por ella, cuenta con mi ayuda y la de Blanca.

—Gracias, pero en estos momentos lo importante es salvar a Vivian.

—Ya nos estamos quedando sin opciones.

—¿Qué se puede hacer?

—Lola tiene que embarazarse. El nuevo bebé no se sometería a ninguna cirugía; del cordón umbilical se extraerían las células madre.

Después de la extraña visita, Santiago y su prima no sabían qué creer; él podía recuperar a Lola, pero Isabela era una mujer casada.

—Santiago, nos vemos luego, tengo que ir a buscar a Lola.

Durante el trayecto al estudio, Isabela no dejó de darle vuelta en la cabeza cómo pediría perdón a su amiga. Lo cierto era que el estudio no le importaba, lo que le asustaba en realidad era perder a su amiga de toda la vida. Si ella no hubiera dicho esas cosas tan feas sobre Vivian, si ella pudiera ser la donante, lo sería sin pensarlo.

Cuando llegó al edificio, no sabía qué se encontraría, pero esperaba que Lola volviera a ser su amiga con la que tantas veces habló de su enamoramiento de Santiago. Si ella hubiera sabido que su primo las iba a separar, se habría opuesto, aunque sabía que de nada serviría; cuando a Lola se le metía algo en esa cabezota, no había nadie que la hiciera cambiar de opinión.

—Hola, Xinia —saludó a la secretaria—, ¿ya llegó la señorita Zamora?

—Sí, Bella, te está esperando en el despacho. —En los últimos años, su negocio de fotografías había crecido tanto que había tenido que contratar a Xinia para que atendiera las llamadas y ella, en el despacho, discutía los pedidos con sus clientes. Cuando estuvo frente a su oficina, no sabía si entrar o tocar la puerta.

—*Pedro, qué dicha que me contestas. —Del otro lado de la puerta, se escuchaba la voz llorosa de Lola—. Te necesito, ¿podrías venir a acompañarme? Si no fuera necesario, no te llamaría; sé que estás muy ocupado. El estudio, en estos momentos, es lo que menos me importa, solo quiero que estés a mi lado.*

Isabela no podía creer lo que escuchaba. Qué equivocado había estado Roberto al asegurarle a Santiago que Lola aún lo amaba.

—*También te amo, nos vemos pronto.* —En ese momento Isabela tocó la

puerta.

—Adelante.

—Buenos días, me dijo Xinia que me estabas esperando.

—Quería entregarte estos documentos. —Lola le tendió un fólder con algunos documentos.

Isabela no podía creer que Lola le estuviera dando su parte del negocio, pero había dicho que no le daría ni un centavo del estudio porque ahora le regalaba las acciones de las que era dueña.

—No entiendo de qué se trata esto.

—Yo ya no me dedico a este tipo de fotografía, y como la que ha llevado el estudio todo este tiempo has sido tú?

—No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes. Sé que en estos momentos no soy tu persona favorita en el mundo porque piensas que puedo poner en peligro a Santiago o a su hijo por salvar a Vivian, pero acéptalo por los viejos tiempos.

—Pero ¿tú qué harás?

—Cuando todo esto termine, me iré de gira por Asia. Hace mucho que no expongo, pero creo que los paisajes que he visitado en los últimos años merecen ser apreciados.

—Lola, yo...

—No digas nada, siempre seremos amigas.

Los ojos de Isabela se llenaron de lágrimas. No podía perder a su mejor amiga, a su compañera de aventuras, esa que siempre estuvo enamorada de su primo y que a veces la sacaba de quicio; su alocada amiga, que le había gritado a Santiago, delante de todos los de la estación, que era un estúpido por no verla más que como a la amiga de su prima.

—No llores.

—Perdóname. Si yo pudiera, le donaría a tu hija.

—Creo que el mundo se ha confabulado en contra de mí para que vuelva a estar entre los brazos del buenote de Santiago. —Las carcajadas de Isabela no se hicieron esperar.

—Nunca cambias, eh.

—La verdad tengo miedo de volverme a enamorar.

—¿Por cómo reaccionaría Pedro?

—¿Pedro? —Lola empezó a reír como loca—. No creo que a él le importe mucho, pero ¿cómo es que tú sabes de Pedro?

Las mejillas de Bella se tiñeron de rojo.

—Es que escuché parte de su conversación.

—¿Cuando le decía te amo? —Lola más reía cuando comprendió que Isabela pensaba que entre ella y Pedro existía algo romántico; su amiga no podía estar más equivocada—. La que se debería de preocupar eres tú, a Pedro le gustan estilo Federico.

—¿Federico?, ¿qué pinta mi marido en todo esto?

—Que es el tipo de hombre que le gusta a Pedro. Sé que, cuando mi amigo esté aquí, van a ser grandes amigos y, por qué no, algo más.

—¿Tanto se le nota a Federico? —Lola rompió a reír.

—Bella, ¿por qué te casaste con él?

—No puedo creer que las cosas sean como antes.

—Ni yo, pero ahora responde a mi pregunta.

—Sencillo: pensé que Bruno se había casado con Blanca, y yo me casé con Federico. Tenía novio, pero no lo amaba. Mateo me había propuesto matrimonio, pero no quería que saliera lastimado; por eso busqué a Fede y lo convencí de que se casara conmigo.

—¿Sabes?: mi hermano la está pasando muy mal.

—Pero tú acabas de decir que a Federico se le nota que es gay.

—Yo lo he notado porque se comporta como Pedro, pero alguien que no tiene un amigo gay no lo notaría, y mi familia no sabe que Pedro lo es.

En ese momento tocaron a la puerta del despacho y se quedaron mirando, ya que no comprendían quién podía ser; ninguna de las dos esperaba a nadie.

—Adelante —dijeron al unísono.

—Lola, tengo que contarte algo.

—También me alegra verte, Blanca.

—Hola, Isabela, no esperaba encontrarte aquí, tanto tiempo.

—Me marché para que puedan hablar a gusto.

—Pero si lo que tengo que decir es de interés de las dos.

—Ya habla, mujer.

—Me ha contado Roberto que fue a tomar unos tragos con Bruno y se encontraron con tu marido —dijo señalando a Isabela—. Bruno tomó mucho y se peleó con Federico.

—¿Qué dices?

—En estos momentos está en la delegación.

—Pero ¿qué le pasa a mi hermano?

—Es un hombre despechado.

—Después hablamos, tengo que ir con Federico; si está en esta situación es por mi culpa.

Los días pasaban de manera acelerada y Lola todavía no sabía qué hacer; bueno, la verdad era que sí lo sabía, pero no lo quería reconocer en voz alta. Jamás imaginó que se acostaría con Santiago solo por Vivian; ella por su hija haría cualquier cosa, pero había esperado que, si algún día se volvía a acostar con Santiago, fuera por amor, aunque ella lo seguía amando como siempre.

—Entonces, Dolores, ¿te vas a tirar al bombero?

—¿Qué es esa manera tan fea de hablar? Y ya te he dicho que detesto que me digas Dolores.

—Bueno, a lo importante: ¿te le vas a tirar o no? —Pedro había llegado el día anterior y ya había conocido a Santiago.

—Qué feo hablas, no entiendo cómo es que la bruja de tu madre nunca te educó.

—Lo intentó, pero no pudo.

—La verdad es que ya tomé una decisión. —Por el color de las mejillas de Lola, Pedro pudo adivinar.

—No puede ser, te le vas a tirar.

—Cállate. —Lola le lanzó un cojín, que Pedro atrapó en el aire.

—¿De qué tienes miedo, cariño?; porque sé que algo te está matando de miedo.

—Temo volverlo a amar.

—Lola, nunca lo has dejado de amar, ¿por qué no le das una oportunidad?

—¿Y si me vuelve a fallar?

—No creo que lo haga, ese hombre te ama —dijo Blanca.

—Dile que solo lo haces por Vivian y en el camino vas viendo qué pasa entre ustedes.

Después de hablar con su amigo y con su cuñada, Lola se alistó y salió rumbo a la estación; no podía creer que Santiago estuviera todavía ahí. Ella sabía que él tenía varios títulos universitarios; si se lo propusiera, podría tener un buen trabajo, pero él amaba ser bombero. Lola recordaba que, en alguna ocasión, le había hablado de la satisfacción de sacar a alguien de un incendio; también recordaba el miedo que se apoderaba de ella cada vez que él tenía que atender un incendio.

Cuando llegó a la estación, se dirigió a la recepción. Le extrañó no encontrarse a Álvaro, él siempre estaba revoloteando por la recepción y, desde que volvió, no lo había visto ni una vez; ya tendría tiempo para preguntar por él.

—Disculpe, ¿está el jefe Espinoza? —Lola todavía recordaba la primera visita que le había hecho a Santiago tantos años atrás.

—¿Quién lo busca?

—Lola Zamora, dígame que me urge hablar con él.

—Como a todas las busconas —respondió una joven de no más de veinte años.

—¿Sabe qué?: no le diga que lo he venido a buscar, que yo no quiero ser una más en su lista de conquistas. Si ve a Bella, ¿le podría decir que me llame?

Cuando Lola iba cruzando el umbral de la puerta, escuchó la voz de Santiago. Pensó en ignorarlo, pero sabía que, si no se lo decía en ese momento, perdería el valor o la locura que se había apoderado de ella. Retrocedió al camino que ya había recorrido.

—Solo lo hago para salvar a Vivian. —Lo dejó ir nada más tenerlo en frente.

—¿Qué vas a hacer para salvar a mi hija? —Eso último lo dijo en voz alta para que los muchachos entendieran que Lola estaba fuera de sus alcances. Con el paso del tiempo, los hombres que Lola había conocido se habían ido retirando; Álvaro, aunque fuera difícil de creer, se había casado y había tenido unas gemelas preciosas.

—Sabes de qué hablo, no te hagas el estúpido.

—Lola, sabía que al final ibas a ceder.

—Ya te dije que solo lo hago por Vivian.

—Engáñate todo lo que quieras, que a mí no me engañas, pero, si lo vamos hacer, que sea de la manera correcta.

—¿De qué demonios hablas?

—Nos vemos en nuestro restaurante a las ocho, no faltes. —Después de decir eso, se dio la espalda.

—¿Y qué te hace pensar que iré? —le gritó, ya que Santiago ya estaba en la puerta del despacho.

—Porque al igual que yo, lo ansías hace mucho.

—Serás estúpido, Santiago Espinoza, nunca cambiarás.

—Hay cosas que nunca cambian y tú siempre serás mi esperpento favorito, pero esta vez te juro que no te fallaré.

Después de salir de la estación, Lola llamó a Isabela, tenía que hablar con su mejor amiga para que le aconsejara. Tenía miedo de estarse equivocando; además, estaba la mirada, llena de odio, de la joven de la recepción.

—Dime que no se acuesta con la chica de la recepción.

—¿Con Mercedes?; claro que no, ¿por qué lo preguntas?

—Lo fui a buscar y podía sentir los cuchillos en la mirada de esa joven.

—Ahora, que lo has buscado, no te llenes de inseguridades y lucha por él; ustedes todavía pueden ser felices.

—¿Por qué no te vienes a mi casa y me ayudas a arreglarme mientras hablamos?

—Ni sé dónde viven.

—Estamos quedándonos en la antigua casa de Bruno. Cuando nos fuimos él no la pudo vender, ya que la tía Vivian se la dejó por partes iguales a él y a Roberto.

Después de cortar la comunicación, Lola llamó a Pedro y a Federico que, como ella suponía, se habían hecho grandes amigos. Ojalá su amiga dejara de ser tan cabezota y saliera de ese matrimonio porque, aunque ella no quisiera, Federico

estaba sufriendo porque, al estar casado con Isabel, no podía tener nada con Pedro. A Lola le daba ilusión ver a su amigo feliz.

—Necesito que le encuentren una novia a Bruno.

—*¿Qué estás pensando hacer?* —preguntó Federico en una risa.

—Darle a tu querida esposa de un poquito de su propia medicina.

—*¿De verdad crees que podría funcionar? Mira cómo reaccionó cuando creyó que Bruno se había casado.*

—Quiero que mi hermano sea feliz. Deberías de hablar con él y contarle la verdad de tu matrimonio con Isabela.

—*Ella me matará.*

—Bueno, bueno, parece que no soy la única que le tiene un pelín de miedo. Necesito que llamen a Rosa, era una chica muy guapa de mi curso de fotografía y, además, era lesbiana, así que no se van a enamorar.

Cuando todo estuvo preparado, llamó a Bruno y Federico le contó la verdad sobre su matrimonio con Isabela; también le hablaron de su plan para darle celos a Isabela. Bruno conocía de siempre a Rosa y tenía la sospecha de que había estado medio enamorada de Lola, pero después de eso era una gran mujer y muy guapa.

—¿Crees que funcionará?

—Bueno, ¿pero qué está pasando aquí? —En ese momento entraba Roberto del brazo de Blanca.

—Lola y este par le quieren hacer de celestinos.

—¿De qué habla Bruno, Lola?

Lola le contó su plan a Roberto y a Blanca, y les encantó. Ellos eran unos románticos empedernidos, pero dudaban de que eso hiciera reaccionar a Isabela. Todos sabían qué tenían que hacer. Federico se fue antes de que Isabela llegara y lo encontrara ahí; Blanca, Pedro y Lola se fueron al cuarto de esta última a esperar que llegara Isabela. Después de la entrada de Bella, llegaría Rosa, que estaba escondida para que nadie se percatara de su presencia.

—¿Crees que funcionará?

—Tiene que funcionar. Ahora ayúdenme, que tengo una cita con Santiago.

—¿Y eso? —preguntó Blanca.

—Ha decidido tirársele —dijo entre risas Pedro.

—Serás corriente.

La discusión del par se vio interrumpida por el sonido de la puerta. Era hora de que pusieran en marcha el plan para que Bruno pudiera ser feliz, solo esperaba que a Isabela no le enfadara mucho.

—Hola, Bella, qué gusto verte.

—Lola, ¿cómo estás? —En ese momento Isabela se percató de la presencia de los gemelos—. Creo que mejor vuelvo en otro momento.

—No seas boba.

—Es que acabo de recordar que tengo un compromiso con Federico. —En ese momento tocaron a la puerta y Bruno se levantó del sofá. Cuando abrió la puerta una pelirroja espectacular se le guindó del cuello.

—Bruno, qué dicha que has vuelto, no sabes cuánto te he extrañado.

—Estás preciosa.

—Gracias por la mágica noche que me diste el otro día.

Lola pudo notar cómo su amiga apretaba los puños y los dientes; estaba celosa, pero tal vez no reaccionara como ellos esperaban.

—Isabela, no sabes el gusto que tengo de conocerte por fin; Lola me ha hablado mucho de ti, tanto que siento que te conozco de toda la vida.

—¿Solo Lola? —preguntó en tono depresivo.

—Pues claro que solo ella. ¿Acaso había alguien más que pudiera conocerte tanto?

—Claro que no —dijo entre dientes.

—Isabela, necesito que me ayudes a ver qué me pongo.

—No te preocupes, te pongas lo que te pongas para mi primo siempre estarás preciosa.

Las cosas no salieron como ellos esperaban. Isabela estaba muy enfadada y, cuando encontró la ocasión para marcharse, no la desaprovechó y ellos no la detuvieron.

Cuando salió de casa de la familia Zamora, Isabela echaba humo por las orejas del coraje que le daba ver a Bruno con otra mujer; y lo peor era que la nueva novia de Bruno era preciosa. Cuando llegó a su casa, se dirigió a la habitación de

su marido.

—Federico, necesito que nuestro matrimonio se convierta en uno de verdad.

—¿Estás loca?

—No, solo me estoy muriendo de celos.

—¿Y eso a qué se debe? —Federico se hizo el despistado que no sabía nada.

—El estúpido de Bruno tiene novia.

—¿Y qué esperabas, querida? Si el hombre está buenísimo, ha de haber más de una atrás de él; si el batiera para este lado, yo también iría tras él.

## CAPÍTULO 7

Cuando Lola llegó al restaurante, Santiago ya la estaba esperando. No sabía cómo había hecho para conseguir la mesa en la que siempre se habían sentado, y el chef en persona los atendió.

—Buenas noches, señorita Zamora, cuánto tiempo. Hacía mucho que no los tenía por acá.

—Es un gusto volver a verlo, señor Ferreto.

El chef se retiró no sin antes recomendarles sus mejores platillos. Lola sentía que el tiempo no había pasado y que los pocos meses que había pasado con Santiago no estaban en el pasado. Dios, cómo había sido tan estúpida al pensar que algún día lo podría olvidar; ella había nacido para amar a Santiago Espinoza.

—Estás preciosa.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

La velada transcurrió sin altercados. Santiago se estaba esmerando en hacerla sentir mimada y tenía que reconocer que lo estaba consiguiendo.

—Recuerdo que la comida de aquí era deliciosa. —En eso llegó el camarero con la cena. Lola había pedido una lasaña de pollo, que olía espectacularmente; solo con el olor se le hacía la boca agua. Santiago, por su lado, había pedido un filete de ternera con verduras en una salsa agridulce.

—Todo está buenísimo.

—Lo mejor de la velada es la compañía.

Entre plato y plato conversaron de tantas cosas, tanto del pasado como del presente. Santiago le pidió perdón por lo que había pasado con Marcela y le dijo que, si no se lo había dicho fue porque para él no había tenido ninguna importancia, que nunca imaginó que ella pudiera haber quedado embarazada,

que siempre se habían cuidado. También hablaron de Vivian, de cómo procederían para salvar su vida. Santiago ya sabía que si Lola lo había buscado era porque estaba dispuesta a acostarse con él. Tenía sentimientos encontrados; claro que se quería acostar con Lola, pero no por los mismos motivos que ella y, por otro lado, quería salvar a su hija tanto como Lola.

—¿Y qué pasa si no te embarazas a la primera?

—Pues repetimos. —A Santiago le gustaba la idea de repetir con Lola todas las veces que fuera posible, pero también sabía que, entre más rápido ella quedara embarazada, más posibilidades tendría su hija.

Cuando salieron del restaurante, Santiago la invitó a tomar unas copas y ella no rechazó la invitación. Estaba muy nerviosa, pero estaba dispuesta a dejarse llevar y no solo para salvar a Vivian, sino porque todavía amaba a Santiago. Cuando llegaron al bar, Lola no podía creer que Santiago la estuviera llevando al bar que un día había sido de su hermano.

—No lo puedo creer.

—¿Te gusta la sorpresa?

—Hace tanto que no estoy aquí que parece tan diferente. ¿Y ahora de quién es este bar?

—Pues de mi prima; cuando se enteró de que Bruno había vendido el bar, no dudó en contactar al nuevo dueño y se lo compró.

—¿Y si no me puedo embarazar?

—Por el momento no pensemos en eso, solo disfrutemos de estar de nuevo juntos. Te prometo que esta vez no te fallaré.

—Solo lo hago por Vivian. —Santiago no la contradijo, él sabía perfectamente que Lola aún lo amaba, su mirada se lo decía. Mientras ella le permitiera estar a su lado, que siga creyendo que no lo amaba por él estaba bien; tarde o temprano Lola tendría que aceptar sus sentimientos.

Cuando entraron al bar, no podía creer que todos estuvieran allí, hasta Álvaro; con las ganas que tenía de ver a Álvaro... Era verdad que el tipo era un pesado, pero ya extrañaba sus tonterías; además, estaban los demás amigos de Santiago de su época del instituto y sus hermanos y Blanca junto a Roberto.

—Álvaro, qué gusto me da verte.

—Preciosa, yo sé que soy irresistible, pero soy un hombre casado —dijo abrazando a la mujer que estaba a su lado.

—No lo puedo creer, ¿cómo hiciste para que este pesado sentara cabeza? — Todos rieron.

—Buenas, no esperaba encontrarlos aquí.

—Isabela, ¿qué haces aquí?

—El pesado de Federico me trajo casi a rastras.

—No sabía que tu marido tuviera que arrastrarte para que vayas tras de él — dijo mordaz Bruno.

—Y no necesita hacerlo, pero es que tenía otros planes en mente. —Para enfatizar a qué se refería, se le pegó mucho a Federico, que se limitó a abrazarla.

—Ya te he dicho que tenía ganas de salir. Lola, ¿dónde está Pedro?

—Pues no lo sé, no soy su niñera. Dijo que tenía ganas de ligar esta noche.

—Ustedes sí que tienen una relación moderna.

—Para que después no hayan malentendidos, entre Pedro y yo no hay nada ni nunca lo va a haber.

—Es bueno saberlo —dijo Santiago con una sonrisa en los labios.

Al rato de estar en el bar, llegó Pedro junto a una hermosa mujer que se le pegaba mucho al cuerpo. Pobre ilusa, pensaba que esta noche la pasaría entre los brazos de Pedro; si supiera que Pedro no tenía la más mínima intención de acostarse con ella...

—Hola, guapa, ¿qué haces aquí? —saludó a Lola con un beso en la mejilla.

—Pues, como ves, mi madre se ofreció a cuidar de Vivian y he aprovechado para salir con los amigos.

—Pensé que estabas encargándote de otros asuntos —dijo mirando a Santiago, lo que provocó que Lola se pusiera como un tomate.

—Serás corriente, Pedro Acuña.

—No puede ser, ¿eres Pedro Acuña, el fotógrafo costarricense que ha recorrido medio mundo fotografiando la naturaleza?

—En realidad, Lola y yo hemos recorrido medio mundo fotografiando la naturaleza y tenemos una exposición pendiente en Asia.

—Puedes perfectamente presentarla sin mí.

—Ni se te ocurra volver a decir eso. Juntos tomamos las fotos, juntos las expondremos.

—Bueno, bueno, lo discutiremos después.

—Lola, creo que es mejor que nos vayamos. —Santiago agarró a Lola de la mano y la sacó del bar—. Creo que es hora de que pasemos a la siguiente fase del plan para salvar a Vivian.

—Sabes que tienes razón. —Y sintiéndose valiente, Lola pasó sus brazos alrededor del cuello de Santiago y lo besó, como lo había estado deseando desde que se volvieron a ver.

—Creo que es mejor que lleguemos a mi casa lo antes posible.

—No quiero estar en tu cama. —Santiago conocía la forma en la que trabajaba la cabeza de Lola; entonces, se apresuró a decirle:

—Cariño, nadie ha estado en esa cama después de ti.

—¿Y Marcela? Estuviste casado con ella.

—Lola, solo me casé con ella por mi hijo, pero nunca dormimos juntos. Ella la pasó muy mal durante el embarazo.

Después de eso Lola se dejó llevar. Ya tendría tiempo para arrepentirse más adelante; de momento solo quería disfrutar de la cercanía y de la seguridad que le proyectaba Santiago. Ya no estaba tan segura de que solo lo hacía por salvar a Vivian; sabía que, si la vida de su hija no dependiera de que ella se embarazara de Santiago, tarde o temprano ella se volvería a acostar con él.

Cuando llegaron a la casa de Santiago, Lola dejó de reprimirse. Había esperado por este momento los últimos cuatro años; por las noches todavía soñaba que estaba en los brazos de Santiago, pero por una noche dejaría de ser un sueño para convertirse en una realidad.

—Santiago.

—No digas nada y ponle pausa a tu cabecita, que puedo escuchar cómo trabaja. Por hoy deja de pensar y solo disfruta.

—No quiero volver a sufrir por tu culpa.

—Y te prometo, mi amor, que no lo harás. Pensé que nunca más te tendría

entre mis brazos.

—No sabes cuánto te he extrañado.

Las palabras sobraban. Ellos, que una vez se habían amado, volvían a estar juntos y Santiago cada vez estaba más convencido de que no se rendiría. Ellos podían ser una familia y, dejando de lado que Lola no quería a Marcela, podía ser una buena madre para su hijo.

Cada beso, cada caricia despertaban en ellos sensaciones que creían no volverían a sentir más nunca. Lola tenía la certeza de que todavía amaba a Santiago, pero tenía miedo de que la volviera hacer sufrir.

A la mañana siguiente, cuando Santiago se despertó, estaba solo en la cama y no sabía muy bien si todo había sido un sueño o si en verdad había vuelto a tener entre sus brazos a Lola, su amada Lola. Solo el desorden de la cama le indicaba que no había sido un sueño, pero Lola ya no estaba ahí y, si la conocía como estaba seguro de conocerla, en estos momentos se estaría arrepintiendo de haber estado con él. Era un egoísta por pensar en sus instintos más primitivos y no en el bienestar de su hija; esperaba que Lola no se hubiera quedado embarazada, solo esperaba que ella se diera cuenta de que todavía lo amaba tanto como él a ella.

Cuando llegó a la estación, Mercedes ya estaba en su puesto y los muchachos estaban listos para cualquier emergencia. Todos se lo quedaron mirando, ya que nunca lo habían visto con una mujer. Seguro pensaban que no le gustaban; lo que ellos no sabían era que él solo tenía corazón para una mujer en el mundo y esa era Lola Zamora.

—¿Y cómo te fue anoche? —preguntó uno de los nuevos.

—Bien.

—Cuenta cómo es esa preciosura en la cama.

En ese momento a Santiago le empezó a hervir la sangre. ¿Qué se pensaba?: ¿que él iba a ir contando su vida privada a quien le preguntara?

—Cuidado con cómo hablas de Lola.

—Santiago, veo que, a pesar de los años, las cosas no han cambiado mucho —

dijo Bruno mientras se acercaba a él—. Y, muchachos, si yo fuera ustedes, no me metería con mi hermana; ella solo tiene ojos para un ogro que yo conozco.

—¿Qué haces aquí?, ¿no deberías estar con la pelirroja?

—¿Con quién?, ¿con Rosa?

—No sé cómo se llama, solo que mi prima le dirigía unas miradas asesinas

—No me di cuenta. —Claro que se había dado cuenta, pero no pensaba decírselo.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Hablar contigo sobre mi hermana.

—Será mejor que vayamos al despacho porque esta bola de chismosos no nos dejará hablar tranquilos. —Y diciendo esto se dirigieron a la oficina de Santiago.

—No quiero que la vuelvas a hacer llorar, porque esta vez no te lo perdonaré.

—Eso quiere decir que ya me has perdonado.

—Necesito hablar contigo y que me escuches atentamente, es sobre tu hijo. Tengo mis sospechas: puede que no sea tuyo. Sé dé buena mano que Marcela se acostó con media estación y, una que otra noche, entraba al bar acompañada, y cuando llegaba sola salía con alguien.

—Mira, Bruno, Nolan es mi hijo. Marcela no me hubiera engañado de esa manera; además, ¿tú qué sabes de los hombres con los que se acostó Marcela?

—¿Recuerdas que te hablé de una mujer que me encantaba, con la que me había acostado y pensaba no volvería ver? Mi sorpresa fue que una mañana, cuando te vine a ver, ella era la que contestaba tu teléfono.

—¿Por qué no me lo dijiste? Nolan puede ser hijo tuyo.

—Claro que no. Es verdad que me acosté con Marcela, pero eso fue cuando recién llegaba a la ciudad, y no te lo dije porque era evidente que ella estaba interesada en ti. Yo no pintaba nada, pero sé que se acostó con Álvaro, con Martín y con los demás muchachos de la estación.

—No me lo puedo creer.

—Pues créelo: puede que hayas renunciado a mi hermana por un niño que no es tuyo.

Los días pasaban y Santiago no había vuelto a saber de Lola; solo esperaba que, si estaba embarazada, no lo privara de estar a su lado. En el fondo deseaba que ella lo buscara, pero era realista y sabía que Lola era un hueso duro de roer. El teléfono de su despacho sonó.

—*Dime, Mercedes.*

—Jefe, la señorita Zamora lo busca.

—*Hazla pasar inmediatamente.*

Cuando Lola atravesó la puerta, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Santiago se sintió como una mierda; él, pensando en volver a acostarse con ella, y ella, llorando, esperaba que nada le hubiera pasado a Vivian.

—Lola, cariño, ¿qué te sucede?

—No estoy embarazada. —Cuando escuchó eso Santiago soltó a reír—. ¿Te ríes de mí?

—No, cariño, lo que sucede es que me asusté, pensé que algo malo le había pasado a nuestra hija. Si no estás embarazada, lo podemos volver a intentar.

—Por eso he venido, para que lo intentemos.

—No sabía que eras de las que les gusta sobre el escritorio.

—Serás tonto. Podemos volver a quedar en un par de días, cuando mi periodo se haya ido.

—Sabes que aquí te estaré esperando. —Santiago no pudo aguantar y la abrazó; esperaba trasmitirle todo el amor que sentía por ella.

—¿Y si no la podemos salvar?

—No pienses así. —Aunque él trataba de darle ánimos a Lola, él también lo había pensado; para Lola sería un golpe muy duro perder a su hija.

Cuando Lola se fue, Santiago se quedó sumido en sus pensamientos. ¿Qué pasa si Lola no se embaraza?, ¿cuánto tiempo le queda a Vivian realmente? Esperaba tener la dicha de verla crecer. Estaba pensando en llamar a Roberto para hablar con él sobre la salud de su hija y sobre los resultados de las pruebas de ADN que le habían realizado a Nolan. El teléfono de su oficina volvió a sonar.

—*¿Ahora qué sucede, Mercedes?*

—Roberto Zamora está aquí, dice que es importante.

—*Pues dile que pase.*

Santiago no sabía a qué se debía la visita de Roberto. Bruno lo había visitado hacía unos días para advertirle que no le volviera a hacer daño a Lola. ¿Sería que estaba ahí para decirle el resultado de los análisis que dejarían en claro si Nolan era su hijo o no?

—Roberto, ¿qué te trae por acá?

—Escuché a Lola decirle a Blanca que estaba embarazada, así que supongo que al final van a ser padres otra vez. —Santiago no sabía de qué rayos hablaba Roberto, si Lola había ido llorando a decirle que no estaba embarazada.

—Roberto, ¿puedo pedirte un favor?

—Pues claro que sí-

—No le digas a Lola que ya sé que está embarazada.

—¿Y eso por qué?

—Ella salió de aquí hace un rato, pero estaba llorando y me dijo que no está embarazada. —Roberto rompió a reír.

—Así que mi hermanita quiere pasar unas cuantas noches contigo antes de decirte que está embarazada.

—Roberto estoy seguro de que ella todavía me ama y quiero luchar por ella; esta vez no la dejaré ir.

—Pues te diré que, si la amas, tienes todo mi apoyo, pero, si le haces daño, te partiré la cara.

—No creo que hayas venido hasta acá solo a decirme eso.

—No, la verdad es que vine a dejarte los resultados de los exámenes de ADN.

—¿Y?, ¿Nolan es mi hijo?

—Pues no lo sé, no he abierto el sobre.

—Pues ¿qué esperas?, sácanos de esto; solo que te diré que, si Nolan no es biológicamente mi hijo, yo lo voy a querer de la misma manera.

Cuando Roberto sacó los exámenes, Santiago estaba muy nervioso, tenía miedo de que resultara que Marcela lo hubiera engañado, pero él había criado a ese niño con todo el amor del mundo.

—Roberto, ya no aguato más, dime qué dicen esos malditos documentos.

—Santiago. —Por el tono de voz de Roberto, Santiago ya sabía qué le iba a decir—. Según los documentos, tú no eres el padre del pequeño.

—No puede ser, ese examen tiene que estar mal.

—No, Santiago, el laboratorio era uno de los mejores, y puede que no lleve mucho tiempo acá, pero investigué para que los exámenes fueran realizados por los mejores.

—No quiero que él se entere de que no es mi hijo, para mí siempre lo será; quiero que esto quede entre nosotros.

Después de que Roberto se fuera, Santiago se sentía desecho. ¿Cómo era posible que Marcela lo hubiera engañado de esa forma? Él había perdido a Lola, y ella le había mentado. ¿Por qué no se lo había dicho en sus últimos momentos?; eso era algo que no podría saber nunca. Marcela estaba muerta y ya no conocería la verdad del porqué la había engañado.

Ahora tenía que centrar todas sus energías en reconquistar a Lola y en hacer feliz a sus hijos. Además, estaba entusiasmada porque Lola no le hubiera dicho que estaba embarazada, todo con la intención de volver a estar con él. Si sería tonta su esperpento favorito... Él siempre estaría dispuesto a hacerle el amor.

No supo en qué momento Mercedes había entrado a la oficina y se le había insinuado; él nunca había tenido nada con ella y no estaba dispuesto a que otra mujer se metiera entre él y Lola.

—Mira, Mercedes, tú te mereces a alguien que te ame.

—Pero no te pido amor.

—Lo lamento, pero te has equivocado de hombre.

—¿Es por Lola Zamora?, ¿qué tiene ella que yo no tenga?

—Mercedes, yo llevo enamorado de Lola toda mi vida y una vez las perdí a ella y a mi hija. Ahora, que están de nuevo conmigo, no estoy dispuesto a volver a dejarlas ir.

Los días pasaron y Santiago y Lola estuvieron juntos un par de veces más. Lola seguía sin decirle a Santiago que estaba embarazada, pero sabía que no se lo podría ocultar por mucho tiempo más.

—Isabela, ¿qué piensas hacer con respecto a mi hermano?

—No hay nada que hacer; él está con Rosa y yo, casada con Federico.

—Daaa, las dos sabemos que tu matrimonio no es más que una mampara para ocultar lo que verdaderamente sientes.

—Puede que tengas razón, pero Bruno sigue estando con Rosa.

—Te cuento un secreto si me prometes que no te enojarás.

—Lo prometo.

—Rosa es una vieja amiga mía y ella no siente nada por él; todo fue un plan para que reaccionaras y, de una vez por todas, reconozcas lo que sientes por Bruno.

—Ese maldito —dijo Isabela en una carcajada.

—Además, Bella, es obvio que entre Pedro y Federico pasa algo; ¿no crees que ellos merecen ser felices?

—Tienes razón, le voy a hablar a Federico sobre el divorcio. ¿Y tú ya le dijiste a Santiago que estás embarazada?

—No, la verdad es que estoy siendo muy egoísta por pensar en mis sentimientos y no en la salud de mi hija, pero quiero disfrutar un poco más de Santiago.

—Hola, chicas, ¿cómo van? —Blanca estaba espléndida, no hacía mucho se había enterado de que estaba embarazada y tanto ella como Roberto estaban muy felices.

—Hola, Blanca. Ven, siéntate con nosotras, que Lola está a punto de confesarme algo y bien gordo.

—Serás metiche, Bella.

—Lola, ¿recuerdas la última vez que estuvimos así?

—Fue hace mucho, pero sigo sintiendo lo mismo que cuando éramos unas mocosas que creían que se podían comer el mundo.

—Bueno, Lola, y ahora, la confesión —dijo Blanca.

—Creo que dirá que sigue amando a mi primo; yo te conozco mejor que tú misma.

—Sí, lo sigo amando, nunca lo he dejado de amar. ¿Feliz, Isabela? —Los ojos de Lola se llenaron de lágrimas.

—No me digas que por eso lloras.

—Claro que no, todo es culpa de las hormonas.

—Creo que deberías hablar con Santiago.

A la mañana siguiente Lola analizó todo lo que le habían dicho su cuñada y su amiga. Ellas tenían razón: Santiago tenía que saber que ella estaba embarazada e ir a buscar al médico para saber qué debían hacer ahora.

Se alistó ella y luego alistó a Vivian; le puso un precioso vestido blanco con florecillas en todos los colores. Irían a visitar a Santiago para invitarlo a almorzar y, durante el almuerzo, pensaba contarle que estaba embarazada.

Cuando llegó a la estación, se presentó en la recepción y le preguntó a Mercedes por Santiago.

—Lo lamento, pero el jefe no está —comentó la chica.

—Bueno, pasará a buscarlo en otro momento. —En ese instante la puerta del despacho de Santiago se abrió y Mercedes se vio descubierta.

—Jefe, la señorita Zamora lo busca.

—Sí, Mercedes, escuché la conversación desde el despacho. Después hablamos, ahora tengo que atender a las mujeres de mi vida.

—Lo siento, jefe.

Santiago hizo pasar a Lola a su oficina. Cuando se le acercó, tomó a su hija en brazos y una enorme tristeza se apoderó de él; cuántos momentos se había perdido de la vida de su hija. Tenía que decirle a Lola lo de las pruebas de Nolan, pero no sabía cómo confesárselo.

—Lola, tengo algo muy importante que decirte.

—Parece que ambos tenemos cosas importantes que decirnos. Yo he venido a invitarte a almorzar y a conversar de cosas importantes.

—Pues, ¿qué esperamos?, vamos a almorzar. —Él no estaba acostumbrado a tomarse la hora de almuerzo, pero cómo iba a rechazar la oferta de Lola.

—Federico, creo que nuestro falso matrimonio ha llegado a su final.

—Gracias, gracias. —Federico abrazaba a Isabela y saltaba por toda la habitación.

—Oye, cualquiera diría que estar casado conmigo es horrible.

—Cariño, si me gustaran las mujeres, te diría que sería uno de los hombres

más afortunados del mundo, pero no es así. Y para terminar de empeorar la situación: estoy enamorado.

—¿De Pedro? —aventuró Isabela.

—¿Qué comes, que adivinas?

—Nada, es que se nota cómo se miran.

—Pues sí, de él; ahora dime dónde tengo que firmar para volver a estar en el mercado de las citas.

Cuando Lola le dijo a Santiago que estaba embarazada, no se comportó como una mujer enamorada, sino como una madre preocupada por salvar la vida de su hija.

—Cariño, eso es fantástico.

—Tenemos que ir a ver al médico; Roberto ya me sacó una cita. —Santiago se sentía dolido por el distanciamiento de Lola.

—Lola, quiero que entiendas que yo te amo. —No podía creer que le estuviera confesando su amor por segunda vez a la misma mujer—. Y no me gustaría ser solo un espectador en la vida de mis hijos, quiero ser partícipe.

—Nos pondremos de acuerdo con el asunto de la custodia de nuestros hijos.

—Lola, no me entiendes.

Santiago estaba equivocado: Lola lo estaba entendiendo perfectamente y, aunque a ella le gustaría formar una familia junto a él y a Nolan —claro que lo criaría como a su hijo—, pero tenía miedo de volver a sufrir.

—Santiago, en estos momentos no tengo cabeza para pensar en otra cosa que no sea la salud de Vivian.

—Lo sé, pero podemos afrontar el problema juntos, como familia.

—No lo sé, déjame pensarlo. Nos vemos mañana a las 10:00 a. m. en el consultorio del doctor Mendoza.

—Lola, quería que supieras que me hice la prueba de ADN con Nolan, y efectivamente él no es biológicamente mi hijo, pero eso no significa que lo vaya a dejar de querer.

Cuando Lola salió del restaurante, no podía creer que Santiago se hubiera

tomado en serio sus dudas de que Nolan no fuera su hijo. Además, estaba la propuesta de que formaran una familia juntos; ella lo amaba, de eso no tenía dudas, pero tenía muchísimo miedo.

—Lola, ¿se lo dijiste? —preguntó Blanca apenas abrió la puerta.

—Sí.

—¿Y cómo reaccionó?

—Bien, me dijo que no quiere ser un expectante en la vida de nuestros hijos.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, tengo miedo de volver a equivocarme.

—¿Y dónde quedó la Lola que yo conozco, esa que ha amado a Santiago toda la vida? —Isabela estaba parada frente a ella; ¿en qué momento había entrado en su casa?

—Pues yo te podría decir lo mismo.

—No te creas tan lista, por eso estoy aquí; Federico y yo nos vamos a divorciar.

—¿Qué?, ¿de verdad? —Pedro no pudo evitar reaccionar de esa manera.

—Sí, amigo, todo tuyo.

—Gracias, gracias, pero ¿qué piensas hacer?

—He venido a hablar con Bruno, tengo una proposición que hacerle y creo que tú —dijo señalando a Lola— deberías luchar por Santiago. —Y con esto siguió hacia el interior de la casa.

Isabela encontró a Bruno en la hamaca que habían instalado en uno de los árboles del enorme patio trasero. Si había tenido alguna duda cuando vio a Bruno, esta desapareció; ese era el hombre con el que quería pasar el resto de su vida.

—Bruno —lo llamó cuando se acercaba.

—Isabela, ¿qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo.

—Pues tú dirás para qué soy bueno.

—Primero que nada, quiero que sepas que mi matrimonio con Federico no es

más que una falsa; solo somos amigos, le pedí un favor y no se pudo negar.

—¿Eso qué quiere decir?

—Nos vamos a divorciar. —Al decir esto se arrodilló delante de Bruno y sacó un bello anillo—. Bruno, siempre has sido el hombre que he amado; nunca, ni a pesar de los años que han pasado, te he podido olvidar. Por eso, arriesgándome a que me rechaces...

—Isabela.

—No me detengas antes de que me sienta ridícula. —Como Bruno no la interrumpió más, siguió adelante—. Bruno, lo que quería preguntarte es si me harías el honor de ser mi esposo.

Bruno no sabía si estaba soñando, pero no podía ser un sueño porque, ni en el más loco de sus sueños, Isabela le había pedido matrimonio. No comprendía cómo se sentía.

—Vamos, Bruno, respóndele. —No sabía en qué momento su familia había salido al patio.

—Serán metiches. Entren, que esto no es asunto de ustedes.

—¿Para qué nos hechas si tarde o temprano nos daremos cuenta de tu respuesta?, y es mejor temprano... —contestó Pedro.

—Anda, Bruno, no te hagas rogar. —En esta ocasión el que lo animaba era su hermano Roberto.

—Isabela, no sabes cuánto te amo, pero...

—Entiendo —dijo Isabela. Antes de humillarse más, se levantó e intentó irse.

—No me has entendido. Te amo y el que debería de pedirte matrimonio soy yo a ti, no al revés.

—No sabía que eras un neandertal —le gritó Pedro.

—Oye, para algunas cosas sigo siendo algo anticuado —dijo abrazando a Isabela y besándola.

—Felicidades, chicos. —Escucharon la voz de Federico, pero ¿de dónde había salido?

—Federico, ¿qué rayos haces aquí?

—Oye, no te alteres. Isabela está muy guapa, pero no es mi tipo; si me casé con ella fue solo para que no cometiera la estupidez de aceptar la proposición de

Mateo, pero te diré que no eres al primero al que le pide matrimonio. —Federico se alejó muerto de risa.

—¿Le pediste matrimonio a Federico? —preguntó Bruno.

—Fue tu culpa. Cuando Roberto se presentó haciéndose pasar por ti, y además casado con Blanca, no sabes cómo te odié, y no iba a permitir que supieras que había sido tan tonta para esperarte, así que convencí a Federico para que se casara conmigo.

—Serás bruja —dijo Blanca en una risa.

—Perdóname, Blanca, porque, cuando te vi junto a Roberto, te odié; claro, yo pensaba que era Bruno, pero ahora, que sé la verdad, tengo que decirte que hacen una hermosa pareja.

—Al igual que tú y el tarado de mi hermano. —Roberto abrazó con cariño a Isabela—. Esta vez no lo dejes ir.

—No lo haré.

Los meses pasaban y el embarazo de Lola cada vez era más notorio. Parecía que por fin todo estaba volviendo a su lugar. Bruno e Isabela estaban planeado su matrimonio; a Isabela no le fue difícil divorciarse, ya que Federico estaba tan desesperado como ella por volver a ser libre. Roberto y Blanca estaban felices, acababan de descubrir que tendrían una niña; y Lola todavía huía de Santiago, que estaba empeñado en formar parte de la vida de sus hijo. Ella aún no sabía qué iba a ser lo que tendría, pero el doctor les había dado grandes esperanzas para la recuperación de Vivian; no tendrían que operar al nuevo bebé, solo usarían células madre del cordón umbilical del mismo. Su hija pronto estaría sana.

—Dolores, ¿por qué lo piensas tanto? —Pedro sabía que odiaba que la llamara así, entonces lo hacía para enfadarla.

—¿De qué hablas?

—Mujer, de Santiago, ¿de qué creías que hablaba?

—Tengo mucho miedo de que me vuelva a fallar.

Su amigo la entendía, él había tenido una relación algo dolorosa con un

hombre que no aceptaba su sexualidad y, por miedo al qué dirán, lo había dejado y se había casado con una hermosa joven. Lo peor era que no solo Pedro había sufrido; Amanda, que era como se llamaba la esposa del novio de Pedro, estaba metida en un matrimonio donde no recibiría lo que ella quería, y lo malo era que tenían dos hijos.

—Cariño, está bien tener miedo, pero no por eso hay que dejar de luchar.

—Pero...

—No hay *pero* que valga. Levanta el trasero de ese sillón y ve por ese hombre.

—Lola, Pedro tiene razón. Nunca creí que te volvería a animar para que lucharas por ese hombre, pero tú lo amas y mis nietos merecen crecer al lado de su padre. —La madre de Lola todavía no había perdonado a Santiago del todo, pero su hija, más que nadie, tenía que lograr ser feliz.

—Pero, mamá...

—Lola, esta no es la hija que yo crié; ¿dónde quedó la Lola que soportó todas las burlas, la que sabía que él se enamoraría de ella? Aunque no me guste, tú lo amas y eso no va a cambiar. Y es normal tener miedo, pero ese miedo no te tiene que detener.

Lola sabía que tanto su madre como su amigo tenían razón: ella tenía que estar junto a Santiago por Vivian, por su nuevo bebé y por Nolan; ellos necesitaban una familia. Nolan merecía una madre que lo amara, ya que la vida le había quitado la suya; era verdad que no tenía recuerdos gratos de Marcela, pero el niño no tenía la culpa y ella estaba dispuesta a quererlo como a su propio hijo sin hacer distinción entre los suyos.

—Tienen razón: una vez lo perdí por las mentiras de Marcela, pero esta vez no me rendiré.

—Así se habla.

—Nuestros hijos merecen una familia; Nolan necesita a una madre y él no tiene la culpa de lo que nos hizo Marcela.

Lola salió de la casa más decidida que nunca a recuperar a Santiago; él solo estaba esperando que ella diera ese paso. En el trayecto a la estación, los

recuerdos invadieron a Lola de los mejores momentos de su vida y en todos ellos estaba presente Santiago.

Cuando bajó del taxi en frente de la estación, se hubiera echado a correr, pero su embarazo no se lo permitió. Por eso camino lo más rápido que pudo al interior de la estación.

—Pero a quién me he venido a encontrar. —Lola escuchó la voz que más detestaba durante su adolescencia.

—Hola, Javier.

—No puede ser, estás embarazada.

—Y te aseguro que no es la primera vez. Luego hablamos, tengo prisa.

Cuando Lola llegó a la recepción, Mercedes se fijó en su abultado estómago. Cuando Lola se dio cuenta de que la chica le miraba el vientre, se sintió incómoda; ella ya había estado embarazada de Santiago, pero en la ocasión anterior nadie la había censurado como lo estaba haciendo Mercedes.

—Mercedes, ¿me harías el favor de decirle a tu jefe que estoy acá?

—Por supuesto, señorita.

Cuando la muchacha avisó a Santiago que Lola lo estaba esperando, no lo podía creer; desde que Lola le había dicho que estaba embarazada, la había estado evitando. Se empezó a preocupar; ¿sería que le pasaba algo a Vivian? Por eso agarró la chaqueta, para así salir de la estación lo más rápido posible. Cuando llegó a la recepción, Lola estaba de espaldas a él hablando con Javier; ¿qué hacía su amigo ahí? Todavía no se le notaba el embarazo, seguía teniendo la misma figura, pero definitivamente algo iba muy mal si Lola había salido en pijama.

—Lola. —Cuando Lola escuchó la voz de Santiago, se volteó. Nunca lo había visto tan guapo; llevaba su chaqueta en la mano, se lo veía muy preocupado.

—Perdona por haber venido sin avisar; si estás muy ocupado, podemos hablar después.

—No te preocupes, dime qué sucede. ¿Le pasa algo a Vivian o pasa algo con él bebé? —Fue en ese momento cuando centró su atención en el vientre de Lola—. Te ves hermosa, es una lástima que me haya perdido el embarazo de Vivian.

—Santiago, tenemos que hablar. —Lola se percató de que su tono de voz, en

vez de infundirle tranquilidad, lo preocupó más—. No te preocupes, no les pasa nada a los niños

—¿Entonces?

—Es mejor que hablemos en privado.

—Claro, tienes razón, sígueme.

Cuando entraron a la oficina, Lola se lanzó a los brazos de Santiago. Lo hizo sin analizarlo porque sabía que, si lo pensaba mucho, se arrepentiría y lo que más quería era estar con Santiago, olvidarse de todos sus miedos y dejarse llevar. Estaba convencida de que podrían ser una familia feliz.

—Santi, te amo.

—¿Eso quiere decir que me vas a dar la oportunidad de demostrarte cuánto te amo y que podemos darles una familia a nuestros hijos?

—Claro que sí, te prometo que no voy a hacer distinción entre nuestros hijos y a Nolan lo voy a querer como si fuera mío.

—Sé que serás la madre que él nunca ha tenido. —Santiago besó a Lola como deseaba hacerlo desde hacía demasiado tiempo.

Parecía que por fin todo volvía estar en su lugar. Isabela y Bruno era finalmente felices; ambos habían cometido errores, pero estaban dispuestos a dejarlos atrás para que su relación volviera a ser igual o mejor que en el pasado. Roberto y Blanca habían decidido ponerle Patricia a su hija en honor a la madre de Lola y los gemelos.

Lola y Santiago se enteraron de que tendrían un niño al que llamarían Matias en honor al padre de Santiago, que había muerto en un accidente junto con su esposa. Por eso Santiago había sido criado por los padres de Isabela, que, más que como sus tíos, él los consideraba como sus segundos padres; era verdad que Santiago no tenía recuerdos de sus padres, pero gracias a sus tíos la memoria de sus padres seguía viva.

—Lola, ¿y cuándo nace tu bebé? —preguntó Federico, que, después de divorciarse de Isabela, se había convertido en gran amigo de la familia.

—Fede, ya casi estoy, emocionada y nerviosa al mismo tiempo.

—Ese mismo día operarán a Vivian.

—Sí, por eso me van a realizar una cesárea, porque tienen que preparar a mi

pequeña para recibir las células madres del cordón umbilical de su hermanito.

## CAPÍTULO 8

Los meses pasaron rápidamente y, casi sin darse cuenta, había llegado el día de la cesárea de Lola, que también sería el inicio de una nueva vida para Vivian, ya que las células la curarían de su enfermedad. Lola estaba preocupada de no poder cuidar a su hija, que después de la cirugía necesitaba cuidados especiales, pero gracias a Dios contaba con una familia que la apoyaría siempre.

—La operación ha sido un éxito —les comunicó el doctor Mendoza.

—Doctor, ¿cómo están mi mujer y mis hijos?

—No se preocupe, tanto Lola como los pequeños están en excelentes condiciones. En unos minutos estaremos pasando a Lola y a Matías a su habitación, así que podrán ir a verlos.

Efectivamente, minutos después llegó una enfermera para decirles que tanto la madre como el pequeño ya estaban en la habitación. Vivian todavía estaba sedada, pero apenas despertara la trasladarían a la misma habitación donde estaban su madre y su hermano.

Cuando Santiago tuvo a su pequeño entre los brazos, se sintió el hombre más feliz del mundo; era un sentimiento que solo había experimentado cuando había nacido Nolan. El pequeño se había adaptado muy bien al cambio que estaba dando su vida; ya no era hijo único y, además, ahora tenía una madre. Gracias al cielo Dios le había devuelto, y con creces, lo que un día había perdido.

## EPÍLOGO

### *Un año después*

—Hoy es el día, qué nervios —decía Isabela.

—Vamos, Bella, ni que fuera la primera vez que te casas —respondía Federico.

—Pero es la primera vez que me caso con el hombre al que amo y no es lo mismo. —Se volteó y le sacó la lengua a su amigo.

—Pues tienes razón. —Pedro y Federico habían hecho pública su relación hacía unos meses y, como era de esperar, sus familias los apoyaban y ni qué decir de sus amigos; junto a los Espinoza y Zamora, tenía a una gran familia. Era verdad que Federico no podía amar a Isabela, pero la quería muchísimo y estaba más que feliz por que su amiga por fin fuera a ser feliz.

—Fede, sabes que te quiero —dijo Isabela abrazando a su amigo, que además iba a ser el padrino de su boda.

—Lo sé, cariño, y esta vez no dejes que ese «hombresote» se te escape.

—Lola, ¿estás lista? —preguntaba Patricia—. Isabela y Blanca ya están esperando.

Iban a ser una boda triple, ya que se casarían todos los hermanos Zamora. Era verdad que Roberto y Blanca ya se habían casado, pero renovarían sus botos; nunca habían sido tan felices.

El padre de Isabela pensaba entregarlas a todas en el altar, ya que los padres de Blanca todavía no aprobaban su matrimonio con Roberto. Pero, cuando la ceremonia comenzó, Blanca tuvo la mejor sorpresa de su vida: al final su familia había decidido ir a acompañarla en un día tan especial para ella, y su padre la entregó a su marido.

—Papá, no lo puedo creer.

—Perdónanos, hija. Te amamos y, de ahora en adelante, te apoyaremos en todo. —Blanca abrazó a sus padres y una lágrima corrió libre por sus mejillas.

—Pero no llores, que arruinarás tu maquillaje —dijo su madre limpiándole el rostro.

—Es de felicidad; pero ¿qué los hizo cambiar de opinión?

—Tienes unas amigas muy suspicaces, ellas nos hicieron ver nuestro error.

—No nos veas así, solo queríamos que fueras feliz y qué mejor manera que tener a tus padres en este momento. —Los ojos de Lola se llenaron de lágrimas al recordar a su padre—. Qué más diera yo por tener a mi padre en estos momentos.

—Pues, querida, sabes que siempre te he visto como a una hija, y me sentiré honrado de entregarte; además, sé que mi sobrino te hará muy feliz.

La ceremonia fue íntima y hermosa, solo con los amigos más cercanos de las parejas y con sus familias. Todos disfrutaron de la ceremonia y comprendieron que la vida era muy hermosa como para dejar de luchar por los sueños y por el amor.

—Pedro y yo tenemos un anuncio que hacer —decía Lola.

—Nuestra exposición en Asia fue todo un éxito y quieren que expongamos por toda Europa.

—Así es, pero, como de momento yo no puedo viajar, porque ¿adivinen qué? —gritó a su familia.

—¿Qué? —preguntaron todos emocionados.

—Estoy embarazada. —Ni Santiago sabía del embarazo de Lola.

—Pues no eres la única —dijeron sus cuñadas al unísono.

Patricia estaba feliz de que al fin sus hijos pudieran ser felices. Todos habían pasado por momentos muy difíciles, pero la vida les había enseñado que, cuando esta te quita algo, te lo devuelve con creces. A ella le había quitado un hijo y le devolvieron dos; sus hijos eran su vida.

—Y ahora, un brindis por un nuevo comienzo —decía Bruno.

Y así fue. Desde ese día las cosas solo mejoraron y, con el paso del tiempo, el

amor que sentían unos por otros solo aumentó. Lola se dedicaba exclusivamente a su familia; su pequeña casa estaba llena de fotografías de momentos que había compartido con sus hijos y marido.

—Niños, vamos a visitar a su padre.

—Síííí —gritaron los tres pequeños.

Cuando llegaron a la estación, se detuvo a hablar con Mercedes; contra todo pronóstico se había hecho gran amiga. En ese momento escuchó a sus hijos gritarle a su padre.

—¿Qué hacen aquí, mis pequeños saltamontes?

—No soy pequeño, ya soy un chico grande —decía Nolan.

—Papi, yo también soy grande —decía Vivian, que, después de la operación, estaba completamente sana.

—Hola, preciosa —dijo abrazando a Lola por detrás.

—Hola, Santi.

—¿A qué se debe la visita de mi esperpento favorito?

—Solo quería decirte que te amo.

—Yo te amo más. No sabes lo feliz que me haces y gracias por la familia tan bella que me has dado.

—Además, quería que supieras que en la noche tendremos una parrillada, así que no llegues tarde.

En la noche, cuando Santiago llegó a su casa, la encontró llena de familiares y amigos, sus amigos del instituto. A Álvaro, junto a Amalia y a sus pequeñas hijas; ¿quién iba a decir que su amigo algún día sentaría cabeza? Además, estaban Javier, Martín y algunos de los hombres de la estación; sus cuñados, junto a sus esposas e hijos. Su prima Isabela tenía tres niños y esperaba un cuarto; Blanca y Roberto tendrían a su tercer hijo. También estaban sus tíos, a los que les encantaban esas reuniones familiares para jugar con sus nietos.

Los padres de Blanca la visitaban muy seguido y estaban muy felices porque cada día Roberto les demostraba que él solo tenía ojos para su hija.

La vida le había regalado una enorme familia; era verdad que había sufrido

mucho, pero estaba siendo recompensado.

—¿En qué piensas? —le preguntó Roberto, que se acercaba junto a un grupo de hombres.

—En lo afortunado que soy.

—¿Y eso?

—Pues tenemos una gran familia.

—Santiago, creo que ya va a nacer tu hijo —gritaba Isabela.

En ese momento Santiago supo que la vida estaba llena de momentos inolvidables y estaba muy agradecido por todo lo que le había dado, y sin pensarlo salió corriendo con Lola al hospital, donde recibieron a una preciosa niña a la que llamaron Mónica en honor a la madre de Santiago.

En la habitación del hospital, solo estaban Santiago y sus hijos, que serían los primeros en conocer a Mónica.

—Te amo —dijo besando a Lola.

—Yo te amo más. —Los ojos de Lola se llenaron de lágrimas de felicidad. Después de su separación con Santiago años atrás, nunca pensó que lo recuperaría, y la vida le demostró lo equivocada que estaba; además, tenían una familia hermosa y llena de amor.

Fin

## AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a Dios, porque sin él nada de esto sería posible. He tenido momentos difíciles, pero Dios nunca me ha abandonado.

A mis padres y a mi familia en general; sin el apoyo de ellos, no estaría en estos momentos cumpliendo uno de mis grandes sueños. A mi amiga Gabii Santiago, que siempre me ha dado ánimos para que siga escribiendo. Ella es mi primera lectora y mi fan número uno; esto último según palabras de la misma Gabii, que siempre me ha animado para que siga este sueño, que está a punto de hacerse realidad.

Si te ha gustado

# Un amor imposible

te recomendamos comenzar a leer

## Rivales de día, amantes de noche

de *Nieves Hidalgo*



## *Inglaterra. 1818*

«¡¡Un condenador tutor!!», pensó enfadada.

Una fina película de agua empapaba caminos y prados, y el cielo estaba cubierto de nubes grises. El carruaje pasó por encima de un socavón, una de las ruedas se atoró y la cabina se ladeó peligrosamente, haciendo que el cochero jurase entre dientes y la muchacha que ocupaba el vehículo se golpeará un hombro contra la puerta. Abrió la cortinilla al ver que paraban y escuchó de fondo los epítetos ásperos de su cochero en contra de los elementos. Lo vio trajar junto a la rueda, de rodillas sobre el barro, chorreando agua su capote y su sombrero, que apenas lo protegían de la lluvia.

—¿Qué ha pasado, señor McBain?

—Que si llegamos a la ciudad con esta rueda, va a ser un milagro, señorita. Intentaré ponerle remedio, a ver si resiste. Cierre la cortina, cada vez llueve con más fuerza.

—¿Puedo ayudarle en algo?

La risa del sujeto llegó hasta ella amortiguada por el ruido del agua que repiqueteaba sobre el techo del vehículo.

—No, señorita, aunque se agradece el gesto.

Barbara cerró, recostándose de nuevo en el asiento.

Desde que salieran de Edimburgo no había tenido más que problemas. En realidad, desde que a Thomas Ross se le ocurriera morir, dejándola sumida en la incertidumbre y la pena. Porque, a pesar de haber sido un hombre severo, de férreas costumbres, que nunca le dispensó demasiadas muestras de cariño, ella lo quiso. Huérfana desde niña, la había acogido, procurándole la mejor educación y siendo para ella el único padre conocido.

La vida no era justa.

Al menos, a ella, parecía querer quitarle siempre lo que más amaba. Primero sus padres, luego su tío... No le conoció enfermo, ni siquiera un resfriado, y seguía extrañándole su repentina muerte. Lo encontraron en la biblioteca, con un

libro en las manos, como si durmiese. Por lo que dijo el médico, su corazón no quiso seguir latiendo.

Volvía a estar sola.

Se recriminaba a sí misma el abominable sentimiento de efímera libertad que, por escasos segundos, la embargó al conocer su fallecimiento. Había sido un instante, pero se arrepentía: le parecía repugnante y la denigraba como persona. A pesar de avergonzarse, se lo confesó a su vieja dama de compañía, Cliona, con la que no tenía secretos.

—No hay nada de malo en que, por un instante, te hayas sentido aliviada. Todos sabemos que tu tío no era, lo que se dice, un sujeto de costumbres alegres. Ni cariñoso. No lo fue con nadie, en realidad, aunque a ti te quería como si fueras su hija. Era un buen hombre, eso sí, uno de los mejores, pero nunca acabó de entender que tú estás en la flor de la vida. Para ti no ha sido fácil pasar tantos años encerrada en colegios o entre estos muros. No te culpes, niña, la aspiración a ser libre nace con el ser humano.

Mantuvo la compostura durante el entierro, soportó con estoicismo el pésame de amigos y conocidos, se encargó de organizarlo todo, de atender a quienes se quedaron a pasar la noche en la mansión... Fue un modelo de serenidad y fortaleza. Pero cuando todo terminó, se encerró en su cuarto, negándose a ver a nadie. Cliona consiguió que saliera, aunque fuera para deambular por la casa como un alma en pena, sin fuerzas para nada, abrumada de ver los ventanales y los espejos cubiertos de telas negras. Le dolían los ojos de tanto llorar.

Sin embargo, cuando dos días más tarde escuchó de labios del abogado, Cuthbert Angis, las disposiciones dejadas en el testamento, se olvidó del dolor y le sobrevino un arrebató de furia.

—¡Un tutor!

—Su difunto tío deseaba que quedara protegida.

—¿Protegida de qué? Encarcelada de nuevo, diría yo. Y esta puñalada es cosa suya, Angis.

—Yo no...

—Aclaremos las cosas, creo que ya va siendo hora. Yo no soy mi tío. Él llegó a depender casi por completo de usted hasta mi vuelta a casa, sé que en los dos

últimos años dejó el control del negocio en sus manos. Control que, no me lo irá a negar, le ha reportado estupendos beneficios, ¿no es cierto? —Sonrió con ironía al ver que enrojecía—. He estudiado las cuentas, de modo que intentar negar sus chanchullos no va a servirle de nada.

—Me está insultando, señorita Ross.

—Le estoy informando —contradijo ella—. Si no lo puse en conocimiento de mi tío fue por no preocuparle. Claro que hube de hacerme cargo del negocio, aunque usted se opuso con uñas y dientes; era eso o permitir que todo desapareciera, gracias a sus malas gestiones y a sus robos. Edimburgo crece, necesita madera y la Ross Company se la va a proporcionar. Una empresa dirigida por mí, no por usted. Y su venganza es esta: haber convencido a mi tío para que me asignara un tutor si él faltaba.

—¡No puede probar que le he robado!

—Cierto. Es usted muy listo. Lo que desde luego no quitará que difunda sus indignas «cualidades» de estafador entre las amistades de mi tío. Está acabado, Angis.

—Habla como una loca. —El abogado empezaba a respirar con dificultad; tanto, que hubo de aflojarse el nudo de la corbata y no encontraba postura cómoda en el asiento.

—¿Se lo parezco?

Angis se estremeció. Si aquella muchacha se hubiera echado a llorar, si se hubiera mostrado histérica o empezado a gritar... Pero no. Barbara Ross mantenía un tono de voz pausado, frío. Hasta ese momento, la había considerado una muchacha callada. Con conocimientos suficientes como para dirigir la puñetera Ross Company, sí, pero sin llegar a más. Siempre estuvo convencido de conseguir, a la muerte de Ross, que se fiara de sus consejos. ¡Qué equivocación! Aquella insolente que lo miraba con desdén, que se atrevía a tratarle de tú a tú a pesar de ser una simple mujer, tenía un coraje que le estaba sorprendiendo.

Además, ella tenía todos los ases en su mano.

Y lo sabía.

En su profesión primaba la confianza; si ella destrozaba su reputación, y podía hacerlo, se vería abocado al ostracismo.

Thomas Ross debería haberle bajado aquellos humos de princesa con unas cuantas palizas. De haber estado en su mano... Ajustó de nuevo su corbatín, cerró la carpeta de los documentos y concretó, sin atreverse a mirarla a los ojos:

—Esto es lo que hay: debe cumplirse la última voluntad de su tío.

Barbara apretó con fuerza los brazos del sillón, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. De buena gana hubiera saltado por encima de la mesa y rodeado el cuello escuálido de aquel leguleyo.

—Salga de esta casa y no vuelva nunca.

—Tengo cosas que...

—¡Nunca!

Él tomó la carpeta y salió de allí a escape, no sin antes regalarle una apagada maldición.

Barbara elevó entonces la mirada hacia el óleo colgado encima de la chimenea. El hombre del retrato, de pie, vestido de oscuro, apoyaba su mano derecha en el respaldo de un sillón de brocado rojo. Su gesto le pareció más severo que otras veces que miró el excelente trabajo del pintor, como si le recriminara su comportamiento, para nada femenino.

—¿Qué has hecho, tío?

Una semana más tarde tenía solucionado el control de la fábrica de maderas: quedaba en manos de un hombre de su total confianza, hasta ahora encargado de la misma, que le haría llegar sus informes a Londres.

No estaba preocupada por el negocio. Con o sin ella en Escocia la fábrica continuaría suministrando los pedidos, cada vez más frecuentes y abultados.

Pero la mansión...

La casa se asemejaba a un enorme fantasma cubierto de sudarios. Muebles, lámparas y espejos yacían ahora ocultos tras los oscuros lienzos; los postigos estaban cerrados, las plantas que con tanto esmero cuidaba se habían sorteado entre los criados, que ya habían comenzado a marcharse. Ninguno se quedaría en la calle. Thomas dejó dispuesto que se entregara una generosa cantidad de dinero a cada sirviente, junto con una carta de inmejorables referencias.

Poco quedaba pues por hacer allí y Barbara lo sabía.

Dolía.

¡Cómo dolía despedirse de cada habitación, de cada objeto! De Cariño, su caballo; un animal de color café con buena alzada, cabeza elegante, ojos despiertos, crines sedosas y largas extremidades rematadas por borlas blancas. Su imagen era portentosa, se había enamorado de él nada más verlo, cuando su tío se lo regaló al regresar del internado; desde ese instante, fueron inseparables.

Pero no podía llevarlo con ella a Londres.

Lo que más le punzaba el alma era tener que decir adiós a cada una de las personas que conocía desde que era una niña, aunque pasó más tiempo fuera de la casa que dentro. De todos sabía sus nombres, el nombre de sus hijos, sus problemas y sus alegrías. Una gran familia a la que se veía obligada a abandonar.

La fuente del jardín, esa en la que tres querubines dejaban correr el agua que manaba de sus flautas en un pilón octogonal, callaba.

En esos momentos odió ser mujer. Odió las leyes que la obligaban a depender de un hombre, como si las mujeres fueran incapaces de subsistir solas. Odió tener que esperar hasta una mayoría de edad impuesta por una sociedad rancia que, sin embargo, se la concedía a los varones años antes que a la mujer. En un futuro, las cosas cambiarían, lo intuía y soñaba, pero de momento tenía que claudicar y adaptarse a las normas. ¡Que no resignarse a ellas!

Allí se encontraba pues, metida en un carruaje de camino a Londres, la ciudad en la que llegara al mundo y a la que nunca regresó, donde debería ir y venir vigilada por alguna alcahueta proporcionada por su nuevo tutor.

De hecho, tendría que haber emprendido viaje con alguna otra dama y no solo en compañía de su cochero. Se había negado en redondo. Conocía a McBain desde que no abultaba un palmo y le confiaría su vida. Ojalá hubiese podido tener el apoyo de Cliona, pero ni su edad recomendaba un viaje tan agotador ni hubiera sido justo separarla de sus nietos, ahora que podía disfrutar de ellos. Habían prometido escribirse cada poco.

El carruaje volvió a ponerse en marcha minutos después y la joven se asomó por la ventanilla.

—¿Todo bien, señor McBain? —alzó la voz para hacerse escuchar por encima del ruido de la lluvia.

—Llegaremos, señorita.

Cerró la cortina, se recostó de nuevo en el asiento y entretuvo el tedio imaginándose cómo sería el hombre elegido por su tío. No sabía de él nada en absoluto, salvo que se llamaba Alan Chambers y era el vizconde de Maine.

Pensar en ese individuo la alteró.

«Dios mío, cómo voy a echar de menos Escocia».

Cansada de darle vueltas al problema, suspiró y cerró los ojos, rezando por llegar cuanto antes. Después de varios días de viaje, parando en posadas de camas poco o nada cómodas, le dolían todos los huesos. Necesitaba un baño caliente y dormir veinticuatro horas seguidas.

## **El fuego que sigue ardiendo después de cinco años de ausencia.**



Desde que era una niña flacucha, Lola ha estado enamorada de Santiago, el primo de su mejor amiga Isabela

Ahora, después de cinco años sin verse, Lola regresa más decidida que nunca a conquistar a Santiago.

Santiago es el bombero más ardiente de la ciudad, y tras el regreso de Lola, su mundo se verá trastocado de manera profunda.

¿Qué pasara ahora que vuelven a verse después de cinco años?

¿Será ahora Lola capaz de conquistar el corazón de Santiago?

**Graciela Suárez.** Nací en junio de 1990, soy licenciada en enseñanza de los Estudios Sociales, vivo un pequeño pueblo al sur de Costa Rica junto a mis padres y hermanos. Desde siempre me ha apasionado la escritura, solo que escribía para mí misma, por vergüenza a que alguien más leyera mis novelas por si eran malas, pero deje que una amiga leyera una de mis historias y es ella quien me ha estado animando en el último año para que enviara mis manuscritos. Hoy día me dedico a mi carrera, y mi tiempo libre lo dedico a la lectura y escritura.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Graciela Suárez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-042-4

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Índice

UN AMOR IMPOSIBLE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE GRACIELA SUÁREZ

CRÉDITOS